





Ensayos sobre la ciencia política en México y Latinoamérica





COLECCIÓN SOCIOLOGÍA

SERIE ESTUDIOS



BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES



Ensayos sobre la ciencia política en México y Latinoamérica

Godofredo Vidal de la Rosa

Universidad
Autónoma
Metropolitana 
Casa abierta al tiempo Azcapotzalco

Universidad Autónoma Metropolitana

Rector General

Dr. Enrique Fernández Fassnacht

Secretaría General

Mtra. Iris Santacruz Fabila

Unidad Azcapotzalco

Rectora

Mtra. Paloma Ibáñez Villalobos

Secretario

Ing. Darío Guaycochea Guglielmi

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Director

Dr. Alfredo Sánchez Daza

Secretaría Académica

Dra. Susana Nuñez Palacios

Jefa del Departamento de Sociología

Dra. Norma Rondero López

Coordinador de Difusión y Publicaciones

Lic. Santiago Ávila Sandoval

Primera edición, 2013

D. R. © Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Coordinación de Difusión y Publicaciones

Av. San Pablo 180, Edif. E, Salón 004,

Col. Reynosa Tamaulipas, Deleg. Azcapotzalco

C.P. 02200, México, D.F. Tel. 5318-9109

www.cshenlinea.azc.uam.mx/04_pub/04_publ.html

ISBN de la Colección Sociología: **978-607-477-112-1**

ISBN de la obra: **978-607-477-922-6**

Se prohíbe la reproducción por cualquier medio sin el consentimiento de los titulares de los derechos patrimoniales de la obra

Impreso en México / Printed in Mexico





ÍNDICE

Introducción	15
Capítulo 1	
¿Una nueva crisis en la ciencia política?	21
<i>Americanización y postamericanización</i>	26
Secularización filosófica	29
De las mesas separadas a los puentes interdisciplinarios	35
Interludio: la teoría democrática a revisión	38
La democracia y los conflictos distributivos	43
¿La ciencia política es una ciencia?	47
El futuro de nuestros años formativos	53
Debates y foros	54
Capítulo 2	
El análisis político en Latinoamérica	57
La renovación	58

Una quiebra	64
Marcando el territorio	71
Falsas disyuntivas	74
<i>Latin American Politics</i> y la política comparada	80
Balance preliminar	86
Capítulo 3	
La ciencia política mexicana en su encrucijada	89
Las desventajas de la desorganización	89
Profesionalización	90
Las ventajas de la organización	94
Profesionalización e institucionalización disciplinaria	98
Ejemplos de reacción a estímulos burocráticos	100
La ciencia social desde los 1990 a la fecha	102
Perspectivas	104
Conclusiones	107
Bibliografía	111
Apéndices	127
Apéndice 1. Algunas asociaciones de ciencias políticas mexicanas	127

Apéndice 2. La ciencia política mexicana:
instituciones y líneas de investigación

137



INTRODUCCIÓN

Nuestra exposición será adecuada si es tan clara como lo permite el tema, ya que la precisión alcanzable no es similar en todas las exposiciones, como no lo es en todos los productos de diversos oficios. Ahora bien, las acciones buenas y justas, que son investigadas por la ciencia política, admiten mucha variedad y fluctuación de opinión [...]. Debemos satisfacerlos, pues, al hablar de tales temas y desde tales premisas, con indicar la verdad de modo general y en esbozo, y al hablar de cosas que son ciertas solo en su mayor parte y cuyas premisas son del mismo tipo, debemos satisfacerlos con llegar a conclusiones de igual categoría [...]. Un hombre culto se distingue porque en cada clase de cosas, busca la precisión hasta donde lo permite la naturaleza del tema; evidentemente, es tan descabellado aceptar un razonamiento probable de un matemático como exigir pruebas a un retórico.

*Aristóteles, Ética
(citado por Wolin, p. 70).*

Los tres ensayos reunidos en este libro tienen varios denominadores comunes. El primero es el interés del autor por reflexionar sobre el entorno disciplinario y profesional donde realiza sus actividades como politólogo.¹ Los tres ensayos

¹ Debo advertir que este ensayo no ha abordado explícitamente las subdisciplinas de las relaciones internacionales, ni la de administración pública.

forman parte de un mismo trabajo de reflexión sobre el estado y las perspectivas de la disciplina y sus entornos intelectuales y laborales. Es obvio que las trayectorias de la disciplina en EUA, Europa y América Latina tienen diferencias importantes. La continuidad de la ciencia política estadounidense contrasta con las frecuentes rupturas de la tradición europea, y por supuesto, con la novedad del análisis político como disciplina particular en Latinoamérica. De la misma manera que en todas las ciencias sociales, la ciencia política está inmersa en ámbitos institucionales y responde a preguntas provenientes de éstos. Pero a la vez, la ciencia política es una disciplina mundial. Estos ensayos se fundan en la premisa de que difícilmente entenderemos los dilemas y retos de la ciencia política si no ponemos atención a los ámbitos institucionales en que se produce. Éstos no ayudan a explicar aspectos de su desarrollo inmanente. El primer ensayo es el más general y aborda una situación particular en la historia de la disciplina que es la influencia de la ciencia política estadounidense en los cánones mundiales. Paradójicamente, al proponerse como estándar de la ciencia política mundial, la estadounidense se ha visto rebasada por las necesidades e historias intelectuales de otros países. La ciencia política ha dejado de ser una actividad centrada en el canon estadounidense; sin embargo, aún no logra fijarse sus propias tradiciones y la mayor debilidad está en la madurez metodológica. No sólo en el uso e invención de ingeniosas técnicas de análisis cualitativo y cuantitativo, interpretativo y formal-causal, a la manera determinista o contingente, sino, por el contrario, porque la capacidad de observación y recolección de datos, ordenada, sistemática y acumulada en *stocks* de acceso abierto se encuentra en pañales, por decirlo de alguna manera.

La ciencia política no es una actividad colectiva, como la ingeniería, la medicina o la política. El politólogo puede trabajar en equipos y lo hace con entusiasmo cuando es el líder del

equipo. Pero en general confía en su esfuerzo individual, sabedor que está inserto y es reconocido en una comunidad que se dedica a hacer cosas muy parecidas a las que él hace. Por otra parte, las formas de hacer análisis político tienden a especializarse, este aspecto es común a la ciencia moderna y el físico e historiador de la ciencia, el inglés John Ziman, lo definió en su afortunada frase como *knowing everything about nothing* (saber todo sobre nada) (Ziman, 1987). Los lectores conocen bien la dicotomía entre especialista y generalista, planteada desde hace más de 80 años por Harold Laski (1930).² El *generalista* es un rol necesario para la profesión, aunque sistemáticamente haya sido menospreciado por la más organizada comunidad de especialistas. La división social del trabajo en las ciencias sociales ha estado orientada por normas técnico-burocráticas y a los profesionistas puede atraerles mucho parecer profesionistas técnicos antes que meros teóricos o filósofos de la política. Y esta decisión por roles técnicos puede ser apresurada por la obsolescencia deliberada de muchos estilos de pensamiento vago y cansino que domina la Gran teoría. La sociología ha sido, probablemente la primera víctima de la Gran teoría, pero en la ciencia política no parece existir, al menos en la forma extrema que tiene en la sociología —los abismos entre teoría e investigación empírica. En cambio lo que se ha convertido en motivo de acres debates es la idoneidad de los métodos de abordar el *continuum* entre la proposición teórica y la demostración empírica y lógica. La especialización es conveniente excepto cuando se pierde contacto con el centro de la actividad y es entonces cuando la disciplina explota

² El dilema de Laski entre especialistas y generalistas no afecta sólo el mundo académico, sino a las agencias muy vinculadas a las ciencias sociales, como la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en los años de la Guerra Fría, como lo revela el informe de Gordon Stewards, oficial de inteligencia de la CIA a finales de los años 50 (https://www.cia.gov/library/center-for-the-study-of-intelligence/kent-csi/vol2no3/html/v02i3a01p_0001.htm).

en prácticas aisladas.³ Por otro lado, existe otro efecto muy distinto: la metamorfosis interdisciplinaria. Ambos procesos forman ciclos en la historia de las disciplinas y la ciencia política no es su excepción.

El primer ensayo retoma una cuestión perene reeditada cada década: ¿existe una crisis en la ciencia política? La respuesta es afirmativa, pero atenuada por la circunstancia elemental de que la ciencia social y política, al igual que toda la empresa científica, progresa por medio de “crisis” inmanentes. Asimismo, señalo las características de la situación actual. En efecto, existe un debate que en sí mismo muestra el estado de confusión entre algunos practicantes de la disciplina ante la emergencia de nuevos problemas teóricos y nuevas metodologías. Pero quizás el aspecto más resaltado sea la creencia de que la ciencia política está agotada como empresa científica. Entre ellos se encuentra el profesor Giovanni Sartori, quien declara su aburrimiento con la ciencia política al estilo estadounidense, sin reconocer que él mismo es una parte de esta tradición. La ciencia política estadounidense ha sido hegemónica durante decenios, por razones que explico en el capítulo inicial. Pero nunca ha sido una disciplina monolítica o única. Por el contrario la diversidad ha sido su aspecto más fructífero. Advirtiendo esto, es probable que Sartori destine su desprecio a una variante de la ciencia política estadounidense, que llamaré *cuantitativismo*, y que está asociado a la tradición *behaviorista* impulsada durante la Guerra Fría (Vidal, 2006). Pero más que un impulso hegemónico, lo que advierto es una tendencia hacia la diversidad teórica y metodológica. El pluralismo teórico y metodológico puede devenir en una cacofonía, o bien en una renovación disciplinaria. En esta primera parte trato de esbozar algunas líneas de trabajo potencialmente productivas. A diferencia de Sartori, y coincidiendo con Phillippe

³ De la misma manera que el generalista arriesga su alma en la repetición de mantras teóricos irrelevantes.

Schmitter (2002) sostengo que la nueva ciencia política va hacia una construcción *mundial*, lejos de una ciencia política *globalizada*. Esta diferencia parece trivial, pero contiene muchos elementos decisivos en la identidad de la disciplina, en sus metas, sus propósitos y la forma en que nos relacionamos los politólogos de distintas partes del orbe. Presenciamos así, una defensa de los programas de la ciencia política comparada.

En el segundo ensayo se aborda la misma cuestión con un foco más cerrado, mirando los acontecimientos en el pequeño mundillo de la profesión al sur del Río Bravo. La disciplina está transformándose como lo ha hecho el contexto en que surgió como la conocemos al final de la Segunda Guerra Mundial. En lo que va del siglo XXI nuevos temas, métodos y relaciones interdisciplinarias emergen con nuevos aportes, y frente a esta transformación se localiza la natural reacción conservadora que ofrece cambiar para quedar igual que antes. Dicha oferta es la de amoldar la nueva ciencia política a una imagen cuantitativista y pretender que está en el centro de la ciencia política estadounidense y en el camino al éxito profesional y una eventual redención, por fin, del simple análisis político dentro de una ciencia política respetable. La ciencia política latinoamericana está en tránsito hacia la creación de fundamentos institucionales y disciplinarios, mientras los desarrollos políticos de Sudamérica parecen ir a mayor velocidad.

El tercer ensayo trata sobre una anomalía poco observada, tal vez porque se ha convertido en un hábitat cómodo. La desorganización de la ciencia política mexicana y su atraso respecto a los avances en países vecinos. No es cuestión de si hay una asociación nacional de politólogos o no, sino de si tal existencia posee efectos sobre nuestra capacidad de abordar problemas u omitirlos. Piénsese en el descuido analítico a la abstención electoral que también es una anomalía a escala mundial.

Coda: en un ambiente académico en que todos nos conocemos pero nunca nos leemos, he encontrado que hay lectores que son profesionales de la distorsión. En este trabajo me hago plenamente responsable de lo que he escrito, y no de otra cosa. Durante el largo periodo en que estos ensayos fueron ofrecidos a discusión y su publicación, han generado varias respuestas positivas, incluyendo las amables y constructivas evaluaciones anónimas que dieron luz verde a la publicación de este texto. Pero también han molestado a muchos profesores. Desconozco sus motivos. Este trabajo no es para ellos.

Octubre de 2011-Junio 2012,
Villa Coyoacán, Ciudad de México

¿Una nueva crisis en la ciencia política?

Existen tres creencias arraigadas entre los practicantes de la ciencia política.⁴ La primera es que la ciencia política es una invención moderna. La segunda –una variante de la primera– es que la ciencia política surge después de la Segunda Guerra Mundial (Boncourt, 2009). La tercera creencia es que la ciencia política ha florecido sólo en ambientes democráticos (Huntington, 1988; Easton, 1991; Easton *et al.*, 1995). Las tres proposiciones no son falsas, pero tampoco son del todo verdaderas; simplemente forman parte de la mitología de la disciplina. En primer lugar, el término “ciencia política” es relativamente moderno.⁵ Indica que a partir de su uso, el análisis político se ciñe o se acerca a los moldes de las ciencias naturales. En más de un aspecto, la ciencia política es la más antigua de todas las ciencias sociales, al menos porque su “objeto de estudio” que es la política, su organización y su

⁴ Podríamos enumerar una cuarta sobre que la ciencia política perdió la brújula. Sartori (2004) la defiende, pero no me detendré en esa posición, ni en los precipitados anuncios sobre la muerte de la disciplina. Contrariamente, este trabajo sostiene que la ciencia política progresa por medio de crisis seculares y que el principio del siglo XXI presencia una, de la cual abordamos aquí algunos aspectos.

⁵ Por ejemplo, en 1780, Madison y Hamilton usan ese término para sus propios análisis. Tocqueville habla en 1835 de la necesidad de una “nueva ciencia política”. Aunque antes que ellos es más común la referencia a filosofía política no hay duda que Hobbes pensaba que su trabajo era de tipo científico.

actividad, fueron observados con la mayor seriedad y rigor lógico y empírico disponible. Comparación, refutación y evidencias, en formas que ahora llamamos precientíficas, como son los métodos de Kepler pueden ser antecesores de los de la física moderna. Sin embargo, muchos comentaristas no muestran tener buena memoria y creen que la ciencia política es una hija de la “modernidad” (Keating, 2009; Von Beyme, 1994; Von Beyme, 1998). Aquí conviene recalcar la longevidad de nuestra disciplina porque una visión amplia (Wolin, 1960) es la mejor manera de obtener las ventajas de la perspectiva sobre nuestra identidad disciplinaria. De entrada se pueden adelantar un par de cuestiones que serán retomadas durante todo el texto: la primera es que la ciencia política no es producto de la modernidad, lo que es producto de la modernidad es la ciencia política moderna. Ubicar el comienzo de dicha era puede ser motivo de debates, pues para unos Maquiavelo es el equivalente disciplinario de lo que Galileo es a la física, mientras para otros lo es Hobbes, porque sienta las bases de la ciencia política analítica y deductiva. Sin temor a exagerar se puede decir que los métodos comparativos de Montesquieu, Rousseau, Tocqueville, los “Federalistas” (*Publius*) y una larga lista de ilustres acompañantes forman nuestra herencia científica. El panteón de la ciencia política moderna está habitado por personajes ilustres por su contribución a nuestra comprensión del Estado, la formación de la división de poderes, el papel de las élites, la presencia de las masas o la ubicuidad de los ciudadanos. Incluso es común que comentaristas tradicionales distinguan estos autores modernos como teóricos o filósofos políticos y afirmen que el declive de la comprensión ilustrada empezó en el siglo xx, con la ciencia cuantitativa. Lejos quedaron Aristóteles y Tucídides, aunque el primero podría dar lecciones de cómo comparar regímenes políticos, y el segundo de los procesos decisionales que llevan a la guerra, más específicamente los “Federalistas” y Tocqueville abogaron por

una nueva ciencia política para entender la nueva era democrática. Todos esos predecesores estimularon la ciencia política al concebirla como una empresa de observación detallada, comparativa y sustentada en un razonamiento lógico en torno a los tipos de regímenes y Estados. Por ejemplo, el legado de Tocqueville es decisivo para la teoría democrática moderna, cuando tomó en cuenta la emergencia de las aspiraciones de igualdad social universal y la interacción de conceptos como clase, raza, género en la conformación amorfa de la nueva *polis* centrada en la ciudadanía, fueron los nuevos hechos que la ciencia política reconoció y buscó entender. La idea de que antes del siglo xx la ciencia política no existía o de que ésta se inicia en la revolución *behaviorista* estadounidense es incorrecta y se basa en varias falacias. La idea de ciencia es la primera, pues desde la antigüedad clásica, Aristóteles distinguía la adecuación de métodos y construcción de conceptos en relación a los objetos de estudio. Con ello, la política no es la física y no puede esperarse que sus métodos y resultados se asemejen. En la ciencia política la precisión, que ahora se mide en probabilidades y proporciones extraordinariamente mínimas –por ejemplo la velocidad de la luz o la diferencia entre ésta y la de los neutrinos– no se pide ni se espera de la política. La predicción cosmológica es conocida desde los babilonios y mayas con exactitudes de segundos; en las ciencias sociales y la política nuestras habilidades son menos ambiciosas. Podemos predecir *grasso modo* (la macrohistoria cuantitativa ha hecho avances espectaculares en estudiar patrones de larga duración). Tampoco la biología evolucionista tiene notables capacidades de predicción (que se sepa nunca se ha anticipado lógicamente o experimentalmente la aparición o la desaparición de una especie en particular, ni las catástrofes asociadas a las extinciones masivas). Pero en algún momento del siglo xx, por alguna razón surgió la idea de que la ciencia política debía ser ciencia parecida a la física, según cánones nomológicos.

Algunos practicantes de la disciplina lo han intentado, desde Bentley a principios del siglo xx y Riker a mediados del mismo siglo, pero estas aventuras son extravagancias de la disciplina más que las normas del método. Theodore Lowi, entre muchos otros, ha reflexionado en este sentido de pérdida, en el que las ciencias sociales, y por ende, la ciencia política, no forman parte de las ciencias físicas. Pero en un balance objetivo, la ciencia social, incluyendo la ciencia política no carece de capacidades predictivas. La demografía es el ejemplo más notable. Lo que no está al alcance de la ciencia social es la predicción de eventos particulares. En cambio las ciencias sociales han adquirido capacidades de elaborar modelos generalizables, que permiten con un grado de prudencia de por medio, anticipar fenómenos que involucran grandes números y macroestructuras. El caso más notable es el de la modernización social. A nivel individual, puede anticiparse la conducta de los sujetos, siempre y cuando éstos se ajusten a ciertos protocolos o normas de acción (hábitos, cálculo egoísta, etc.), aunque no se puedan predecir a partir de estos incidentes, las consecuencias agregadas (por ejemplo, la famosa paradoja de “individuos racionales, sociedad irracional”). La ciencia política se ve restringida a un escaso margen de visión temporal —hacia el futuro— porque sus sujetos constantemente aprenden nuevos juegos y aprenden hacer nuevas trampas, adquieren hábitos nuevos e imponen nuevas normas sociales. Pero por otro lado, “la política” sigue siendo hoy, como hace milenios, la búsqueda de maximización del acceso a los recursos públicos (lo que llamamos convencionalmente poder político). Lo que cambia probablemente no sean los motivos individuales sino el conjunto de restricciones técnicas, culturales, institucionales, legales y morales de la acción política, y a eso le llamamos convencionalmente, regímenes políticos. El más conspicuo es la democracia moderna. Por ello su objeto de estudio es reconstruido una y otra vez en la historia, y sus

conceptos son por definición convenciones refutables. Los criterios o reglas del método son y deben ser estrictos pero diferentes, sin embargo, este ensayo no es una reflexión sobre el estado de la metodología (aunque tendremos que lidiar con algunas cuestiones adelante).

Hoy día la afirmación de que la ciencia política estadounidense es hegemónica es parcialmente cierta. La parcialidad resulta de que la ciencia política estadounidense es el modelo en cuanto a la práctica disciplinaria en todo el mundo. La reacción contra esa hegemonía es comprensible y hasta deseable, aunque con frecuencia los críticos olvidan que la ciencia política estadounidense está conformada por muchos programas teóricos y metodológicos (Vidal, 2006). Si hay que acusar de hegemonía a una práctica disciplinaria primero hay que identificar correctamente qué programa, dónde y cuándo, pretende ser hegemónico. Pero muchas acusaciones no son resultado de investigaciones satisfactorias, sino estereotipos sobre la identidad de la ciencia política estadounidense. El presente ensayo es un intento de eludir estas simplificaciones, y para ello comenzaré por subrayar la pluralidad de la ciencia política estadounidense; en segundo lugar quiero examinar las reacciones de algunos críticos, la mayoría europeos, y no todos científicos políticos, sino la mayoría filósofos y “humanistas”– sobre la ciencia política estadounidense; en un tercer momento, quiero explorar el estado actual de la ciencia política en las regiones *periféricas* y sopesar el argumento de que está ahora mismo emergiendo una ciencia política “globalizada” (moldeada de acuerdo con las demandas de la ciencia política cuantitativa estadounidense y sus criterios de éxito profesional) más que inaceptable, inoperante (Schmitter, 2002).

La ciencia política contemporánea está enraizada en la ciencia política estadounidense por una sola y fulminante razón: la destrucción de la investigación social en Europa, durante el ascenso de los regímenes nazi y fascista y la Segunda Guerra Mundial. Cuando ésta finalizó, la ciencia política europea, y de otras latitudes —como Latinoamérica—, fue reconstruida, con la ayuda de la UNESCO y de las academias estadounidenses (Almond, 1990; Easton, 1991; 1995; Newton, 199; McKay, 1991; Morlino, 1991; Beyne, 1991; Boncourt, 2009). Especialmente, las disciplinas europeas fueron reconstruidas con el formato estadounidense. Conforme ha pasado el tiempo, los europeos han reclamado su glorioso pasado intelectual y desafiado la hegemonía intelectual estadounidense. Entre las críticas que han surgido, destaca la observación de que la mayoría de los politólogos estadounidenses llevan consigo, en sus análisis, una visión parroquial de la democracia estadounidense (Gunnell, 2006). Pero la crítica más popular es que toda la ciencia política estadounidense es positivista, cuantitativista e imperialista.⁶

Pero no hay un paradigma único en la ciencia política estadounidense, al menos es posible identificar tres de ellos. Se trata del conductista, la “elección racional” y los “neoinstitucionalistas”. Por otra parte, detrás de éstas hay múltiples raíces, por ejemplo, para el caso de los “neoinstitucionalistas” existen diferentes enfoques, no sólo en sus rasgos teóricos sino también en los metodológicos, inclusive ideológicos. Lo mismo ocurre con los otros enfoques, existen autores pretenciosos y sectas, pero es imposible encontrar cualquier paradigma único dominante. De hecho en la Europa occidental es típico identificar una “teoría” con un autor. El cultismo es frecuente y en cada década, dos o tres nuevos *gurúes* aparecen y

⁶ En el siguiente capítulo abordaré esta acusación con detalle.

desaparecen. La tentación para imputar el mismo comportamiento a la ciencia política estadounidense es irresistible, porque ofrece una manera fácil de criticar a toda la empresa, acusándola de ser un residual de alguna filosofía como el racionalismo o el neoconservadurismo. Pero lo que distingue a la empresa llamada ciencia política estadounidense es su constante cambio interno. De nuevo, un ejemplo es el cambio conceptual de la teoría de la elección racional. Según sea el caso, entre más extraordinario es el evento en el enfoque de la elección racional, más lento pero sostenido es el rechazo al término “racional” y su base de “decisión” y “elección”.

El politólogo estadounidense Charles Linblom ha comentado, en múltiples ocasiones, que quizás el aspecto más interesante y digno de atención de la ciencia política estadounidense sean sus debates y constante renovación, frente a sistemáticos intentos de construir un núcleo hegemónico disciplinario (1982, 1997). El patrón relativo a la trayectoria de la ciencia política en EUA se asemeja a ciclos de ascenso de un corriente dominante, seguido por intensos debates que ponen fin a la aspiración hegemónica, asimilándole a una corriente más amplia. Esta pauta ha sido el secreto del progreso de la ciencia política estadounidense (Vidal, 2009).

Sin embargo, los debates al interior de las instituciones disciplinarias estadounidenses normalmente tardan años en llegar al resto del mundo, especialmente la parte no desarrollada científicamente. Vista desde la periferia, la ciencia política de EUA se percibe como monolítica y agresiva en sus métodos y pretensiones. Ante esta situación, Phillipe Schmitter (2002) realizó una severa crítica y rechazó la pretensión de moldear la ciencia política según el *cuantitativismo*. Su criticismo no está centrado en la insustentabilidad de los métodos cuantitativos, sino en lo que supone es la pretensión imperialista de la ciencia política estadounidense de comprender los problemas políticos más acuciantes, en especial los de la democracia

moderna. Sartori (2008) y Schmitter argumentan contra el “empirismo abstracto” y el “formalismo” en la disciplina, y el intenso sentido de pérdida de contacto con la realidad que se destilan desde las torres de marfil académicas.⁷ El “cientificismo” de las ciencias políticas y sociales estadounidenses es continuamente una mala representación (nuevamente el ejemplo de la teoría de la elección racional es adecuado, porque no es una teoría monolítica sino un marco en constante cambio y sujeto a debates intensos (Monroe, 2007).

En mi opinión lo que está equivocado con la ciencia política estadounidense es lo mismo que está errado con las ciencias políticas en el mundo. Específicamente, los científicos políticos estadounidenses son “parroquiales”, en el sentido que sus imágenes de configuración política, en tiempo y espacio, son siempre insertas en una añoranza del *sueño americano* (Gunnell, 2004). Los científicos políticos estadounidenses no siempre están al tanto de estas transferencias de imágenes políticas al resto del mundo, debido especialmente a que la ciencia política es aún insuflada por remanentes de la Guerra Fría. Por ejemplo, los límites de la teoría democrática basada en la revisión schumpeteriana, contiene preocupaciones por la estabilidad que podría estar sobrevalorada (Barry, 1971). Este dominio de concepción, también llamada la concepción “minimalista” de la democracia (Przeworski, 1997) debe ser desafiada con argumentos teóricos y metodológicos plausibles. La identidad de la disciplina deriva de su objeto de estudio, esto es, de los problemas que hemos estudiado. Estas “cosas” constituyen la actividad que llamamos política y poder político. Ambas se refieren a tres tipos de acción humana conocidas como cooperación, conflicto y coordinación enfocada al control, así como distribución de los bienes colectivos o

⁷ El corresponsal John Hortwood comentaba jocosamente que: “[...] muchos politólogos estudian la política como si ocurriera en otro planeta”, al reportar los sucesos del 97 Congreso de la APSA (véase *New York Times*, 29 de agosto de 1997).

públicos, por ejemplo fuerza militar, ideología, burocracia y tesoro, casi siempre se trata del ámbito del Estado o del régimen político. Dicha identidad viene desde Aristóteles, como Ian Shapiro convincentemente ha señalado, la ciencia política es una *problem ladden science* (Shapiro, 2004; 2005).

SECULARIZACIÓN FILOSÓFICA

Es bastante común en la disciplina practicada en América Latina y Europa, y en menor medida en EUA, alegar que la autoridad científica de la ciencia política debe ser otorgada por fuentes filosóficas; en particular epistemológicas. Se parte del argumento de que la ciencia convencional es “positivista”, y que la ciencia “crítica” debe reafirmarse contra aquella. Este razonamiento es falaz por dos razones. La primera es estrictamente lógica porque supone un razonamiento circular, dando por existentes lo que debe probar, es decir, que existe una ciencia social y política “positivista” y una “crítica”. La segunda falacia consiste en suponer que toda actividad científica debe ser epistemológicamente bendecida antes de justificar sus contenidos, métodos y descubrimientos. La lógica, es, por supuesto, central en cualquier argumento metodológico, y la filosofía está inexorablemente en los márgenes y a veces aflora hasta el centro de los problemas científicos, pero es una condición necesaria mas no suficiente del progreso de la ciencia. Sin embargo, en las ciencias sociales (y la ciencia política pertenece a este conjunto), los “objetos” de análisis son personas y sus circunstancias, y cualquier enfoque implica juicios de valor y conceptos provisionales. Eso no hace imposible la ciencia social, porque siempre tenemos que pasar por el tamiz de las reglas, de la prueba y la replica a la totalidad de la investigación, desde la elección del problema, la definición de sus límites internos y externo así como la misma fiabilidad de los datos de que disponemos. En estas cuestiones el progreso

en la metodología de la investigación ha hecho avances importantes, sobre todo porque ha advertido que los objetos de estudio son seleccionados convencionalmente, por motivos pragmáticos, y por intereses idiosincráticos e institucionales, que hay que poner en la mesa de discusión. Pero aun así es posible confiar en que podemos crear bases estables para la empresa científica. En la práctica, como en las demás ciencias sociales, la política ha adoptado la estrategia de trabajar en el terreno de las teorías de mediano rango, proponiendo mecanismos causales, evitando generalizaciones extremas. Esta táctica de cautela ha dado resultados y son la ruta que permite el progreso de la disciplina, a diferencia de la sociología teórica, enfrascada en construir Grandes teorías sobre eventos tan vagos como “la modernidad” y “la globalización”.

Como el historiador de la ciencia política John Gunnell (1988) señaló, la búsqueda de la legitimidad de la disciplina en fuentes metafísicas o/y epistemológicas es una práctica engañosa y mal encausada; de tal forma, observó que ésta proviene del legado que la tradición de la emigración filosófica europea heredó a EUA durante la Segunda Guerra Mundial (1996). La narrativa de esta creencia comienza en Alemania durante la Ilustración, a finales del siglo XVIII, donde los filósofos trataron de imponer su prestigio ante el empirismo anglosajón. Pero, dos siglos y medio, no han sido suficientes para desterrar el malentendido de que no hay un sustrato trascendente o epistemológico en la política, aunque se pueda politizar cualquier debate filosófico.

La ciencia política estadounidense fue constituida sobre una base secular. Cuando esto fue consumado, el dualismo convencional fue rechazado por una visión “naturalista” y pragmática de la ciencia. El naturalismo se encuentra muy cerca del positivismo y ésta fue la reacción de la ciencia alemana, con el objetivo de responder a las pretensiones dualistas de los juicios apriorísticos, y significó un paso decisivo para la

autonomía de las ciencias naturales en las cadenas de la epistemología trascendental. De cualquier forma el naturalismo fue mal recibido por muchos pensadores europeos, en especial por los filósofos emigrados alemanes durante la pesadilla fascista (Gunnell, 1993). Esto llevó a los claustros académicos estadounidenses un gran número de presuposiciones metafísicas. Toda vez que intelectuales de talante y de confesión política tan dispares como Herbert Marcuse, Hannah Arendt o Leo Strauss rechazaron la visión naturalista, convergieron, desde posiciones de derecha e izquierda ideológica, en una condena a la ciencia social y a la política estadounidense. De esta forma el naturalismo fue identificado con el positivismo (Gunnell, 1993-1998). Sin embargo, la ciencia política estadounidense es –por ahora– cualquier cosa excepto positivista (Goodin y Kliegemann, 1998; Katnelzon y Miller, 2002; Vidal, 2006).

Durante los setenta la resurrección de las Grandes teorías fue observada en Europa Occidental, toda vez que estos nuevos y grandes edificios suplantaron al marxismo (Skinner, 1985). De acuerdo con las nuevas tendencias, la ciencia política estadounidense fue una mera convención socialmente útil, de ello que el antirrealismo y el viejo dualismo observan un regreso entre los intelectuales franceses (Sokal y Brimont, 1998). En Alemania, el viejo gusto por la *Teoría Social* resurgió entre un amplio grupo de pensadores tradicionales (en el sentido de ser especulativos y rehuir a la argumentación empírica) como Habermas, Luhmann, Beck, Honnet, Bauman, y otros. Por otro lado, en el Reino Unido, Giddens y sus compañeros se dedicaron a construir un *Deus ex Machina* de la acción social –no humana–, usando metáforas tomadas de las ciencias naturales, pero sin cumplir con el requisito de la verificación y replicabilidad de sus proposiciones y conclusiones. Una versión radical de esta tendencia a la palabrería fueron las versiones posmodernas de la sociología francesa, importadas sin

asomo de crítica a Latinoamérica. Pero las teorías de estructuración, las de sistemas, y similares, no ofrecieron mecanismos transhumanos generales para entender el fenómeno social, es decir, se consideraban “(...) demasiado importantes para explicar la realidad social” (véase Der Berg, 1998). Esto es, los actores o seres humanos desaparecieron, como treinta años antes lo habían hecho en el estructural funcionalismo (Wrong, 1961).

Hasta la fecha, el realismo es bastante aterrador para muchos intelectuales, de ello que sus reacciones sean similares hacia el sentido de la pérdida de Dios, en cuanto a la recepción de la física y de la biología evolucionista moderna. Su reacción está argumentada con base en que las creencias y “valores” de los actores son el cimiento del mundo social, mas no de sus elecciones, actos, y las consecuencias de éstos. Observar las creencias de los actores es parte central de las ciencias sociales, y por supuesto de la ciencia política, y muchas de las contribuciones más notables a la disciplina provienen de investigaciones sobre la cultura y los valores, pero éstas no siempre se encuentran sustentadas en causas reales sino que son motivos o causas subjetivas *post hoc*. Las causas son reales, y los motivos también cuando provocan consecuencias reales, y en el análisis político éstas se refieren a la distribución u oportunidad de acceder a los recursos públicos (fuerza militar, capacidad administrativa, ideología y religión y “el tesoro” público). Nadie está argumentando contra la “subjetividad”, aunque no se da por sentado la escisión *a priori* de ésta con la objetividad. La dificultad radica en la forma de observar dónde el realismo lleva la ventaja del rigor metodológico y la regla de “prueba y refutación”. El problema reside en que el enfoque metodológico basado en la observación sistemática y exhaustiva, es el único argumento válido para resolver las disputas del significado de la existencia de la realidad. Observando y replicando las observaciones podemos obtener una

mejor comprensión del mundo real, incluido el de la acción política. Y es precisamente la debilidad metodológica la característica del lento y desigual desarrollo de la ciencia política latinoamericana. Esta debilidad es producida en gran parte por los prejuicios a la ciencia política estadounidense. Si ésta tiene una fortaleza, ella es su constante renovación metodológica donde los métodos estadísticos han sido enriquecidos con análisis causales y enfoques de la teoría de juegos, junto a la sistemática construcción de *databases*, algunas de las cuales son las principales fuentes con que los estudiosos de la política comparada en América Latina contamos hasta hoy día.

La imagen de la ciencia política estadounidense como una empresa monolítica y positivista, no puede estar más lejos de la realidad (Bunge, 1999). Después del conductismo surgió una revigorización de alternativas, y la elección racional se impone en el concurso. Hace tres décadas, la elección racional ya se erigía como ganadora pero, como su predecesor, debía adaptar pretensiones modestas. Por ahora la elección racional es una fuerza vigorosa en la ciencia política estadounidense, pero sólo puede mantener su estatus cediendo un gran número de exigencias conceptuales, en las cuales se incluye aquellas que requieren criterios de racionalidad estricta (por ejemplo la búsqueda de programas iniciados por Herbert Simon y los programas del Instituto Santa Fe). Incluso ahora la racionalidad humana es considerada un requerimiento no esencial en la teoría, de esta forma instintos, pasiones e intereses concurren a las estimaciones del logro de metas o seguimiento de normas, y la racionalidad estricta –*v.gr.* matemática– rara vez aparece en la conducta humana. De tal manera, preferimos hablar de elecciones interdependientes y no de elección racional. En esta transición la teoría de juegos se consolidó como un lenguaje transdisciplinario científico legítimo.⁸ La barrera

⁸ Un ejemplo de la vitalidad de los debates provocados por los intentos hegemónicos de *the rational choice boys* (por ejemplo, Amadae y Bueno de

entre ciencias sociales y biológicas fue traspasada llevándonos a nuevos territorios de la investigación social y política, por eso no creo que ningún politólogo en el mundo quisiera perderse esta exploración, ya que, después de todo, los debates son mejores en la ciencia política estadounidense, y me parece que es la primera cosa que podemos emular (Lindblom, 1997). Pero estas revueltas por esporádicas que sean, revelan algunas inquietudes en la vasta comunidad de politólogos estadounidenses, relativas a su vinculación con la realidad, en especial con los seres humanos. La relación entre politólogos y sociedad civil ha sido débil o soterrada. El estatus del politólogo se asocia al de un profesional antes que al de un profeta. No se espera de él proclamas al cambio político sino consejos cautos y discreto para reformas *step by step*. Theodore Lowi (2011) ha mencionado este hecho con un dejo de frustración por la profesionalización, que vincula a los politólogos con una clientela formada por la clase política antes que sectores civiles autónomos. Pero ello revela otra cuestión: la “sociedad civil” es una palabra impresionante en la teoría social europea, pero que no existe como actor o sujeto y mucho menos como un espacio homogéneo.

Mesquita, 1994), es la colección convocada y editada por Kristen Renwick Monroe (2005) en la que al grito de ¡PERESTROIKA! (reforma) muchos prestigiados y reconocidos politólogos estadounidenses no sólo demandan cambios, sino lo hacen en el meollo disciplinario mismo.

La psicohistoria fue producto de la ciencia mental, su matematización final, y la que al fin logró el éxito tan buscado. A través del desarrollo de las matemáticas necesarias para comprender los hechos de la fisiología neuronal y la electroquímica del sistema nervioso. Que a su vez debían ser atribuidas, debían serlo, a fuerzas nucleares, se hizo posible, por primera vez, desarrollar verdaderamente la psicología. Y a través de la generalización del conocimiento psicológico, desde el individuo hasta el grupo, la sociología fue asimismo matematizada.⁹

I. Asimov (1952)

El párrafo que inicia este apartado proviene de una novela, y describe la culminación de las ciencias sociales. El autor, Isaac Asimov, habla de la sociología pero es fácil entender que se refiere a la ciencia de la predicción estratégica de la política. La matematización completa, exenta del lenguaje natural, se presenta con el fin de la ciencia social última y definitiva. Pero no sólo Asimov imaginó esta panorámica, sino algunos politólogos notables que vieron para la ciencia política el mismo destino de la física: su matematización total. Pero ese destino, si es que existe, está aún muy lejano y tendremos que conformarnos con un empresa mucho más modesta, que puede concebirse como un espacio cognitivo donde confluyen diversos programas de investigación. La pluralidad de estos programas ha sido un rasgo generalmente productivo para el progreso

⁹ Pero la psicohistoria sólo funciona con grandes poblaciones. Cuando se trata de predecir conductas individuales es ineficaz; ya que es una teoría estadística atada a grandes poblaciones, generalizaciones amplias y correlaciones entre variables conocidas de antemano. A pesar de surgir de supuestos individualistas, no funciona con individuos o casos particulares, que considera como desviaciones. La contraparte sería la teoría de juegos, que presume de fuertes microfundamentos pero que es débil con macrofenómenos.

de las ciencias sociales y en particular de la ciencia política. Al no haber un centro ganador, la condición permanente de la ciencia política ha sido la de una constante precariedad intelectual. Ellis (2004) llamó a esta cuestión *provisionalismo*; como una llave del progreso de la ciencia política. La disputa actual puede ser bienvenida y apropiada bajo estereotipos, uno de mis ejemplos favoritos es la elección racional. De tal manera que este marco es válido para los noventa, sin embargo, pienso en el lapso de las dos décadas que han pasado pues algo ha cambiado: primero la elección “racional” no es (afortunadamente) una teoría estática sino que evoluciona, y dicha evolución ha producido una miríada de nuevas sinapsis entre disciplinas tradicionalmente adversas. Además, la hibridación puede avanzar traspasando fronteras e integrándose en un marco amplio, primero de pluralismo metodológico (por ejemplo las propuestas llamadas narrativas analíticas, los mecanismos causales, entre otras, orientados a la explicación no de los equilibrios de la interacción sino de las rupturas y reconstrucciones), al precio de relajar las exigencias de especialización. Esto es, necesitamos de ambos tipos de investigadores: el conservador que ha pulido una teoría y colecciona métodos, y el *dragon’ slayer* que rompe la coreografía profesional para proponer una nueva manera de enfocar los problemas.

Las últimas dos décadas del siglo xx y el comienzo del actual enmarcan el escenario de un resurgimiento de la ciencia política. En EUA es más fácil observar este hecho porque la disciplina está firmemente institucionalizada y profesionalizada. Centenaria, la ciencia política estadounidense ha tenido una continuidad institucional incomparable. Dicho sostén es la base de centros de investigación y docencia bien establecidos, programas de posgrado estructurados y con perfiles muy bien diseñados y la conciencia de que en cada avance hay generaciones de investigadores que han contribuido a establecer las líneas de investigación. A diferencia de los años

sesenta, en las postrimerías del siglo xx nuevas escuelas de investigación aparecen y se consolidan para crear un ambiente de diversidad teórica y metodológica. Desde la era de las “mesas separadas” de los programas de la ciencia política que observaba Almond (1988), han surgido innumerables puentes e hibridaciones de programas de investigación. Así que más que una tendencia a la homogeneización existe un clima de debates e innovación. Sin embargo, para un observador externo, aun notando las diferencias, matices y contrastes en los programas de trabajo, es fácil identificar una identidad estadounidense. Esta marca distintiva es la contante búsqueda de validaciones metodológicamente plausibles. De aquí que el centro de los debates generalmente no sea el de la reconstrucción conceptual, sino los procedimientos metodológicos. En otras palabras, la construcción de conceptos se ha trasladado a la de la definición de los objetos de estudio, y la elección de los métodos idóneos. Esta orientación hacia la operacionalización de la teoría política, es la contribución más perdurable de la ciencia política estadounidense. Afortunadamente, no han fructificado los esfuerzos de implantar un programa de unificación metodológica y prevalece una condición de constante debate sobre las cuestiones de método. La más destacada en las últimas décadas es la de las tensiones entre metodologías cualitativas y cuantitativas. Esta división ha sido a veces llevada al extremo de la caricatura, pero ineludiblemente señala los dos polos del eje metodológico. En la tradición cualitativa caben una variedad enorme de programas de investigación, que comúnmente tienen una presencia menor en los programas universitarios. Como observa Charles Ragin (2000) en el sistema de división del trabajo de la disciplina, ha habido una preferencia por los programas cuantitativistas. Se parecen más al modelo estándar de las ciencias físicas y la ingeniería. Los modelos cuantitativos son generalmente formalizables en modelos algebraicos. Están orientados hacia la

producción de generalizaciones de largo alcance, y se basan en la correlación de variables, que a la vez, se asumen fiables y bien delimitadas. Los enfoques cualitativos, en cambio son difíciles de formalizar matemáticamente, rara vez ofrecen generalizaciones formales y mecanismos generales, parten de poblaciones vagamente definidas y con frecuencia destacan eventos únicos, difíciles de comparar. Sin embargo, dentro del enorme conjunto de orientaciones cualitativas están algunas de las contribuciones más importantes de la ciencia política estadounidense. Los estudios culturales, los de antropología política y los de historia política comparada se encuentran entre estos enfoques cualitativos. Pero hay que advertir que por cualitativo no debe suponerse faltos de rigor y sin aspiración a la validación científica. La búsqueda de esta validación ha provocado iniciativas metodológicas novedosas para cerrar la brecha, o en palabras de Charles Ragin (2000), crear puentes entre ambos tipos de enfoque: la ciencia política cuantitativa y la cualitativa, hacia un formalismo lógico y matemático.

INTERLUDIO: LA TEORÍA DEMOCRÁTICA A REVISIÓN

Un pilar de la ciencia política estadounidense es su aporte a la teoría democrática. Dicha teoría está fundada en una extensa tradición analítica; pero la versión neoclásica dominante en la segunda parte del último siglo fue consolidada siguiendo los argumentos del austriaco, radicado en EUA, Joseph Schumpeter (Vidal, 2009). La síntesis elaborada en lo que ha llamado la teoría minimalista –algunos la llaman teoría elitista de la democracia– sustenta al menos dos grandes variantes, la elección racional –los modelos de economía política– como el enfoque *conductista* (Barry 1970). Según estos enfoques, el votar es la manera decisiva en la que la ciudadanía puede ser influyente en la elección y evaluación del gobierno. La presuposición de la existencia de una *Volonté Générale*, el bienestar común

o las elusivas funciones de bienestar social sucumbieron ante el ataque lógico y matemático de muchos autores fundadores de la versión de la elección social, desde el economista y matemático Kenneth Arrow, hasta el politólogo William Riker. En esta demolición de los fundamentos de la teoría romántica de la democracia, asociada a Rousseau, no sólo la noción de representación sucumbió, sino también la de la soberanía del ciudadano. La teoría de los ciclos de las preferencias electorales inherentes a la agregación de los votos, y la manipulación del voto por medio de la manipulación de las agendas se impuso como el enfoque predominante durante el último medio siglo. Sin embargo, la entrada del siglo XXI también estuvo acompañada de numerosas revisiones de la teoría minimalista, no sólo por sus limitaciones ideológicas, como las que Albert Hirshman observó en sus comentario sobre la teoría de la elección social en lo años 80 (Hirshman, 1994), sino en su armazón metodológica. De hecho, una nueva generación de estudios sobre la economía política han reavivado problemas relegados en la ciencia política convencional, como son los problemas de la relación causal entre equidad política y justicia social. Por supuesto, la teoría política de orientación filosófica está en la delantera con los innovadores trabajos de John Rawls (1979) y Amartya Sen (1997; 1999), producidos en el marco de la teoría de la elección racional, pero también la ciencia política de orientación empírica ha sido revitalizada. Temas cruciales mantenidos en los anaqueles de las bibliotecas, como el de los conflictos distributivos ubicada en el centro de los trabajos de Robert Dahl (1970), y la revisión de la “hipótesis de Lipset” (Lipset, 1957), consistente en que el régimen democrático emergería del proceso de modernización (político, económico, cultural y social), han servido para renovar la disciplina, y sacarla de las tautologías de la transición democrática –donde la “consolidación” es un estadio

asintótico, sin comienzo ni fin, sino un simple expectativa del futuro) que se establecieron en los años finales del siglo xx.

La ciencia política estadounidense ha puesto mucha atención a los problemas asociados a la preservación de la estabilidad democrática. De hecho, una gran cantidad de trabajos se muestran impresionados por la fragilidad de los sistemas democráticos y su énfasis ha permanecido en la estabilidad (Ricci, 1984). Los valores han sido una de las respuestas más favorecidas, de ello que la cultura cívica fue una de las respuestas iniciales, a pesar de las fuertes críticas a sus conceptos y presuposiciones, ésta ha sido la categoría central para sustentar toda la estructura de la llamada revolución conductista. Pero la “cultura” ha evolucionado desde hace 50 años cuando Almond y Verba introdujeron su modelo de estereotipo de cultura cívica en 1959. Así, la cultura ha sido un motivo central de interés en filósofos políticos alrededor del mundo desde hace miles de años, con ello, la innovación estadounidense fue hacer de la cultura una variable funcional de la democracia funcional o estable. No obstante, como muchos pensadores dieron cuenta, la relación causal entre las variables culturales y la política, así como las variables institucionales no estuvieron estabilizadas en campo firme hasta ahora. Todavía más: la tradición del estudio cultural o de política continúa hasta ahora, pero probablemente en los nuevos y turbulentos tiempos que vivimos la teoría de la estabilidad democrática deba ser compensada con una teoría del desarrollo democrático la cual está apenas naciendo (Inglehart y Welzel, 2009). La irrupción de los economistas y sus métodos en territorios ajenos fue calificada de “imperialismo económico” (Sweedberg, 1990). Más tarde estos estudios se agruparon bajo el nombre de la teoría de la elección colectiva (*social choices*), generalizando el teorema de Condorcet. La agregación de preferencias de individuos racionales (egoístas) provoca con frecuencia que se adopten decisiones irracionales. Las fallas de los mecanismos políticos

se denominaron genéricamente –con gran falta de imaginación– como *fallas de no mercado* o *fallas de gobierno* (Wolf, 1993; Mueller, 2003). De hecho puede presentarse una codificación de estas “fallas”. Las fallas de no mercado son una respuesta a una cuestión práctica. Sugiere, y a veces demuestra, que el Estado como regulador puede ser peor que el mercado con todo y fallas, lo cual es una afirmación altamente polémica.

Las fallas de mercado y de “no mercado” son claramente comprendidas por la Teoría de las decisiones independientes (TDI). Ciertamente en cada caso se puede adoptar una postura ideológica diferente. Así la crítica de Riker y sus discípulos a los procesos democráticos es benévola con las fallas del mercado, pero intransigente con las del gobierno democrático. Pero ese *impairment* no es inherente a la estructura analítica de la TDI.¹⁰ El argumento de Arrow puede aplicarse al problema de la agregación de preferencias por parte de los consumidores. Éstas pueden ser intransitivas y manipulables. Las *fallas* son inherentes a cualquier mecanismo de agregación de preferencias (como lo es el mercado). No sólo el equilibrio es probablemente fortuito, sino sólo uno de los muchos estados posibles de cualquier mecanismo de agregación colectiva. La microeconomía ha reconocido esto y ha aceptado que el modelo neoclásico es limitado cuando se asumen los límites de información, los costos de descuento del futuro, la influencia de las instituciones y las normas culturales (Bowles, 2004). Pero lo importante que quiero subrayar es la analogía “mercado-Estado”. Los empresarios tienen las mismas características de los políticos y las instituciones pueden verse como firmas y viceversa. Las firmas pueden ser *free riders*, y actuar como políticos maximizadores y viceversa, etcétera.

¹⁰ Aceptar estos razonamientos conlleva la aceptación de que la Teoría de la Elección Racional (TER) es tan distorsionable *como cualquier otra teoría científica*. Pero queda la cuestión, de que existe un núcleo científico. Igual pasa con el marxismo.

En realidad las analogías son atractivas, siempre que no se pierda de vista que la *cosa real* es distinta. Pero si el gobierno es inherentemente ineficaz y representa mal las preferencias a favor de los políticos, de igual forma podría decirse, con la misma lógica del mercado, pues los mecanismos de coordinación y cooperación y sus fallas son similares *lógicamente*, con frecuencia, en detrimento de las preferencias de consumidores y ahorradores y a favor de los patrones. La cuestión general es, sucintamente la siguiente: ¿qué es lo que reconocemos como núcleo científico en una teoría, es decir, cómo separamos, la paja del trigo?

Existe la probabilidad, de hecho calculable, de que alguien —los políticos avezados— manipule estos ciclos a su favor. Las elecciones en los regímenes democráticos son su razón de ser, y tienen las mismas características que demostró previamente Kenneth Arrow. Las preferencias individuales son, generalmente, racionales, porque saben que prefieren entre dos opciones (cuando no lo saben o no importa, es que son indiferentes). Pero a la hora de agregar las preferencias, surgen de nuevo los *ciclos*. En un libro que causó una revolución intelectual en el medio de la ciencia política, Riker estableció sus puntos matemáticamente, y además lo adornó con ejemplos críticos en la historia estadounidense. Riker estaba en lo cierto, en lo relativo a las matemáticas, pero no en su precisión como observador empírico. Aun concediendo que los ciclos electorales fueran imaginaria matemática, Riker había advertido la inconsistencia en la formación de criterios de mayoría y de agregación de preferencias, y que estas vulnerabilidades eran campo fértil para la manipulación política. Esa era de hecho la proposición central de Riker: la existencia de actores (la clase política) *heréticos*, dedicados a manipular las preferencias de los ciudadanos y crear mayorías a modo de sus intereses egoístas. Dado que las elecciones no eran mecanismos de control sobre los *rascals* (pillos), profesionales de la política,

era un imperativo político derivado de argumentos lógicos sobre la superioridad del liberalismo, es decir, mecanismos de regulación, vigilancia, rendición de cuentas y limitación de los periodos, junto a un sistema de *checks and balances* federalista, sobre la creencia de que la ciudadanía podía dictar el interés público. A lo más, sólo podemos mantener bajo cierto control a las sanguijuelas que forman el gobierno por vía de las elecciones. Este papel pasivo concedido al electorado es acorde con el *American way of life*, y no aporta mucho al credo político, pero introduce una justificación “científica”, es decir, lógica y matemática. Refutarla requiere usar las mismas armas y reconocer que hay nuevas reglas del juego para las ciencias sociales en el siglo XXI.

LA DEMOCRACIA Y LOS CONFLICTOS DISTRIBUTIVOS

Probablemente una cuestión que está en el centro de los debates sobre la dirección de la disciplina y sus posibles –y deseables– rutas futuras se cierne sobre todo aquello que cabe en la palabra “crisis”. El mundo –la realidad– está en un dramático proceso de cambios. No sólo la multicitada crisis del socialismo, la decepción con la “Ola democratizadora” y los masivos procesos de expoliación económica mundial, amén de los cambios geopolíticos. La lista podría seguir. Y la ciencia política, o sus prácticas siguén aferradas a “paradigmas” que dominaron la ciencia política estadounidense hace medio siglo, como los enfoques sobre la modernización y la democratización. Sin embargo, el estudio de los procesos negativos de la democracia nunca ha estado ausente. Al menos en teoría, los conflictos distributivos están en el ojo de la teorización sobre los procesos democráticos. El libro *Poliarchy* de Robert Dahl (1971) está dedicado en gran parte a la manera en que los regímenes políticos son capaces de responder o no a la oposición y en específico a los conflictos por la distribución de

los recursos públicos. Y en el meollo de la Social Choice Theory están los problemas distributivos desde su formulación en el “teorema” del votante mediano, por Anthony Downs (1960). La tensión entre capitalismo y democracia no es desconocida para la ciencia política. Este fenómeno tiene que ver menos con el tronco teórico y salud teórica de la ciencia política, que con los compromisos abiertos y encubiertos de sus practicantes. En los siguientes dos capítulos me referiré con cierto detalle a esta tensión entre la vocación científica y los compromisos profesionales. Pero el asunto aquí es, por ahora, el reavivamiento del interés por los conflictos distributivos y las tensiones entre la dinámica capitalista y los procesos democráticos. Este “tema de estudio” no es privativo de estudiosos políticamente comprometidos (sea lo que sea que quiera decir esta frase) sino por académicos impecables, fuera de toda sospecha de vínculos con la izquierda o la derecha.¹¹ El centro de los debates contemporáneos en la ciencia política es el de los conflictos distributivos. La desmaterialización de la vida política que caracterizo la Era Dorada de la ciencia estadounidense ha dado lugar a un reformulación de problemas que habían sido marginados. La historia es, como casi siempre, bastante larga. Desde el comienzo de la reflexión sobre el ascenso de las aspiraciones democráticas, el temor a la dictadura de la mayoría que alcanza hipotéticamente el poder por la vía del voto orientó al federalismo y en la segunda parte del siglo xx, estuvo en el meollo de la ciencia política. Lipset sentó el canon de que la ciudadanía apática representaba un signo de salud democrática, porque su apatía concedía que las elites gobernaban adecuadamente. La apatía era aquiescencia y el cimiento de la estabilidad. Con la expansión de las demandas de acceso a los bienes

¹¹ Doy por sentido el código weberino de que no se puede hacer ciencia, a la vez que arengas políticas y que para hacer ciencia social debemos retirarnos del calor de la política, poner entre paréntesis el fragor de los clichés, y tratar de ser objetivos y realistas.

públicos como la educación, la salud y los derechos laborales característica del Estado de Bienestar, la ciudadanía dejó de ser apática y exigió derechos (no siempre aceptó obligaciones). Así que la tesis de una crisis de gobernabilidad en ciernes se abrió paso sobre la misma línea argumental que había dado lugar a la tesis de la dictadura de la mayoría.

Pero estos problemas eran precisamente los que la teoría de las elecciones interdependientes o de las elecciones sociales había estipulado. Por ejemplo, el teorema del votante mediano (Meltzer y Richards, 1981) supone que en una sociedad moderna habrá ricos y pobres. Éstos serán más y la media de ingresos separará una minoría de una mayoría. Si esta media coincide con la mediana de votantes, la mayoría preferiría una política distributiva. En una distribución normal de votantes los procesos democráticos, *ceteris paribus*, generarán presiones distributivas. Mancur Olson (1965) había observado que esto no es inevitable, porque las elites cuentan con el arsenal de la organización y Riker (1979) señaló que podían crearse nuevas dimensiones de conflicto electoral, que contrarresten el conflicto distributivo del centro de atención política. Así que aunque el elector individual preferiría en su mayoría una mejor distribución, a costa de mayores impuestos a los ricos, podría ser víctima de incongruencias de juicio llamadas ciclos o posiciones, donde la racionalidad individual es inconsistente con las elecciones colectivas. Las elites pueden generar estratégicamente agendas de conflicto electoral así como ciclos y diluir el tema distributivo, aun cuando la distribución real de recursos sociales sea regresiva.

En el siglo XXI esta serie de paradojas que permanecía olvidada pero había sido enunciada, reapareció ante la omnipresencia *del Tsunami* de la desigualdad económica mundial.¹² Medio siglo antes, pilares de la disciplina, como Robert Dahl (1971) y Arend Lijphart (1997) habían enunciado el problema

¹² Véase el reporte de Grupo de Tareas de la APSA (2008).

en términos de una teoría democrática en tensión. La fertilización disciplinaria y el enriquecimiento de métodos y perspectivas de la ciencia política contemporánea, permitieron que se abriera el debate más importante de la ciencia política de la primera mitad del siglo XXI: el de la desigualdad material y las condiciones de la democracia efectiva (Inglehart & Welzel, 2009). Los trabajos de economistas políticos, como Acemoglu y Richardson (2006), han revitalizado el análisis de la política de la creación y distribución del excedente económico, usando creativamente la teoría de juegos y cada año aparecen numerosos trabajos de alta calidad, dirigidos a examinar la tensión entre las trayectorias causales entre desarrollo económico y político.

Si el votante mediano tiene ingresos superiores al ciudadano medio, debido a la torcedura (*skewness*) de la curva de la distribución normal de votantes, es decir, que en el votante mediano estén los sectores de ingresos medios y altos, probablemente existan resistencias hacia cualquier política distributiva (Finseraas, 2010). El *efecto Robin Hood*, en reversa, donde la ciudadanía vota por políticas antidistributivas, constituye una trampa que empieza a ser estudiada a fondo en teoría y evidencia. Si, como Lijphart advirtió, los potenciales votantes de menores ingresos son una minoría electoral (aun siendo un mayoría social), los bajos niveles de votación registrado, son una condición para mantener el *status quo* favorable a la expoliación económica.

Lijphart sugirió que la alta abstención, como la que tradicionalmente muestran los estadounidenses, distorsiona la equidad del proceso democrático. Así que, por el lado de la oferta de los partidos, existe un arsenal de trampas democráticas y opciones, derivadas de su posición privilegiada como minoría gobernante. De esta manera, pueden manipularse los temas de la agenda electoral; pueden maniobrar para elevar los costos de la acción colectiva de los políticamente

marginados; pueden incluso ejercer la violencia represiva o la amenaza de ésta. Estos son los nudos gordianos de la democracia decadente.

La misma ciencia política se ha abocado a entender estas cuestiones y buscar fisuras en los mecanismos de los regímenes democráticos. El más notable es el redescubrimiento de que el ejercicio del voto continúa siendo un instrumento valioso en el desarrollo democrático, y en la atemperación de los conflictos “clasistas” en las sociedades contemporáneas. Pero ese ejercicio requiera ciertas características institucionales garantizadas como requisito categórico (Dahl, 1971), en la equidad política.

¿LA CIENCIA POLÍTICA ES UNA CIENCIA?

Como en la meteorología, el entendimiento es posible, deseable y aún útil aun cuando la previsibilidad quede muy limitada.

Kenneth Arrow

Una de las críticas más torpes contra la ciencia política es que no fue capaz de prever la caída del bloque soviético. Pero en realidad, existe un vasto número de institutos y publicaciones que estaban advirtiendo las debilidades de la antigua URSS. De eso trataba la ciencia política de la Guerra Fría. Tampoco el marxismo anticipó el capitalismo chino ni vietnamita, ni el desastre económico cubano. En general, sólo pasa cuando la ideología se viste de ciencia y la ciencia se usa idiosincráticamente. Lo cual ha sucedido constantemente. Pero la cuestión es si dentro del entramado político de la ciencia política hay algo parecido a una actividad científica. Y la respuesta es afirmativa, no únicamente para la ciencia política, sino a toda la familia de disciplinas denominadas ciencias humanas o sociales. Sin embargo, hay que precisar que el tipo de comprensión

que se demanda de una disciplina científica difiere de la comprensión, en el sentido más común y cotidiano de empatizar o intuir los motivos o estados emocionales de otro u otros. A diferencia de la empatía, la comprensión que logra la ciencia política es una comprensión ilustrada, sistemática y replicable. Comprender representa un fin de la ciencia social y política, y para ello debe estipular bajo qué condiciones un evento ocurre y bajo qué cadena de eventos se produce un mecanismo causal. La generalización sobre causas y mecanismos causales requiere no sólo de intuiciones y originalidad intelectual, sino también de métodos y datos verificados. Por ello la metodología es innata a la actividad científica.

Pocos podrían decir que la ciencia política moderna no ha avanzado en la comprensión de los fenómenos políticos y sociales. Sin embargo, tampoco puede afirmarse que esta ilustración sea contundente y generalizable de manera universal, como en la física. La comprensión científica en las ciencias políticas y sociales es provisional y relativamente estrecha. Con dificultad abarca procesos de más de una década y rara vez logramos entender procesos de mediana duración, sin introducir conjeturas malas o menos arbitrarias. Pero como disciplinas dedicadas a generalizaciones de corto alcance, las ciencias sociales y políticas son exitosas y contra la opinión vulgar, muestran una gran vitalidad. La razón que se me ocurre tiene que ver con el objeto de estudio, más que con la precariedad de los métodos o la inmadurez de los conceptos. En primer lugar, las ciencias políticas y sociales surgen en uno de los momentos más turbulentos de la historia humana. Los 200 años precedentes y los 100 que nos esperan son particularmente interesantes, como muchos historiadores intuyen. Basta decir que la humanidad multiplicó por diez su tamaño, en una explosión demográfica sin precedentes, junto a la explosión de las fuerzas productivas (que un historiador bautizó como la era de Prometeo desencadenado), y las capacidades

tecnológicas; por último, más de 200 países y otras tantas naciones irrumpieron en el planeta. Ante estas novedades, la ciencia política pudo verse beneficiada estudiando Estados sociales y políticos más estables, como el imperio romano o el chino, o la vida de los cazadores recolectores, de la forma como un biólogo estudia una especie extinta. Estudiar los cambios en tiempos presentes es bastante complicado, como para exigir predicciones particulares. Lo cual es semejante a acusar al expendedor de boletos de lotería por no ofrecer el número ganador.

Además de la turbulencia axial, las ciencias sociales y políticas lidian con otro problema, más mundano. La distribución de datos, de registros históricos, de hecho confirmados es desigual. No siempre es fácil o confiable tratar con información fiable sobre procesos de “modernización”, y con frecuencia, los habitantes de una época son los menos capaces de comprender su propia situación. Las ciencias sociales y políticas aspiran a introducir significado y comprensión causal a esa gran turbulencia, o a partes de ella. Y los resultados logrados no son menores, aunque siempre serán debatibles. Esto explica la timidez de las generalizaciones que puedan obtenerse, y que con frecuencia provocan desdén entre los adversarios de la disciplina. Ciertamente es deseable trascender esa timidez y buscar generalizaciones de más amplio espectro, que identifiquen problemas en lapsos temporales amplios. Por ejemplo, ¿cuál es el futuro del régimen democrático? o ¿cuál será el nuevo equilibrio geopolítico mundial a fines del siglo XXI? o la distribución del poder político mundial, etc. No sólo esta pregunta sino muchas otras sobre el destino humano. Probablemente deberemos reformular nuestros modelos – formales y culturales– en cuanto a organizar la información y aprender a observar variables latentes. Personalmente creo que empezamos por atender tendencias de corto plazo, y apenas esbozamos la anticipación de variables latentes. Por

ello, apelamos a las *contingencias*, que son la palabra de moda en la ciencia política. Estas contingencias son eventos inesperados, *serenipity*, por la acción de individuos o más frecuentemente, por la emergencia de comportamientos sociales preexistentes pero latentes o deseados, provocados por alguna configuración de eventos *aparentemente* bien estudiados. Se me ocurre que un ejemplo actual son los sucesos desatados por las movilizaciones de la primavera árabe. Estas contingencias hacen cualquier pretensión nomológica de la ciencia política y social, precaria y frágil.

La ciencia política, como cualquier otra actividad científica, tiene maneras particulares de trabajar, el proceso de innovación y los procesos siguientes de dispersión, asimilación y reconstrucción son bien estudiados. La ciencia política moderna emergió en los países occidentales, de aquí que la transformación de la teoría política como empresa especulativa a una disciplina analítica y empírica, ocurriera durante el tránsito de finales del siglo XIX y a inicios de siglo XX. De ello que en Italia y Alemania el análisis político adquirió el estado de actividad científica, y que a la llegada de la Segunda Guerra Mundial se rompiera con este experimento y comenzara la americanización de la ciencia política. La asimilación de las tradiciones europeas en la academia estadounidense no fue una empresa fácil pero, al final, el resultado fue el conductismo. Así, una nueva fase de la ciencia política había llegado, y con ello, este nuevo grupo de ciencia política estabilizó la disciplina en Europa. De esta manera, la ciencia académica europea fue reconstruida de acuerdo al modelo estadounidense, y durante tres décadas o más este estándar sólo fue amenazado por el marxismo, aunque este último terminó destruido por los mismos marxistas. En la era de la llamada “globalización” nuevos actores entraron a la escena de la ciencia política pero, generalmente, los recién llegados adoptaban estándares establecidos por estadounidense y europeos, el ejemplo clásico es

la teoría de la modernización y la de la transición y consolidación democrática: éstas se convirtieron en un tipo de ideología oficial de las políticas comparativas estadounidenses. De manera simultánea, Huntington proclamó que conforme la modernización avanzara la ciencia política podría consolidarse (1998). La teoría de la democratización y su sustrato analítico, conocido como la “hipótesis de Lipset” (que asocia la democratización a la fase madura de la modernización social y económica), fue el marco convencional de la expansión del punto de vista de la llamada transición democrática. En esa hipótesis la democracia es la coronación de la modernización, y corrobora los puntos de vista originales de Parsons y de muchos otros estadounidenses. Insisto en la necesidad de honrar a la ciencia política estadounidense pero con sus debidas restricciones.

A pesar del reconocimiento de que la ciencia política es una empresa política, los estándares mínimos de la revisión científica, pruebas y refutaciones, pueden ser aceptadas por todos sus practicantes. Así como muchas personas rechazaron el descubrimiento de Copérnico por miedo a la Iglesia, otros siguieron buscando en las evidencias disponibles los criterios del juicio de los predicados sobre la realidad, hasta hacer posible que Galileo abriera el paso a la ciencia experimental. Pero, a mi parecer, la ciencia política no es una empresa de modernización, sino un programa de comprensión para entender el cambio político. Las comunidades científicas políticas estadounidenses y europeas pueden ser sobremanera provinciales y presuntuosas, así, como los ingleses que robaron las ruinas de Atenas para enriquecer sus maravillosos museos, los colegas estadounidenses no muestran respeto por sus “temas”, excepto si confirman o no la ascendencia estadounidense en el mundo. A partir de ello, una alternativa puede ser la de un tratado recíproco, donde los extranjeros estuviesen obligados a compartir sus resultados con las comunidades académicas

locales. Con ello, IPSA puede ser la institución que implemente este código ético basado en la reciprocidad científica.

Más allá del estado permanente de provisionalidad de nuestros métodos, tenemos una continua innovación de los mismos. Un caso ejemplar es que la teoría de juegos es rechazada por muchos profesionales dentro y fuera de EUA. Es verdad que los practicantes de la teoría de juegos, especialmente los de elección racional y social, poseen un espíritu arrogante contrario al continuo estado de duda y escepticismo en el ideal científico. Pero no importa si los *rational choice*' *boys* desaprueban la manera más convencional de hacer ciencia política y ciencias sociales, la teoría de juegos ha llegado para quedarse en la ciencia política; o si la teoría esté marcada de origen por compromisos ideológicos conservadores, por ejemplo Buchanan (1990); Hirshman (1991), con una crítica panorámica y liberales forjados en la Guerra Fría (Amadae, 2003, 2005). Las ciencias sociales y conductistas del siglo XXI no pueden ignorar el avance de la teoría de juegos, ni sus métodos formales. Por ello, la división entre epistemología interpretativa (o crítica) y explicativa (o positivista) es cada vez más estorbosa. Las nuevas generaciones de científicos políticos deberían ser entrenados en la mejor de ambas ópticas, es decir, en la teoría política, a la par de los métodos formales, y no en sus supuestas incompatibilidades. Las ciencias están en medio de una renovación en su lenguaje metodológico y gramático, por eso, se están construyendo un conjunto de puentes entre lo "natural" y lo "humano". Así, la mayoría de las ciencias políticas no están al tanto de esta situación pero la revolución ya está avanzando, y nos encontramos del pluralismo metodológico a un mínimo común gramático, en el cual ha existido un silencioso y largo tránsito.

Así que la respuesta a la pregunta del párrafo es afirmativa, pero condicionada a establecer claramente el ámbito de verdad de las afirmaciones que los politólogos hacemos. La

provisionalidad de nuestras investigaciones y respuestas implica que, a diferencia de las ciencias físicas, que aspiran a generar leyes y teorías universales, aspiramos a construir teorías de alcance medio (Merton, 1967), construidas como mecanismos causales. Que éstos puedan ser formulados en algoritmos lógico-matemáticos o en forma de argumentos verbales, no hace la diferencia en cuanto a la inclusión o exclusión del estatus de ciencia a nuestra disciplina, sino el que sean replicables, publicables y verificables. Es decir, abiertos a la crítica pública de carácter académico. Esto es simple de enunciar, pero complicado de practicar.

EL FUTURO DE NUESTROS AÑOS FORMATIVOS

La referencia general relativa a las bases organizativas de la disciplina, son las viejas instituciones de la ciencia política contemporánea, que han sido capaces de mantener un campo común en el progreso de las otras disciplinas. Este progreso no es, como se podría pensar, un conocimiento lineal de un proceso acumulativo sino un continuo debate acerca de su fundación. De esta forma, el debate es el mejor fruto que podemos poseer para tener unas asociaciones científicas fuertes y autónomas por todo el mundo. De aquí que, la profesionalización se realiza en *fast track* y la creciente demanda de maestrías y doctorados de las instituciones estadounidenses y europeas, sean el ejemplo manifiesto de la creciente demanda de “expertos” políticos en los países de la “tercera ola”. Mas la profesionalización no brinda automáticamente el *ethos* de la disciplina. Éste debe ser construido con parsimonia y, sobre todo, con autonomía sobre *the Powers that Be*. La autonomía es difícil de definir pero es la condición esencial de la práctica de la ciencia política y social, y básicamente implica la preeminencia de la vocación científica sobre el *carrerismo* profesional y político. De hecho la ciencia, incluida la ciencia política, no

es la prolongación de los asesores de política, sino una particular disposición de hacer proposiciones con validez objetiva, refutables y avario a la inspección crítica. En el proceso, la disciplina no ha adquirido una identidad bien definida, en cuanto al centro de sus problemas teóricos y factuales, esto es común para la ciencia política al ser considerada un anexo de la sociología o la filosofía, sin embargo, los sociólogos y los filósofos a menudo ignoran el estado de efervescencia y descubrimiento científico, y creen que la ciencia política sólo es informativa y de opinión. Este es el caso frecuente en Latinoamérica y caso especial en México. Toda vez que vínculos más estrechos con instituciones establecidos como el IPSA o la Asociación de Ciencia Política Estadounidense, o del ECRP, entre muchas otras, ayudarían a la madurez de los históricamente recién llegados practicantes de la ciencia política, aunque no sustituyen la vocación común organizada. Esta vez la tardía aserción de Samuel Huntington es verdad: cuando la democracia es fuerte la ciencia política es fuerte, cuando la democracia es débil la ciencia política es débil (Huntington, 1987: 7).

DEBATES Y FOROS

Uno de los obstáculos más duraderos en cuanto a la maduración de la ciencia política en los países del sur, son los bajos estándares de educación. Así, los adolescentes no sólo tienen una mala, media o baja educación de clase, sino que en muchas regiones la lógica y las matemáticas son continuamente evadidas y temidas por ellos. De tal manera que, sin esta base será más que imposible participar en los rápidos cambios del universo de la disciplina, y con ello, al carecer de estos fundamentos, los esfuerzos por reforzar el adiestramiento metodológico entre los estudiantes de ciencia política se harán difíciles. Elegir estudiar sociología o ciencia política para eludir un

adiestramiento más o menos intenso en estadística y cálculo será inútil, además, la tendencia actual es traspasar los límites disciplinarios. Esto es, romper con la separación arbitraria entre las ciencias naturales y las sociales. El caso de la ciencia política es típico, pues en nuestra disciplina la interacción entre científicos sociales (científicos políticos, sociólogos, antropólogos, psicólogos, entre otros) es muy común ya en décadas anteriores. Pero ahora, los lazos entre la biología, la ciencia social y la filosofía es algo común y obligado; incluso en estos tiempos, si rechazamos las posturas más radicales sobre la unificación como lo proponen Herbert Gintis o James Wilson, sería difícil rechazar la revolución de la biología en las ciencias sociales, primordialmente en lo que toca a la teoría de juegos y su impacto en la concepción de naturaleza humana, en la consciencia y la “razonabilidad” humana, y al mismo tiempo pretender ser razonables y científicos. La más prometedora de las investigaciones traspasa las barreras disciplinarias y es familiar con los métodos comunes en las ciencias, como es el caso de la admisión general en la teoría de juegos (Elster, 2010). Esta es la razón por la que sería inevitable cambiar algunos hábitos y costumbres, especialmente los malos hábitos en educación en los países del Tercer Mundo.

En esta lógica, una de las críticas más frecuentes en la ciencia política estadounidense es que ignora la moral y los valores, esta crítica proviene del campo de emigrados conservadores europeos, por ejemplo el padre del neoconservadurismo Leo Strauss (1962) reprochó a la ciencia política estadounidense en sus bases supuestamente “libres de valor”, replicando con un platonismo neoconservador, que la tarea de la filosofía política era crear juicios de valor *superiores*. Durante décadas la ciencia política estadounidense ha sido señalada por cometer el pecado del positivismo. Naturalista y realista, la ciencia política convencional, ha sido identificada con su indiferencia a los valores y las consideraciones morales

de los sujetos, de cualquier forma, el hecho está en que en los tiempos recientes la moral, los valores y la cultura se están convirtiendo en el centro de atención de los investigadores como hechos de la vida social y humana. Por ejemplo, la investigación sobre las raíces de la cooperación está floreciendo no sólo en las comunidades de ciencia política, especialmente entre los adictos a la teoría de juegos, sino también entre los biólogos, antropólogo, y muchos otros. Sólo los sociólogos están fuera de esta tendencia (con excepciones notables como Raymond Boudon o Jon Elster). La resistencia a muchos aspectos de la forma predominante de hacer ciencia social y política es entendible. Los profesores estadounidenses y europeos poseen una fuerte ventaja en recursos y continuidad de sus actividades sobre el resto de los practicantes de ciencias sociales (WSSR, 2010).

El análisis político en Latinoamérica

El análisis de la política¹³ latinoamericana vive en las dos décadas precedentes una transición hacia una maduración científica después de varias décadas de estancamiento.¹⁴ Por ello, la tarea de este ensayo es examinar las oportunidades que se presentan para superar lo que Huneuus (2005) caracterizó como el “lento y desigual” desarrollo de la ciencia política

¹³ A partir de esta parte del texto emplearé el término “análisis político” para referirme a diversas “especialidades” del estudio científico de la política. Así que, se incluirá sociología política, ciencia política y teoría política, siempre y cuando cumplan requisitos mínimos de consistencia lógica, exhaustividad empírica y observación así como replicabilidad. De ello que, las etiquetas profesionales de sociólogo político y politólogo, analista o científico político serán usados –para fines de esta exposición– como términos similares. Esta decisión va en contra de los usos y costumbres en EUA, donde la especialización de la ciencia política la ha conducido a cíclicas confusiones de su identidad. Además, emplearé la palabra “ciencia” en un sentido moderno, es decir, a la condición actual evaluada según los estándares aceptados de la práctica disciplinaria. Esta acepción controversial es inherente a los conceptos, métodos y temas de la ciencia social, por lo cual el término moderno también tiene el significado deliberativo, que no debe confundirse con los demandantes requisitos que los positivistas de hace un siglo exigen a la investigación social. En el texto espero aclarar con solidez estas definiciones, pues son básicas para evitar una de las discusiones más estériles de la ciencia política anglosajona y –de rebote– latinoamericana.

¹⁴ De acuerdo a un informe de la London School of Economics, no existe ningún departamento de ciencia política latinoamericano entre los primeros 200 registrados con base en su prestigio o calidad académica (Hix, 2004).

en la región, pero antes debo hacer una observación sobre la inexistencia de una plena condición latinoamericana en cuanto a la ciencia o análisis político contemporánea. En los países donde se practica el análisis político de manera profesional se han dado circunstancias de desarrollo institucional diferentes. Tanto en las relaciones de los profesionistas con las instituciones gubernamentales, como en las academias donde se practica la disciplina, existen aspectos particulares que dan sentido a las pautas, y distintos grados de maduración. Un segundo comentario es que por encima de estas diferencias predomina una agenda genérica similar, dominada por el tema de la democratización de los regímenes políticos, este común denominador se ha acentuado en las últimas dos décadas, aunque no es ajeno a la historia de la ciencia política latinoamericana contemporánea. También debo advertir que el enfoque adoptado para evaluar el “estado de la disciplina” valora tanto dimensiones de desarrollo teórico, metodológico y empírico, así como institucional.

Por último, pero no menos importante, es advertir que la transición a la que me refiero, involucra varios dilemas que requieren decisiones. La primera es si es posible seguir los modelos estadounidenses tanto en la organización disciplinaria, separada de la sociología y el resto de las ciencias sociales, así como en las metodológicas, basadas en el paradigma de la modernización establecido en EUA hace más de medio siglo. Por ello, me detengo en los siguientes dilemas derivados del primero.

LA RENOVACIÓN

En 2007 nacieron la Asociación Uruguaya de Ciencia Política y la Asociación Colombiana de Ciencia Política; la Asociación Boliviana de Ciencia Política fue fundada en 2010; la Associação Brasileira de Ciência Política se estableció en 1975 y se

refundó dos décadas después (en 1995), así desde entonces funciona regularmente. Los politólogos argentinos han tenido dos agrupaciones nacionales: la Asociación Argentina de Ciencia Política, creada en 1961 y que desapareció en los noventa, y la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP) fundada en 1982. Por su parte, la Asociación Chilena de Ciencia Política se estableció durante la dictadura pinochetista, gracias a los esfuerzos de profesores de la Universidad de Chile y la Pontificia Universidad Católica de Chile en 1984, y ha ido construyendo una identidad muy particular. De los países grandes en la región sólo los politólogo mexicanos no han sido capaces, hasta la hora, de construir su propia asociación nacional (Vidal, 2010). La mayoría de estas asociaciones están vinculadas a la International Political Science Association (IPSA) y tiene nexos institucionales con asociaciones como la American Political Science Association (APSA) o la European Consortium of Political Research (ECPR), la importancia de estos lazos radica en que forman la red institucional mundial, que permite la renovación de las disciplinas de las ciencias sociales y políticas.

Como generalmente se reconoce entre los miembros de la profesión, la formación y el sostenimiento de asociaciones nacionales es un fenómeno mundial. La existencia de tales asociaciones es una muestra de la importancia que tiene la práctica del análisis político científico, además de ser símbolo de su influencia y autonomía. En años recientes, no sólo América Latina ha sido terreno de este auge, pues casi 40 asociaciones se han vinculado en la última década a la IPSA (Lowi, 2011). La mundialización de la ciencia política que está en marcha se sustenta en la consolidación de asociaciones nacionales (y regionales), que forman una red que lentamente se extiende por todo el orbe. La institucionalización de las prácticas profesionales es común, pero en la ciencia política se había concentrado en EUA y Europa. El surgimiento de

nuevas asociaciones en todo el mundo es un evento de especial relevancia. Estas asociaciones sustituyen, por un lado, al aislamiento parroquial y a los vínculos individuales o gremiales y, por el otro, extienden y cambian a su vez al régimen surgido posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial alrededor de la hegemonía de la American Political Science Association.

Dado que el aislamiento individual es una condición de frecuente improductividad y obsolescencia, asimismo el gremial se orienta a conductas de *carrerismo* profesional, las redes orientadas institucionalmente hacia una perspectiva mundial son superiores para la práctica de la disciplina. En primer lugar porque estimulan la autonomía organizativa de los tradicionales lazos políticos con los gobiernos de cada país y, en el proceso, alientan nuevos estándares de calidad al ofrecer foros y publicaciones que serán leídas y calificadas por colegas de otras latitudes, lo que reduce la endogamia académica común en los ámbitos. En segundo lugar, al incentivar la competencia intelectual y científica, alientan la diversidad y evitan el surgimiento de “hegemonías” sectarias, por medio de su acceso privilegiado a publicaciones, recursos para investigación y becas para formación de recursos. La ciencia política en América Latina está en la etapa inicial de formación de instituciones nacionales (Nohlen, 2006). Sobre el primer piso de las asociaciones nacionales se encuentra precariamente la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP),¹⁵ fundada a principios del presente siglo por iniciativa de varios profesores, encabezados por Manuel Alcántara en el Instituto Interuniversitario de Estudios de Iberoamérica y Portugal de la antigua Universidad de Salamanca, y desde 2008 ha encontrado la anfitronía de la Universidad Estatal de Campinas, en Brasil. La ALACIP ha logrado un avance perceptible, organizan-

¹⁵ La consistencia argumental señala que debería incluirse en este trabajo una referencia a la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), en cuyas seis décadas de existencia ha visto desarrollarse la sociología política en sus altas y bajas. El lector disculpará la omisión.

do seis congresos. Sin embargo, los avances son visiblemente insuficientes, si se considera que esta asociación se sostiene en la afiliación individual en lugar de asociaciones nacionales y subnacionales. De tal manera que, la estructura de sus secciones es frágil e incapaz de sostener proyectos de investigación multinacionales con fondos suficientes.¹⁶ De igual forma, no cuenta con una línea editorial ni una publicación académica regular propia. La Facultad Latino Americana de Ciencias Sociales (FLACSO) es otra institución donde se realiza análisis político y tiene en su haber seis sedes nacionales (Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, Costa Rica, México y Guatemala) y 17 países latinoamericanos miembros, fue fundada en 1957 bajo el patrocinio de la UNESCO. La FLACSO es ahora apenas algo más que un *holding* y sus actividades tienen escaso alcance para fomentar la interacción académica regional.

Latinoamérica no es precisamente la zona del planeta que más interesa a los politólogos o a los científicos sociales, ocupa el sexto puesto de ocho entre las regiones según el número de sus publicaciones de ciencias sociales, sólo arriba del mundo árabe y África subsahariana (WRSS, 2010). Es difícil estimar el número de publicaciones dedicadas a la ciencia política pero predominan las revistas multidisciplinarias, por ello, en América Latina no se presenta especialización académica como en EUA, donde los departamentos de ciencia política, están claramente diferenciados de los de otras ciencias sociales. Este hecho resulta importante porque explica la trayectoria de la disciplina y la evaluación de su impacto: mientras en EUA, y en alguna medida Europa Occidental, las

¹⁶ La ALACIP reporta la existencia de 11 grupos de trabajo permanentes: Análisis Espacial en América Latina, Comportamiento Político, Opinión Pública y Elecciones; Comunicación Política y Comportamiento Electoral; Democratización en la América Latina en Perspectiva Comparada; Estado, Instituciones y Desarrollo; Género y Política; Instituciones Militares y Coercitivas; Legislativos en América Latina; Partidos y Sistemas de Partidos; Poder Judicial en América Latina; Religión y Política.

publicaciones especializadas son fácilmente distinguibles, no es así en Latinoamérica. Además, la mayoría de éstas dan cabida a una variedad de contenidos temáticos.¹⁷ En este sentido, se forma lentamente una masa crítica de publicaciones que, gracias a la Internet y los sistemas de acceso abierto, ponen al investigador latinoamericano en contacto con sus colegas de la región (*World Social Science Report 2010*). Las publicaciones anglosajonas y, en menor medida, europeas son de una visibilidad mucho mayor gracias a sus recursos técnicos e indexación sistemática, pero esto se debe igualmente a que han logrado prosperar en mercados académicos financieramente fuertes.

Publicaciones no locales especializadas en política latinoamericana¹⁸

Journal of Politics in Latin American, patrocinada por GIGA Institute of Latin American Studies de la Universidad de Hamburgo, que publica sólo en inglés.

Latin American Research Review, publicada por LASA, donde se publican trabajos en inglés, portugués y español, multidisciplinaria.

¹⁷ Dos iniciativas bibliométricas importantes son *Redalyc*, de la Universidad Autónoma del Estado de México, que tiene un criterio para publicaciones especializadas en política, sociología y relaciones internacionales, aunque se da el caso en que un título puede aparecer en una y otra categoría, y *ScieLo*, administrado por un consorcio brasileño y encabezado por la Universidad de São Paulo, esta iniciativa no hace diferencia entre ciencia política y otras ciencias sociales.

¹⁸ Un análisis de los contenidos publicados por esas revistas muestra que las líneas más favorecidas para su publicación son historia, con 11.30%, economía política 11.52%, cultura política 16.19%, y sistemas políticos con 14.13%. El 6.6% dedicado a estudios sobre las “transiciones” se debe a la relativa novedad del tema. No se destacan publicaciones específicamente orientadas a temas metodológicos. Cuando se examinan las líneas de publicación de cada revista, el panorama que aparece es distinto. Las más

Latin American Politics and Society (antes *Journal of Inter-American and World Affairs*), publicada por el Center for Latin American Studies at the University of Miami, que publica en inglés.

Stockholm Review of Latin American Studies, publicada por el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Estocolmo que acepta trabajos en español.

Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies, publicada por la Canadian Association for Latin American and Caribbean Studies.

Bulletin of Latin American Research, publicado por la editorial Wiley.

Latin-American Perspectives, la única con orientación izquierdista explícita, publicada por Sage.

Journal of Latin American Studies, publicada por la Latin American Studies Association of Korea (LASAK).

En el ámbito de las revistas estadounidenses más prestigiadas, la publicación de artículos referidos a América Latina es muy escasa.¹⁹ Pérez-Liñan (2010), menciona seis entre 1995 y 2009. Las tres revistas generales publican aproximadamente 2% de sus artículos sobre la región. Las de política comparada publican entre 13 y 25% de artículos sobre temas latinoamericanistas. En conjunto, *Comparative Political Studies* y *Comparative*

nuevas dan mayor énfasis a temas como instituciones políticas y transición, pero declina el interés por movimiento obrero. Para más detalles véase el Apéndice 1.

¹⁹ Estas revistas son: *American Political Science Review*, *American Journal of Political Science*, *Journal of Politics*, *World Politics*, *Comparative Political Studies*, *Comparative Politics*.

Politics han publicado dos tercios de los artículos referidos a América Latina en las revistas principales.²⁰

En cambio, la historia de las publicaciones latinoamericanas es más azarosa; por ello, no es sorprendente que un profesor latinoamericano esté mejor enterado de lo que escriben los latinoamericanistas estadounidenses, que lo publicado por esos mismos colegas en América Latina. Este hecho no se restringe a la ciencia política sino a todas las ciencias sociales, por ejemplo, algunas revistas demandan que los trabajos sean presentados solamente en inglés, a diferencia de la publicación con criterios más liberales respecto a la lengua permitida, es la *Latin American Research Review*, dirigida por el profesor canadiense Philip Oxhorn, que publica en inglés, francés, español y portugués.²¹

UNA QUIEBRA

La ciencia política latinoamericana ha tenido momentos de notable actividad, ya en los sesenta y setenta del siglo xx apareció una tradición *desarrollista* de fuerte orientación sociológica y marxista. La influencia de la sociología europea y sobre todo de la teoría de la modernización de cuño estadounidense, sembró la semilla de la sociología política latinoamericana.

²⁰ En términos del interés temático, el estudio mencionado indica que: las revistas generales de ciencia política hoy en día destacan cuestiones de economía política (17% de los artículos), estudios de opinión pública y comportamiento electoral (11%), análisis del movimiento obrero y los movimientos sociales (10%), estudios sobre democratización (9%) y política legislativa (7%). El estudio de los partidos políticos y sus ideas (7%) y los sistemas electorales (6%) continúa atrayendo atención, y hay nuevos temas emergentes como la política subnacional (6%) y el análisis del poder judicial (4%). Dependiendo de la amplitud de la definición adoptada, los temas institucionales en conjunto representan entre un tercio y la mitad de los artículos publicado (Pérez-Liñan, 2010: 15).

²¹ No obstante, predominan los trabajos en inglés. Aun los escritos por latinoamericanos, que buscan ser leídos por: “[...] aquellos que controlan el ambiente académico e institucional” (Miller, 2009; también Rosen, 2010).

Ni teórica ni metodológicamente surgió un tronco único, sino muchos ramales (ver por ejemplo la colección organizada por Katnelzon y Milner, 2002). Por otro lado, existe una amplia división, sólo en apariencia intelectual, entre el desarrollismo local y la teoría de la modernización de origen estadounidense, pues detrás se encontraban disputas entre nacionalismo latinoamericano, así como visiones y programas estadounidenses forjadas durante la Guerra Fría. Estos eventos están bien documentados en la historia de las ciencias sociales y no deberían ser relegados al olvido (Horowitz, 1967),²² dado que contienen elementos presentes todavía en las disputas sobre el futuro de la ciencia política en América Latina para entender mejor la actualidad. Desde el punto de vista histórico, algunos autores señalan que la ciencia política ha pasado por dos etapas: la que está influida por el derecho y la sociología (Barrientos, 2010). Ello señala de manera somera, por una parte, que el análisis político se hacía en las escuelas de derecho y, por otro lado, en las de sociología a lo largo de los años sesenta. Este es el caso de México, Brasil y Argentina, durante los sesenta se fundaron muchas escuelas de sociología, guiadas por académicos formados en Europa y EUA. Autores como Pablo González Casanova, en México; Florestan Fernandes y Wanderlei Reis, en Brasil, y Gino Germani, en Argentina son, cada uno a su manera, fundadores de la sociología política latinoamericana.²³ En el mismo sentido,

²² Como el Proyecto Camelot, patrocinado por el Departamento de Defensa de EUA, que congregó el apoyo de varias universidades y fundaciones filantrópicas de ese país para el estudio de la política en América Latina.

²³ El primero, González Casanova, obtuvo su doctorado en la Universidad de París; el segundo, Fernandes, fue *visiting professor* en Yale, Columbia y titular en Toronto durante su exilio en la dictadura; y el último, Germani, estableció vínculos estrechos con sociólogos estadounidenses e introdujo el funcionalismo a la sociología latinoamericana. Los tres son decisivos para la formación de la sociología política latinoamericana contemporánea (véase Kahl, 1976; también Portes, 1976).

algunos marxistas lograron liberarse de su parte dogmática y ofrecieron una serie de análisis innovadores, en cuanto a la formación social y las relaciones de clase en la región, con lo que apuntaron a la “singularidad” regional, contrastada con el desarrollo clásico de las sociedades capitalistas modernas en Europa Occidental.

Por otra parte, además de la matriz institucional que hace difícil seguir las clasificaciones propuestas por los criterios bibliométricos europeos y estadounidenses, la ciencia política latinoamericana también tiene fuentes intelectuales diferentes. La convergencia del derecho, la filosofía política y la sociología, asimismo de fuentes heterodoxas pero muy socorridas como la teoría social, la hermenéutica, entre otras, muestran que la práctica disciplinaria del análisis político ha estado influida desde el exterior en formas plurales y, a veces, anticientíficas como en el posmodernismo francés. A pesar de que existe la percepción de que la ciencia política latinoamericana ha adquirido un perfil e identidad propios, esta heterogeneidad sigue siendo una constante.

En el plano intelectual, la cuestión es más polémica, de ello que durante los sesenta el principal problema sea el desarrollo social y económico, impulsado por la influencia de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). De ahí que se hicieron estudios sobre las formaciones sociales, bajo un enfoque dominado por el marxismo y la sociología. Sin embargo, pronto se comprendió que habría que encontrar las condiciones políticas para lograr el desarrollo, en ese momento el análisis político abrió campo.

El resurgimiento del interés por el análisis profesional de la política, que surge bajo el abrigo de la “transición democrática” y que también dio pie a una importante propuesta de separar la sociología y otras disciplinas de la ciencia política. Considero positiva dicha iniciativa, pues apunta que el análisis político que se hace en Latinoamérica requiere elevar sus

estándares de calidad, y sobre todo que conozca los avances en los métodos, asimismo se actualice en la discusión del estado de la disciplina mundial. De forma habitual, los autores latinoamericanos somos *parroquiales* y trabajamos sobre problemas propios de nuestros países observados, sin brindar la atención suficiente a los vecinos y mucho menos a la búsqueda de enfoques comparados (si no a escala mundial, por lo menos a escala regional). En suma, no se ha construido un análisis comparado regional que teórica y metodológicamente pueda competir —refutar, alternar y replicar— los trabajos hechos en EUA o Europa Occidental.

La ciencia, incluso la ciencia política, se construye por el trabajo de generaciones. Olvidar los trabajos de ayer es poco sensato, de ello que apunto dos posibles causas de este olvido: la primera tiene que ver con el origen de la guerra ideológica que nos precede y sus agendas soterradas, pues muchos autores de los sesenta fueron marxistas aunque no hayan sido activistas, pero en sentido contrario, muchos latinoamericanistas estadounidenses trabajaron activamente para su gobierno. La otra causa, más sutil, pero igualmente eficaz: el análisis político no se centró sobre el régimen político ni el Estado (excepto raras veces como lo hizo Marcos Kaplan), sus intereses eran el cambio y desarrollo social y económico, o bien, la *modernización*. La “transición” representó para la ciencia política latinoamericana una oportunidad de madurar objetos de estudio, métodos y debates. Por ello, en toda América Latina el arribo de las democracias electorales, en un entorno donde las estructuras de poder heredadas del autoritarismo oligárquico estaban enraizadas, fue el tema a discernir. El libro compilado por David Collier y Fernando Henrique Cardoso, *The New Authoritarianism in Latin America* (1979), fue de los primeros en señalar las fracturas del militarismo modernizador. Por un lado, la agenda fue elaborada desde institutos estadounidenses como el Woodrow Wilson Centre, de talante conservador

aunque con la participación de analistas progresistas como Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Lawrence Whitehead (1986). El primero de ellos, fue clave en la reorientación de la disciplina al colaborar de manera cercana con Fábio Wanderley Reis (1988). Por otra parte, en Brasil, bajo el auspicio de las principales universidades públicas y privadas, los institutos de ciencia política produjeron importantes trabajos y debates sobre cuestiones metodológicas de análisis político (Spina Forjaz, 1997; Lara Netto, 2004; Amorim Neto, 2005; Cardoso Keinert y Pinheiro Silva, 2009). No obstante, en Argentina, la situación fue más complicada porque la dictadura militar y la “guerra sucia” no resultaron en ambientes adecuados para la investigación política, situación que se vio reforzada por los subsecuentes años de crisis política y económica. De esta manera, una alternativa fue la *diáspora* intelectual (Malamud y Freidenberg, 2010; Lesgart, 2008; Leiras, *et al.*, 2005). Caso similar el de Chile, en el que la ciencia política ha tenido una larga trayectoria interrumpida breve pero dramáticamente por la dictadura militar, como el profesor Huneeus recuerda, la disciplina chilena se ha beneficiado de instituciones como la CEPAL y la FLACSO, que tienen asiento en Santiago desde los años sesenta. De esta forma, aún no terminaba la dictadura cuando se fundó la Asociación Chilena de Ciencia Política y se dio comienzo a la formación de un proyecto ambicioso en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad Católica. Sin embargo, en otras universidades como la Universidad de Chile, se mantiene una actividad constante y relevante, menos estereotipada y menos tributaria del patrón estadounidense (Altman, 2006; Fernández, 2005; Heine, 2006; Huneeus, 2005).²⁴

²⁴ La sobrerreacción también es común. A veces el rechazo a lo “estadounidense”, no es una acción reflexiva, sino defensiva para rehuir demandas de rigor y capacitación en métodos y técnicas cuantitativas. La estadística y el cálculo llegaron para quedarse en las ciencias sociales, por

El segundo asunto que se ha sugerido es la propuesta de una ciencia política globalizada. El profesor Altman, con base en su experiencia como Director de la *Revista Ciencia Política* (Pontificia Universidad Católica de Chile), ha destacado que publicar en revistas de alto impacto editadas en EUA es un indicador sólido sobre el logro académico, y que el *entrenamiento* en universidades estadounidenses incrementa la probabilidad de lograr ser un politólogo de *alto rendimiento*. Pero no todos los estudiantes graduados deberán prepararse en EUA, además de que la capacitación en las academias estadounidenses de igual manera ofrece, formación y deformación sólidas. El criterio que domina la propuesta de una ciencia política globalizada²⁵ es el éxito individual y el de la institución que sostiene al investigador.²⁶ El criterio de más publicaciones indexadas en el *Thomson Reuters Institute of Science Investigation*, mejor conocido como *ISI-Web of Knowledge* (productividad), mide la capacidad de publicar resultados de investigación sobre América Latina ante un público de politólogos especializado en esta zona cuyos resultados tampoco serán difundidos en la

lo que discursos de negación y exclusión de los enfoques cuantitativos en las ciencias sociales que buscan eludir esta tarea, son palabras vacías.

²⁵ Uso el término globalizado en el mismo sentido que lo hace Phillippe Schmitter (2001) en su crítica a la pretensión de una ciencia política homogeneizada en torno a estándares de la ciencia política cuantitativa estadounidense. Como he mencionado, la ciencia política estadounidense está dominada por el enfoque cuantitativo pero ello no es prueba, ni lógica ni empírica, de que se trate de la única forma correcta de hacer ciencia política, o siquiera la mejor.

²⁶ El trabajo del profesor Altman contiene varios errores en la construcción de su muestra, tales como confundir el Departamento de Sociología o al Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile con el inexistente departamento de ciencia política, a la vez que excluye al Instituto de Estudios Internacionales de la misma universidad. Sobre México, excluyó la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPS) y al Instituto de Investigaciones Sociales, ambos de la UNAM, además a la unidad de FLACSO, entre otras.

región,²⁷ de tal forma que se trata de un criterio en cuanto al logro de estatus, antes que de avance científico. Por eso, conviene atender la distribución y debates enfocándose a públicos de la misma región. De manera histórica, la influencia de los estadounidenses en el desarrollo de las disciplinas científicas en América Latina es considerable. Por ejemplo, en las ciencias sociales, durante la Guerra Fría, aumentó el interés por la región, tanto en el terreno intelectual como en el político y con frecuencia combinado con los fondos de grandes fundaciones, además los mismos departamentos de Estado y Defensa de EUA, contribuyeron a la formación de la ciencia política latinoamericana. Muchos eminentes fundadores de nuestra disciplina hicieron sus estudios gracias a esos fondos. Pero éstos siempre fueron una espada de doble filo. De ello, como recordaron recientemente David Levinson y Jeffrey Gould (2010), del *Center of Caribbean and Latin American Studies* de Indiana University, la provisión de recursos ha estado comprometida a reglas claras del Departamento de Estado. El llamado *Title VI*²⁸ es el fundamento legal de muchos estudios de área que se ven escindidos entre la ética de objetividad académica y metodológica, y la demanda de tareas de inteligencia e información útil para el gobierno estadounidense.²⁹

²⁷ El énfasis en el estatus ante la comunidad angloparlante conlleva a distorsionar la investigación que, basada en datos de ISI, excluye a la UNAM, a la Universidad de Guadalajara y a la UAM de la investigación política de “impacto”. Para un examen respecto al desbalance de clasificaciones como *ISIS* o *Thomson* ver el *Global Social Science Report* (2010).

²⁸ Consúltense para mayores detalles (<http://www2.ed.gov/about/offices/list/ope/iegps/title-six.html>). De hecho, la necesidad de un área de expertos en asuntos internacionales fue reconocida desde 1958, cuando el citado *Título VI* fue introducido por la National Defense Education Act (NDEA, por sus siglas en inglés). Este título es la base legal para el financiamiento de programas de estudios, *fellowships* y estancias de investigación en EUA, así como estudios de área.

²⁹ “¿Nada nuevo bajo el sol?”: “El ejército de EU financió proyecto México Indígena. Oaxaca, Oax., 5 de agosto. El Proyecto México Indígena –desarrollado por la Sociedad Geográfica Estadunidense, entre 2006

MARCANDO EL TERRITORIO

Una nueva generación de programas académicos hechos a imagen y semejanza de los establecimientos académicos estadounidenses, incomoda a los tradicionalistas, pero también se trata de una inyección de novedad al análisis político en la región. Entre estos centros destacan el Departamento de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile y el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) mexicano, que es una institución académica que depende del financiamiento del Gobierno Federal por vía del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). Su posición privilegiada les ha permitido la creación de condiciones envidiables para el ejercicio de la investigación y la docencia, asimismo les otorga ventajas sobre cualquier competidor. Muchos de sus investigadores “estrellas” han sido funcionarios del sistema electoral o servidores gubernamentales. La característica de estas instituciones es promover un enfoque cuantitativista con poca atención a las dificultades teóricas y problemas por diferenciar su compromiso profesional de sus compromisos políticos. Aunque, por otro lado, proclaman la necesidad de rigor metodológico, no desarrollan programas propios de docencia e investigación sobre metodologías en las ciencias sociales, y son subsidiarias de tendencias, métodos, y teorías elaboradas en EUA no pocas veces con varios decenios de anterioridad. En este sentido, el CIDE, bajo la iniciativa del profesor austriaco Andreas Schleder, contribuye con un fondo económico (monto no registrado en su sitio web oficial), al Comité de Conceptos y Métodos

y 2008 en San Juan Yagila y San Miguel Tiltepec— fue financiado por la Oficina de Estudios Militares para el Extranjero del ejército de Estados Unidos, denunciaron autoridades municipales y agrarias de pueblos zapotecas del Rincón de la Sierra Juárez [...]. Explicaron que la investigación, efectuada por geógrafos de la Universidad de Arkansas y el presidente de la Sociedad Geográfica Estadunidense, Jerome Dobson, supuestamente

de IPSA (creado hace dos décadas por iniciativa de Giovanni Sartori), aunque su influencia en el adiestramiento y debate local es apenas visible.³⁰ Es decir, este tipo de profesores que se encuentran de ese lado de la mesa se asocian profesionalmente a sus gobiernos y mantienen un perfil “globalizado”, escriben para públicos anglosajones y centran sus logros en el reconocimiento de sus pares estadounidenses. Esta orientación hacia el reconocimiento según normas estadounidenses, conlleva a ignorar tareas orientadas a la formación de instituciones nacionales y a un desarrollo de la ciencia política.

El avance de una disciplina científica se puede observar por sus contenidos y sus omisiones. Esto es cierto con especial significado en las ciencias políticas, donde cada teoría, método y resultado es objeto de contención y sospecha. Todos los esfuerzos por “disciplinar a la *discipline*” deben estar encaminadas a crear la confianza en el desinterés científico del trabajo de investigación, aunque a veces los llamados al orden son proclamas por dictar agendas unilaterales. Este es el caso cuando, en lugar de conciliar, se ahonda la necesidad.

La profesionalización disciplinaria no sólo es una respuesta a la ciencia, es una evasión del estigma de ser calificado de izquierdista, o excluido de las fuentes de financiamiento gubernamentales o privadas. En un pasado remoto, el *macarthismo* dejó una huella que aún perdura, oculta en las prácticas habituales de la profesión (Lowi, 2011). El programa de profesionalizar la disciplina latinoamericana, a imagen de la estadounidense, esconde el temor a mostrar compromisos progresistas o a ser señalados como *marxistas*. Esta flecha envenenada debe ser mostrada, cuando se promueve un progra-

sería para conocer los impactos del Programa de certificación de derechos ejidales y titulación de solares urbanos en comunidades indígenas”, Octavio Vélez Ascencio, *La Jornada*, sábado 6 de agosto de 2011, p. 38.

³⁰ Una iniciativa más útil y transparente –y tal vez económica– sería la de editar una publicación periódica en español, dedicada a cuestiones de metodología sobre el análisis político.

ma tan cerrado y miope como la profesionalización “estilo USA”. Carlos Huneeus observó recientemente que la aceptación pasiva de la influencia anglosajona ha tenido un valor neto negativo:

[...] esa mirada complaciente carece de espíritu crítico para identificar las debilidades de la ciencia política norteamericana, que contagian a la débil comunidad en la región, como la obsesión por las cuestiones metodológicas y los enfoques cualitativos en el análisis de la política y la desatención a las necesidades conceptuales y teóricas en los estudios empíricos (2005: 153).

El desconocimiento de las tensiones críticas en la ciencia política estadounidense, y la dependencia sobre la influencia del “empirismo abstracto”, se promueve en algunas instituciones académicas de la región como la ruta hacia la profesionalización cosmopolita. Empero, no hay señales de innovación teórica y metodológica, sino comúnmente impera un seguimiento de las normas y preocupaciones de los colegas estadounidenses más activos en el estudio de la política latinoamericana. El resultado es que, en vez de teorías de mediano alcance, se promuevan teorías de mínimo alcance.

El caso mexicano es interesante porque hace cuatro décadas dio cobijo a expulsados de las dictaduras sudamericanas. Diez años antes, Chile había sido refugio de brasileños y argentinos y la FLACSO fue el centro del análisis sociopolítico regional. En la década de los años setenta del siglo XX, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM recibió a académicos de toda Latinoamérica. Asimismo, exilados chilenos ayudaron a crear el CIDE y convencer al gobierno mexicano de financiar tal empresa. Todas las universidades públicas y privadas, cuentan con proyectos de investigación registrados y activos sobre cuestiones políticas (Vidal y Luján, 2009). Simultáneamente, la *mexicanología* floreció en los estudios de área estadounidenses (Domínguez, 2004), lo que contribuyó

a focalizar nuevos problemas en el estudio del régimen autoritario y funcional y, a su vez, han proliferado los programas de estudios políticos, así como el número de estudiantes posgraduados.

FALSAS DISYUNTIVAS

Los autores que rememora Gerardo Munck, profesor argentino, como los más influyentes en la formación de nuestra disciplina son mayoritariamente estadounidenses (Munck, 2007). Sin embargo, no se trata sólo de profesores que publican en las revistas de “alto impacto” en el ámbito anglosajón, sino en organismos internacionales como el Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Mundial, las Naciones Unidas y la CEPAL. La presencia latinoamericana en esta producción escrita en inglés es difícil de estimar pero, como el mismo Munck lo ejemplifica, en las universidades estadounidenses existe un amplio número de profesores latinoamericanos que llevan a cabo investigaciones importantes (rara vez traducidas al español). La producción nativa es discriminada con frecuencia, con lo que se omiten importantes tradiciones intelectuales, autores e instituciones. De tal manera, la desmemoria se arraiga en la academia latinoamericana.

La ciencia política no se puede reducir a la simple estimación de las tasas de cambio de variables múltiples en un modelo de correlación estadística. La falta de reflexión sobre la legitimidad y validez conceptual de los “modelos”, y su frecuente sesgo en la selección y contenido factual de las variables junto a la confiabilidad en las mismas fuentes (Geddes, 2003), es un rasgo común muy conocido por los metodólogos, sin embargo, ello no cambia el hecho de ser repetido por los practicantes de la investigación cuantitativa (Sartori, 1970, 1985, 1991). De la misma forma, rara vez se reconoce que los modelos estadísticos tienen dificultades para asimilar lo que

comúnmente llamamos procesos y narrativas históricos. Pero, como los metodólogos saben, el problema generalmente no está en las técnicas, sino en la selección de variables, la confiabilidad de los datos y los motivos ideológicos que guían la investigación. Charles Lindblom (1990), profesor estadounidense, llamó la atención sobre este aspecto de la práctica de la investigación social y política –*impairment*–, y subrayó que con frecuencia en modelos estadísticos artificiosos se encuentran “juicios de valor” pocas veces explicitados. De tal manera que para muchos profesores estadounidenses, por poner un ejemplo, el asunto del “retorno de la izquierda” sea más inquietante por sus potenciales impactos en la visión estadounidense (y los intereses que la sostienen), que por el desarrollo democrático que esto implica. La debilidad en cuanto a los esfuerzos de las comunidades profesionales de politólogos en América Latina, por crear bases de datos es probablemente provocada por la escasez de recursos materiales y la endeble base institucional. Ello, debe advertirnos sobre la dificultad de seguir una ruta de imitación académica. Es decir, el déficit de información sistematizada de acceso público es un componente esencial de la democracia y sin acceso a información plural, objetiva y contrastable la ciudadanía difícilmente podrá aspirar a la exigencia de rendición de cuentas. El desprecio a los “datos” entre muchos sociólogos y politólogos en América Latina, muestra una incomprensión radical de las necesidades de *empoderamiento* ciudadano. Los politólogos no demandamos rendición de cuentas, sino contribuimos decisivamente a la transparencia política.

Muchas veces la reacción contra el *cuantitativismo* se transforma en un clamor por la “teoría”, a pesar de que la teoría política no sea un *exorcismo*. Con ello, quiero decir que la teoría sin referentes empíricos (sean estadísticas, registros histórico-estadísticos, documentales u otros) tiende a ser tan evasiva de la realidad como el éter, a ello sobreviene el déficit

de nuestra capacidad de observación y registro de datos estandarizados y verificables. Así que la respuesta de tipo pasivo-agresiva, no sólo da la espalda al aprendizaje de nuevos métodos, sino también a los avances teóricos, con lo que, rara vez se encuentra en la literatura discusiones sobre presupuestos teóricos cuestionables o anomalías al enfoque dominante. La asimilación acrítica de términos como *cultura política*, *globalización*, *consolidación*, *transición* e *ingobernabilidad*, más que razonamientos serios son gestos imitativos.

La investigación empírica local tiene un rezago considerable, porque no ha recibido una sistematización y no se elabora con criterios metodológicos estandarizados. Los programas para la creación de bases de datos con indicadores sociopolíticos son muy escasos. Por ejemplo, el *Latino barómetro* es una iniciativa europea que ha tenido un importante crecimiento, mas no existen bases de datos que permitan contrastar la información que ofrece. Caso contrario es el de las bases de datos estadounidenses las cuales están organizadas y cubren periodos amplios, por lo que son más confiables que la información que pueda ser capturada localmente. Por ello aun existiendo información local en Latinoamérica, ésta se encuentra dispersa y es casi imposible para un comparativista obtener datos relativos a varios países. Una de las fuentes más recurridas y prestigiadas es *LAPOP (Latin American Public Opinion Program)*, construida por medio de encuesta y muestreo que durante años ha sistematizado importante información, fue creado por los profesores Mitchell A. Seligson y John A. Booth, de la Universidad Vanderbilt, con el apoyo de la *USAID (United States of America Agency of International Development)*. El proyecto *Polity IV* y sus antecesores, es un legado de la Guerra Fría, desarrollado por el *Political Instability Task Force, Societal-Systems Research*, y financiado por la CIA, de EUA, y es una fuente estándar en relación a los estudios de los latinoamericanistas con orientación cuantitativa, que ofrece indicadores

—a veces tendenciosos— sobre la estabilidad e inestabilidad de todos los países, incluyendo los de América Latina.

Contrariamente a los vastos recursos elaborados por varias generaciones de politólogos en EUA, no existe, para la ciencia política latinoamericana, algún proyecto autónomo parecido a la CEPAL o vínculos con agencias internacionales pertenecientes a la ONU. Gerardo Munck ha mostrado interés por estas cuestiones durante más de una década, llamando a un esfuerzo por construir indicadores y sistemas de recopilación de datos confiables (Munck y Verkuilen, 2002).³¹ Normalmente, las fuentes utilizadas por los corporativistas para las evaluaciones de la “calidad de la democracia” son estadounidenses, y en menor medida europeas (Vidal, 2012). La fiabilidad de ellas muchas veces debe ponerse en cuestión, ya que ofrecen indicadores preconstruido sobre aspectos de interés práctico para sus países, o sus patrocinadores, o porque no es raro que mantengan información no suficientemente corroborada. El recurso del analista político interesado en la comparación política es, por supuesto, internet y los buscadores (por ejemplo, “Google académico” es extraordinariamente útil cuando no se dispone de otros medios o de financiamiento). Pero la información dispersa es difícil de sistematizar, a menos de que se establezcan grupos de trabajo regionales. De hecho existen recursos escasos, pero que podrían sostener un comienzo por medio de fondos de las agencias de investigación y de desarrollo científico en Brasil, México, Argentina, Chile y otros países de la región, a los que se puede sumar aquellos que ofrecen los programas de desarrollo científico y tecnológico de organismos internacionales como la OEA, las Naciones Unidas y, probablemente en

³¹ El profesor Munck ha participado en la elaboración del informe *Nuestra América*, patrocinado por la OEA y la UNESCO (2010), donde ofrece una propuesta innovadora, respecto a la medición del avance o retroceso democrático, a pesar de la confusión entre el régimen democrático y la política en su seno.

un futuro cercano, UNASUR. Por ello, el reclamo sobre la debilidad metodológica de la ciencia política latinoamericana no está infundado, de ello que el recurso a la retórica y la proclama, así como la inconsistencia lógico-empírica no son respuestas legítimas ni éticas. Por último, aunque se demanda el rigor metodológico y la innovación científica, se ofrecen pocas evidencias de los logros obtenidos y se realiza aún menos investigación sobre política comparada, o en cuanto a los acuciantes conflictos distributivos en la región.

El problema no radica en si debemos enfatizar la conceptualización y el análisis cualitativo sobre el cuantitativo, ni tampoco debemos dar la espalda a los avances metodológicos y teóricos hechos en EUA. Aníbal Pérez-Liñán ha apuntado bien al respecto, aunque con poco eco:

[...] que todo intento por institucionalizar la ciencia política en otros contextos debe realizar un esfuerzo consciente por preservar el pluralismo metodológico y teórico. Esta diversidad reclama un sacrificio consciente de los proyectos intelectuales en juego, que deben compartir recursos, evitar los claustros (Pérez-Liñán, 2010: 28).

Es más, los analistas estadounidenses llevan una gran delantera en la utilización de métodos y bases de datos, también poseen un liderazgo en el estudio de temas característicos de las democracias, como el estudio del voto, las legislaturas y el funcionamiento del ejecutivo. Aunque el marco teórico continúa siendo predominantemente, el elaborado hace medio siglo en las agendas de la modernización política, los intereses prácticos predominan.

La cuestión es que falta mucho estudio sistemático sobre la gran tradición del análisis político estadounidense, que nunca podrá reducirse al *cuantitativismo*. Los críticos de los modelos estadounidenses yerran de objetivo al cuestionar los enfoques empíricos y cuantitativos, que bien podrían aprender y usar para replicar los resultados de los colegas estadounidenses.

El problema es de carácter ideológico en ambos bandos, por ejemplo, el primer bando, en mostrar una reacción defensiva, y el segundo, por su fingida inocencia de pureza científica. Los latinoamericanos no contamos, a tres décadas de iniciada la “transición democrática”, con los datos y los instrumentos metodológicos para analizar comparativamente los patrones de inclusión y exclusión política real. Con frecuencia los estudios estadísticos más presuntuosos se basan en muestras mal diseñadas o incompletas, o en variables y problemas sesgados.³²

Aunque existe una producción creciente sobre análisis políticos, la mayoría analiza problema de gobernabilidad institucional. Los índices de las revistas abundan en títulos sobre elecciones, presidentes y legislaturas, partidos, por lo que se presta menos interés a los estudios empíricos sobre la calidad democrática, la representación, la rendición de cuentas y las dimensiones sociales de la democracia, sólo por citar algunos ejemplos. Este sesgo fue establecido en la elaboración inicial de la agenda de la transición, de ello, que el ajuste a la economía neoliberal fuera hacia la realización de temas básicos (Huneus, 2005). La relación entre diseño institucional y políticas sociales está en su cuna y, a pesar de la conducta de seguidores de la agenda estadounidense, no se replica análisis de economía política sobre conflictos distributivos y procesos electorales. De la misma manera, la desigualdad y la criminalidad apenas asoman en agendas de investigación y, hasta ahora, son epifenómenos que tienen poco que ver con instituciones políticas (el estudio de la OEA-UNESCO citado

³² Por ejemplo, un trabajo publicado en la revista del CIDE crea el falso problema de que la ciencia política se “americaniza” y “demuestra”, con base en una muestra de un universo de tres revistas mexicanas que predomina la descripción y el análisis cualitativo. No menciona las cuestiones que se discuten, sólo si se ajustan a las expectativas de los autores del estudio (Rivera y Salazar, 2011) y las de sus tutores. La bibliografía usada para mostrar que la ciencia política mexicana no se “americaniza” (*sic*), proviene de 80% de estudios realizados en EUA por profesores estadounidenses.

trata de revertir esta orientación). Finalmente, la comparación entre trayectorias políticas y funcionamiento de las democracias latinoamericanas no está en las revistas especializadas. La misma creación de bases de datos estadísticos y encuestas de opinión se encuentra en manos de empresas de mercadotecnia política, que dominan la producción de datos –encuestas de salida y preferencias– contrastando con la trayectoria institucional estadounidense, donde tanto institutos privados de investigación como esfuerzos universitarios dieron origen al estudio de la opinión pública (Huneus, 2010).

LATIN AMERICAN POLITICS Y LA POLÍTICA COMPARADA

Entre 1980 y 2000 hay una renovación generacional de los estudiosos sobre la política latinoamericana. Aunque como ya hemos notado, no existen anticipaciones a la transición de los regímenes modernizadores–autoritarios (o burocrático autoritarios) a los democráticos, la irrupción de éstos generó un nuevo campo de trabajo analítico. Los estudios sobre América Latina han prosperado, abordando líneas de investigación establecidas en la ciencia política estadounidense. La renovación tiene dos aspectos. El primero es el interés por analizar las condiciones en que los nuevos regímenes podían establecerse y eventualmente “consolidarse”, y el segundo, la introducción decidida de metodologías cuantitativas, especialmente las técnicas econométricas. Entre las líneas productivas están las condiciones de sustentabilidad y la capacidad de los gobiernos por avanzar en la reformas orientadas a la desregulación de los mercados. La segunda fue sobre las nuevas o renovadas instituciones políticas asociadas al régimen democrático, como las presidencias y las legislaturas, los partidos y los patrones de votación,³³ aunque también hay abundante

³³ La definición de los criterios para medir la “calidad democrática”, también ha sido una línea de trabajo establecida en la nueva agenda de la ciencia política influida por la renovada *Latin American Politics*. La construcción

producción sobre los nuevos movimientos sociales y al papel de éstos en la configuración de las nuevas democracias. Pero aun que en la nueva *Latin American Politics* existe la diversidad de enfoques teóricos, metodológicos y aún ideológicos, tiende a imponerse una versión, que hemos llamado aquí cuantitativista, que pregona un apodo convencional de ejercer la profesión, como un ejercicio técnico, con acceso privilegiado por parte de los círculos de poder de los gobiernos y agencias internacionales.

La segunda etapa de los estudios sobre la política latinoamericana no es una empresa exclusivamente estadounidense, en parte porque la disciplina de la ciencia política tiende a ser un proyecto que se establece en todo el mundo y se aparta –aun cautelosamente– de las perspectivas estadounidenses, y porque el interés hacia la comparación se aleja de las agendas

de indicadores de calidad democrática recibió un atención especial por una nueva generación de politólogos latinoamericanos formados en la tradición estadounidense del análisis estadístico. Los trabajos de David Altman y Aníbal Pérez-Liñán (2002) y de Gerardo Munck (2002) son notables e innovadores. Gerardo Munck ha contribuido al diseño de un estudio importante patrocinado por la OEA titulado *Nuestra democracia* (2010), que promueve un enfoque “desarrollista”, a diferencia del procesual que caracteriza los primeros estudios sobre las democracias en la región. Pérez-Liñán y Altman también han hecho contribuciones a los problemas del estudio de la calidad democrática, subrayando que además de los aspectos procedurales deben contemplarse las capacidades de inclusión –en este caso, por la vía electoral– de las expectativas y preferencias ciudadanas en la formación de la política democrática. La atención a los factores de inestabilidad y estabilidad de la democracia sigue de cerca el paradigma de la modernización establecido hace medio siglo en EUA (véase Vidal, 2006), y confía en examinar la covarianza de parámetros y variables sistémicas. Estos enfoques son productivos pero tienden a sobrevaluar las “variables” sobre los procesos y conflictos. Es probable que tales estudios pequen de optimismo y minimicen las dimensiones y variables que favorecen retrocesos en los procesos democráticos, y que minimicen los aspectos de resolución o exacerbación de conflictivos en estos procesos. Pero los estudios sobre la calidad, parecen quedar como un peldaño en la construcción de una teoría democrática más realista en los estudios latinoamericanos.

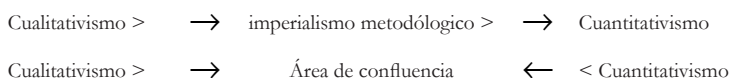
exclusivas de la “transición” democrática, y los temas emergentes tienen que ver más con la irrupción y establecimiento de los regímenes democráticos que con el desarrollo político y social; por ejemplo, los retrocesos y progresos democráticos; el ascenso de los grupos de poder, cuyo requerimiento es revisar el concepto de clase política (bajo la proposición de que la clase política no se agota en la descripción de los políticos profesionales); los problemas de inclusión ciudadana, la revisión de los modelos de modernización y consolidación; así como la presencia de retrocesos y fracasos en las agendas democráticas iniciales.

A la vez que los temas y problemas han cambiado, también han existido avances en las estrategias teóricas y metodológicas de la política comparada. Como Sartori mencionaba hace años (1991), la política comparada fue un invento estadounidense para estudiar a “otros países”. En EUA rara vez se comparan con otros países y menos se compara el desarrollo político de ese país con algún otro (aun cuando la democracia de esa nación muestre visibles retrocesos) y se da por sentada la excepcionalidad del régimen. El estudio de la *American Politics* muy raramente es objeto de comparación (por ejemplo Lipset, 1996). Los “otros países” preferidos para el análisis comparado son los del “Tercer Mundo”, de la Guerra Fría, las nuevas democracias de la “Tercera Ola” y la “Globalización”. Entre ambos objetos de la investigación comparada hay muchas similitudes y por supuesto grandes diferencias sustantivas, que afectan la forma de abordar los procesos políticos comparado teórica y metodológicamente (Vidal, 2006). Los debates sobre las nuevas rutas metodológicas empiezan a recibir atención, tanto por la variedad de métodos y técnicas a disposición de los investigadores (Sotomayor, 2008), como por las innovaciones formales —y computacionales— en el análisis comparado (Pérez-Liñán, 2008). En general la noción de una unificación metodológica parece fuera de la agenda, ex-

cepto en algunos extremistas. La ruta media, de tender puentes entre un variedad de enfoques y estrategias se ha ofrecido como la opción más lógica (Brady, Collier y Seawright, 2006). La creación de puentes antes que la unificación metodológica ofrece una agenda realista (Ragin, 2000), pero no sencilla de asimilar. En efecto, los puentes que ofrece Ragin, por ejemplo, dan por hecho que los científicos sociales están entrenados en ambos enfoques y son capaces de hablar ambos idiomas metodológicos. Por supuesto, es bien conocida la larga tradición estadounidense en el desarrollo de las metodologías de las ciencias sociales, tanto cualitativas como cuantitativas, donde predomina la econometría (Granato, Lo y Wong, 2010). Igualmente se ha acrecentado la sensibilidad a las diferencias en las condiciones de trabajo de los investigadores –por ejemplo, los latinoamericanistas– que trabajan en instituciones académicas estadounidenses, y los que trabajamos en la región, muchas veces sujetos a restricciones materiales y burocráticas extremas (Hartlyn, 2010). Pese a estas desventajas, se ha defendido enérgicamente la introducción de métodos formales estadísticos en el análisis comparado latinoamericano. Dicha estrategia es compartida por algunos latinoamericanistas y ciertos exponentes de la nueva generación de latinoamericanistas sostiene una posición más intransigente (Altman, 2011). Pero con frecuencia se olvida la cuestión de la subteorización que no se puede resolver por la pura lógica, o los procedimientos econométricos y estadísticos avanzados, sino requiere explorar dimensiones subyacentes, como las agendas ideológicas, y políticas ubicadas bajo cada postura metodológica. La intransigencia, decidida a emular los patrones estadounidenses parece perdida y es un reflejo imitativo más, el cual resulta de la reflexión crítica y dificulta el diálogo y aprendizaje mutuo. *Grosso modo* los politólogos latinoamericanos no se orientan por los estilos cuantitativos más extremos desarrollados en EUA. Pero esto implica establecer una diferencia simplista

de dos modos y experiencias de análisis político. Un informe reciente sobre la financiación de la investigación social en Latinoamérica (Chernyha, Sierra y Snyder, 2012), caricaturiza las diferencias de la ciencia política practicada en EUA y en América Latina, diciendo que “(...) la investigación de las ciencias sociales en Latinoamérica consiste mayormente de estudios impresionistas, que ofrecen vastas generalizaciones sobre la región como un todo”. Aparte de que este tipo de amplias generalizaciones son muy abundantes entre la clase política, y la comunidad de politólogos estadounidense, parece fuera de discusión la necesidad de un esfuerzo intenso, orientado a generar programas de recolección y sistematización de información nacional y regional propios. Reproducir el conflicto entre cualitativistas (apegados a los estilos narrativos, de observación y orientada hacia “casos” particulares), contra los cuantitativistas (que buscan construir generalizaciones nomológicas basadas en correlaciones y similitudes, donde los casos “aislados” son desviaciones no relevantes), establece un falso dilema (Ragin, 2000). Con todo es necesario explorar los métodos formales y sobre todo los recursos que ofrecen las matemáticas aplicadas a las ciencias sociales, como la teoría de juegos y de análisis estadístico. El caso es interesante porque en los próximos años, las presiones para aceptar el estándar de la ciencia política estadounidense cuantitativista serán muy intensas, y los politólogos latinoamericanos serán puestos a la defensiva.

Dos escenarios al *impasse* metodológico



La primera línea describe la demanda convencional hacia una ciencia política estadística, y representa una ruptura de la ciencia política latinoamericana con sus fuentes y tradiciones

más notables, que están en la sociología política histórica, el análisis de casos y la antropología política. La segunda línea es mucho más razonable y representa un acercamiento mutuo entre los enfoques cualitativos y cuantitativos, hacia un área de confluencia, alcanzada por medio de pasos discretos o “puentes” metodológicos.

El análisis político comparado no es desconocido en América Latina. La mayoría de los aportes logrados en las décadas de los sesenta y setenta fueron trabajo de corte histórico comparativo, fuertemente influenciados por el marxismo y el periodo tardío, debido al aporte de Max Weber. Lo que ahora resulta nuevo es la irrupción de marcos analíticos (Ragin, 2007) estadísticos y lógicos (probablemente también la teoría de juegos se instale). En EUA hay un florecimiento de los estudios de la política latinoamericana, y son muy influyentes en la formación de la disciplina al sur del Río Bravo. Éstos utilizan un arsenal de métodos formales de gran sofisticación y poder analítico. Como se ha observado por varias generaciones de metodólogos e investigadores, estos marcos pueden tener limitaciones. La primera es que destacan correlaciones y asociaciones, aunque no son tan exitosos para generar explicaciones causales del origen y definición de las configuraciones históricas observadas, o del papel de las incidencias decisionales o coyunturas. Ello obedece a que éstas se constituyen previamente, por motivos teóricos y prácticos, a los marcos analíticos. Los marcos analíticos proporcionan un acervo indispensable, pero no suficiente para la comprensión comparada con base en mecanismos causales. Esta tendencia puede acercar a la política comparada con marcos analíticos, generalmente asociada a los estudios de política latinoamericana promovidos en las academias estadounidenses, y a la sociología política histórica comparada proveniente de la tradición latinoamericana.

BALANCE PRELIMINAR

Otra forma coloquial de presentar los nuevos problemas, es señalar que las agendas originales de la transición y la transformación democrática fueron imaginativas. Los problemas que surgen son nuevos como los asociados con la comparación entre trayectorias institucionales; la capacidad de inclusión o exclusión política de las instituciones; el papel de las expectativas y decisiones de los actores; y los riesgos de deterioro perceptibles en varias neodemocracias de la región. Quizá, por ello, sea una constante histórica que la calidad de vida se encuentre relacionada positivamente a la gobernabilidad. De aquí que, los regímenes democráticos no sean la excepción y, en ellos, la correlación sea cada vez más estrecha y sistémica. Ciertamente, en la ciencia política actual existen dos disputas sobre las características temporales y espaciales de esta relación. La primera de éstas es sobre si la creciente desigualdad social y económica, así como la brecha social y cultural que conllevan, pueden poner en peligro la estabilidad democrática y, de esta forma, se tratase de una causa del deterioro de las capacidades de gobernabilidad, por ejemplo, el empobrecimiento socioeconómico (pauperización relativa), es una precondition para la anomia social (dilución de vínculos familiares y comunitarios), e inestabilidad política (abstención y desinterés, pérdida de credibilidad en las instituciones y degradación y criminalización de la cultura cívica). Con ello, la pérdida de capacidades de gobernación se refleja en una baja rendición de cuentas, impunidad política y corrupción, ineficacia en el planeamiento, operación y evaluación de las políticas públicas y, en general, una disminución de la visión estratégica, es decir, la capacidad de la élite por ubicar ventanas de oportunidad y metas en el largo y mediano plazo, así como reconocer las variables y dimensiones del entorno estratégico interno y geopolítico.

La segunda disputa trata sobre la identificación de aquellos mecanismos perversos culpables del deterioro en la calidad de vida, la gobernabilidad y los mecanismos virtuosos que eventualmente revierten el deterioro democrático y disminuyen los riesgos de su crisis. La simultánea ocurrencia de una “ola” democrática mundial, coincide con un tsunami de desigualdad social. La cuestión que aquí interesa es si esta última se ve reforzada por mecanismos perversos en la misma mecánica de los regímenes democráticos. La respuesta comúnmente aceptada y avalada por evidencias lógicas y empíricas es afirmativa. Por ello, estudiar las fallas democráticas propone una agenda propia.

La ciencia política muestra un periodo de crecimiento institucional e intelectual similar, al que tuvo hace seis décadas al finalizar la Segunda Guerra Mundial (Boncourt, 2009). La investigación política en América Latina es intensa, además avanza al mismo ritmo que lo hacen sus nuevas democracias, con ello, se fortalecen sus estándares de calidad, no sin tener que eludir *bobytraps* tendidos en el trayecto. Sin embargo, el intercambio académico continúa siendo escaso, y las publicaciones destinadas a temas políticos en perspectivas comparadas no existen, y las existentes apenas empiezan a difundirse por toda la región gracias al internet. Caso contrario el de muchos editores que no valoran la importancia de indexar sus publicaciones. Aun escindida, desconectada y sesgada, la disciplina latinoamericana redefine sus lazos con las agendas estadounidenses (a veces éstas son sinceras, apegadas a la tradición científica, pero otras con frecuencia padecen vicios que no perciben sus promotores), a su vez que descubre las nuevas agendas de investigación.



La ciencia política mexicana en su encrucijada

LAS DESVENTAJAS DE LA DESORGANIZACIÓN

La ciencia política mexicana adolece de una crisis de crecimiento que posee dos rasgos, de los cuales el primero conduce al segundo: 1) hay un déficit de autorreflexión sobre su estado actual como disciplina; y 2) existe una ausencia de debates internos que aborden logros y limitaciones, nuevas problemáticas y sus condiciones bajo el contexto de la ciencia política en el mundo. El hecho incómodo tiene que ver con que en México, esta disciplina padece una condición de desorganización interna que contrasta bruscamente con las pautas que la ciencia política y sus practicantes han establecido a lo largo y ancho del mundo civilizado. Por otro lado, la creación de asociaciones locales y nacionales no es un fenómeno nuevo, pues algunos casos se remontan a un siglo de la aparición de las primeras asociaciones de politólogos como en EUA y, probablemente, en Europa Occidental no hubiera sido diferente de no haber sucedido los dos holocaustos que la agobiaron durante el siglo xx. Las asociaciones nacionales han sido instrumentos fundamentales para agrupar temas en el último siglo de desarrollo disciplinario, por ello son necesarias para organizar líneas de discusión, articular enfoques teóricos y, en general, discutir y debatir el estado de la disciplina misma.

PROFESIONALIZACIÓN

En México existe una larga tradición y una lista creciente de estudiosos que han conducido a la *profesionalización* de la disciplina. Por ello, el auge de la práctica de la ciencia política se observa en el número y calidad creciente de los proyectos de investigación, que están siendo desarrollados en las principales instituciones de educación superior del país (Vidal y Luján, 2009). El análisis político se ha ido transformando en una actividad especializada y profesionalizada, mediante la proliferación de programas de licenciatura y posgrado entre las que destacan las universidades públicas (Alarcón-Olguín, 2010). La ciencia política se identifica cada día más con los métodos científicos, al menos en sus acepciones más laxas de contrastación empírica, con lo cual nos hemos alejado un buen trecho de los interminables debates idiosincrásicos, lo que ha favorecido un ambiente más profesional de presentación de nuestro trabajo. De ello que la ciencia política mexicana se ha disociado de la interpretación *prête a porte*, y se haya acercado a la exhibición de resultados de investigación, de preferencia empírica y demostrable.

Las causas de esta orientación son variadas, por ejemplo, los programas de adiestramiento profesional han abandonado el enfoque historicista y teleológico del marxismo y sus versiones posmodernas. Sin embargo, existen causas extradisciplinarias tal como lo observa Jacqueline Peschard, funcionaria pública de larga trayectoria, en el sentido de cómo, la redefinición del perfil del politólogo se ha dado “(...) en función de un mercado de trabajo que había que ensanchar para reafirmar el conocimiento en ciencia política en la búsqueda de [una] solución a los problemas nacionales” (citado por Torres Mejía, 1990: 155). Este “mercado de trabajo” se encuentra dominado por las necesidades de la transformación del Estado mexicano, y así pasar de un régimen de partido hegemónico a

uno de alternancia partidista. La ciencia política y la sociología política fueron impulsadas de una manera ambigua por los cambios en el régimen, en el sentido de que con frecuencia las investigaciones surgieron derivadas de la demanda del mercado gubernamental. Tradicionalmente el gobierno mexicano ha sido una fuente de impulso a la educación superior y a las ciencias sociales. Tal es el caso de las iniciativas gubernamentales en los años setenta, por generar una “apertura democrática” que favoreciera la presencia del llamado euomarxismo en escuelas de educación superior públicas y promoviera, a su vez, nuevas instituciones académicas como el CIDE, el cual contribuyó a ocupar distinguidos profesores chilenos que huían de la dictadura de su país. Además, el marxismo era todavía el gran dogma de muchos, y este pensamiento poseía el defecto de considerar a la política como una excrescencia súper estructural –se decía–, de los problemas de fondo. No obstante lo anterior, de manera paulatina se pudo establecer una agenda, en la cual la política y el Estado debían ser estudiados como fenómenos sociales y, más precisamente, políticos con identidad propia. Este giro analítico coincide con el arribo impetuoso de la ciencia política estadounidense y la *mexicanología*. Juan Molinar Horcasitas (1993) –alto funcionario federal y político profesional con una larga trayectoria–, observó la formación de escuelas de pensamiento orientado al análisis político, de ello que la escuela estadounidense a la que se refiera sea la llamada conductista (*behaviorista*) y en particular a los enfoques convencionales sobre la modernización, establecidos en la academia estadounidense (Vidal, 2006). Los estudios estadounidenses, tuvieron una enorme influencia en el desarrollo de formas no marxistas de leer la política mexicana. De esta forma, dichos estudios del área, impulsados por la Guerra Fría, dieron lugar a una rama de *mexicanólogos* (Meyer y Camacho, 1977), en la cual se desarrollaron los trabajos pioneros de Brandenburg y los de Roger Hansen, quizás el más

influyente en los años setenta, al introducir nociones convencionales como desarrollo político y sistema político, no muy comunes en la literatura nativa. A partir de aquí, entrados los 1980 y 1990, figuran *mexicanólogos* como Wayne Cornelius, de La Joya-UCLA; Roderic Ai Camp, entonces en Tulane University y que destaca por su impresionante archivo biográfico de políticos, civiles, militares y religiosos del país;³⁴ Jorge Domínguez y Peter Smith, quienes fueron los primeros en estudiar los “laberintos” de la cultura burocrática de la clase política mexicana. En este sentido, conforme avanzaron los eventos prosperó la *mexicanología*. Una lectura más profunda de los textos que menciona Domínguez (2004), muestra un amplio grupo de estudiosos estadounidenses que dedican su tiempo a trabajos sobre México, que prevalecen sobre los estudiosos mexicanos y establecen líneas de investigación dominantes en lugares como el CIDE y el ITAM.

La escuela estadounidense se encuentra bien asentada en México,³⁵ según lo expuesto por Molinar Horcasitas (1993) y Torres Mejía (1993) que ofrecen un panorama bastante completo en este sentido. La actividad profesional se ha intensificado en las tres décadas precedentes, estimulada por lo que genéricamente puede llamarse la “transición” del régimen de partido único hasta el actual estadio multipartidista (Vidal, 2007). Asimismo, Adrián Acosta Silva, de la Universidad de Guadalajara, encuentra que los temas se ajustan a la agenda convencional de tres etapas en el estudio de las transiciones (Acosta Silva, 2009; Vidal, 2006), elaborada por politólogos estadounidenses: 1) crisis del régimen autoritario; 2) democra-

³⁴ Sus textos han sido traducidos y publicados, a excepción de las investigaciones sobre organización militar y sus vínculos con la política nacional.

³⁵ Aguilar (2009) se expresa en sentido contrario, porque seguramente sólo puso atención a las corrientes más actuales como el *neoinstitucionalismo* y la *elección racional*. Sin embargo, la escuela *behaviorista* ha sido durante décadas el eje de la politología mexicana sobre la modernización. A este respecto, considero que Molinar Horcasitas (1993) es más confiable para informar sobre la influencia estadounidense hasta hace dos décadas.

tización; y 3) consolidación y considera pilares de la disciplina a los columnistas de los medios impresos y electrónicos. En el mismo tono se encuentra Soledad Loaeza (2005) del Colegio de México, quien señala que existió un auge de la investigación sobre los procesos electorales, los partidos políticos y las relaciones entre los poderes ejecutivo y legislativo, ello acompañado de la aparición de publicaciones vagamente especializadas.³⁶ Todo ello configura una descripción del estadio de la profesionalización y del prestigio para hacer análisis político. Sin embargo, a pesar de que las revistas publican numerosos ensayos sobre los procesos electorales y la distribución de votos entre los partidos (escriben *clivajes* que es un barbarismo del término *cleavage* usado por Lipset y Rokkan), la abstención es un tema apenas visible para los nuevos expertos en procesos electorales. Lo anterior, pese a que ésta muestra un patrón de aumento sistemático, y llega en su momento más bajo a casi 50% de la población empadronada.³⁷ Los estudios sobre las características sociales, económicas, generacionales, culturales e ideológicas del votante y, sobre todo, *del no votante* apenas han sido sistematizadas (a diferencia de otros países como en Brasil), y el fenómeno continúa siendo un misterio desde la perspectiva de la ciencia política. Los cientos de asesores de la Cámara de Diputados y las decenas de investigadores del Centro para el Desarrollo Democrático del IFE, podrían avocarse tal vez en su tiempo libre a resolver tal enigma.

La profesionalización ha sido impulsada por el Gobierno Federal y gobiernos estatales (Hamui Sutton, 2005; Grediaga, 2007) con fondos reducidos pero no desdeñables, aunque los

³⁶ Aunque el padrón de revistas de excelencia en ciencias sociales, que elabora el CONACYT, menciona unas 20 publicaciones, hasta 2012, de las cuales sólo dos están enfocadas específicamente en el análisis político: *Política y Gobierno*, que edita el CIDE; y *Foro Internacional*, producida por el COLMEX.

³⁷ El misterio dentro del enigma es el costo de financiación por voto emitido que asciende a casi 17 dólares, mientras en Brasil a 30 centavos de dólar, además de que en este último la población empadronada que vota es de casi 80%.

efectos no siempre han sido virtuosos. A su vez, el CONACYT creó algunos fondos para investigaciones sociales y, aunque los proyectos de análisis político están en inferioridad, no es imposible acceder a recursos básicos para emprender investigaciones originales. Asimismo, se diseñó el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) que ofrece bonos de entre 750 a 2000 dólares mensuales.³⁸ De esta forma, tener un título de Doctor es esencial para obtener estos apoyos, y CONACYT ofrece becas trianuales equivalentes a 850 dólares mensuales,³⁹ a estudiantes de doctorado en ciencias sociales y políticas en México y equivalentes para estudios en el extranjero. Por último, existen convenios con algunas universidades estadounidenses y europeas para que estudiantes mexicanos accedan a éstas como becarios. Por ejemplo, existe un programa llamado *Fondo México* firmado con la Universidad de Harvard para diversas disciplinas, pero donde realizan maestrías muchos políticos en ascenso. Sin embargo, somos profesionales *desorganizados*.

LAS VENTAJAS DE LA ORGANIZACIÓN

La situación de la ciencia política mexicana es anómala, cuando es comparada con la gran mayoría de países de desarrollo medio. Ya no digamos EUA, donde la American Political Science Association (APSA) se fundó hace poco más de un siglo (en 1903), además antes de esa fecha ya existían asociaciones

³⁸ Este Sistema se divide en seis secciones, por lo que la ciencia política es considerada parte de las ciencias sociales, junto a la sociología en la sección v. El sistema de calificaciones ha sido cuestionado por usar criterios cuantitativos como el número de publicaciones y actividades “profesionales”, antes que la solidez y la calidad intelectual. El resultado es un crecimiento vertiginoso de los beneficiarios del sistema, calificado como “una distorsión perversa” en un reciente congreso de autoevaluación, realizado en 2010.

³⁹ Se usan divisas estadounidenses como referencia, suponiendo que habrá lectores extranjeros que desconozcan el valor adquisitivo del peso mexicano.

regionales; o en el caso de Europa Occidental donde en Alemania, Francia, Inglaterra e Italia la profesionalización avanzó de manera consistente, sólo interrumpida por las dos grandes guerras mundiales, con lo que, apenas concluida la Segunda Guerra Mundial la ciencia política europea, bajo los auspicios de la UNESCO y la APSA estadounidense, resurgió como actividad organizada nacionalmente vinculada con otras asociaciones nacionales por sólidas redes internacionales. De esta manera, dos grandes asociaciones internacionales son fruto de los esfuerzos realizados hace medio siglo. Aunque aún no logra agrupar una verdadera federación mundial, la International Political Science Association (IPSA) tiene un alcance considerable y pronto podría cambiar la primera palabra de su acrónimo, por World Political Science Association (WPSA en vez de IPSA). Otro caso ejemplar de esfuerzo de coordinación e institucionalización transnacional es la European Consortium of Political Research (ECPR), que funciona como federación que agrupa más de cuarenta asociaciones nacionales y miles de asociados individuales.

Afortunadamente existe suficiente literatura que ha explorado el desarrollo de la ciencia política, en relación con los contextos políticos generales. El asunto no es si es posible la ciencia política en regímenes no democráticos, porque, por ejemplo, la ciencia política ha florecido en ámbitos autoritarios como Italia o Alemania de principios del siglo xx. En los países emergentes las ciencias sociales se encuentran organizadas en casi todas partes, de ello, que destaque el auge de la ciencia política en países como Rusia o India,⁴⁰ así como de países pequeños como Armenia, Georgia o Costa Rica, que tienen instituciones nacionales que agrupan a los politólogos profesionales. Por otro lado, en América Latina la historia es

⁴⁰ Aunque la Asociación China de Ciencia Política está inactiva, debido probablemente a que IPSA reconoce a la Asociación taiwanesa, existe una asociación China de Sociología y organizó hace cinco años un Congreso Mundial del Institute of Social Sciences (ISA),

bien conocida, pues tenemos una larga tradición de respeto a la ciencia social. La creación de la CEPAL bajo los auspicios de la UNESCO ha sido un importante centro productor de ideas e investigación a casi medio siglo de actividad. Hubo un periodo de tiempo donde América Latina produjo proyectos teóricos importantes como la teoría de la dependencia, que influyó en todo el orbe. Con lo que las asociaciones nacionales de sociología y ciencia política, aun en la oscuridad de los gobiernos militares, se mantuvieron activas tal fue el caso de la FLACSO. Por otra parte, las asociaciones disciplinarias de ciencias sociales latinoamericanas –con excepción de las mexicanas– muestran una actividad intensa en años recientes.⁴¹ En Brasil, Argentina, Chile y Colombia se encabezan estas iniciativas y pronto podremos hablar de una verdadera Federación Latinoamericana de Ciencia Política, probablemente cimentada en las bases de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP)⁴² (Nohlen, 2006; Altman 2006 y 2006b).

La relación entre el tipo de régimen político y el desarrollo de la ciencia política es compleja. No obstante esto, existe la idea de que el problema central de la *autonomía disciplinaria*, depende en mayor medida del grado en que el *ethos* científico se encuentra arraigado en las comunidades profesionales, más que en el tipo de régimen político. Esto es importante en la medida en que nos permite asociar el ordenamiento autónomo de los profesionales y el grado en que toleran la producción de la ciencia social. La idea de Samuel Huntington (1987: 7) sobre que “la ciencia política es fuerte cuando la democracia es fuerte y débil cuando la democracia es débil” es atractiva, pero no soporta la evidencia histórica. La autonomía disciplinaria no depende exclusivamente del tipo de régimen,

⁴¹ La *Revista de Ciencia Política*, editada por la Universidad Católica de Chile, contiene un útil recuento de estas actividades.

⁴² La sede de la ALACIP está ahora en Brasil, en la Universidad de Campinas, después de estar asentada, en los primeros años de su existencia, en la Universidad de Salamanca, en España.

tal como lo demuestra el trabajo de Max Weber en el Primer Reich, o el de Gaetano Mosca en la Italia prefascista, por ello, es una cuestión que no tiene respuestas fáciles (Easton, Gunnell y Graziano, 1991: 5 ss; Easton, Gunnell y Stein, 1995). La solución más obvia que se me ocurre en torno a la disposición de las “comunidades epistémicas”, para asociarse con relativa autonomía de las presiones políticas y económicas es establecer un *código de ética científica* compartido. Pero las causas por las que un grupo de practicantes de una disciplina científica, decide asociarse para ejercer su profesión con autonomía de las presiones políticas son complejas. Por ejemplo, una explicación sensata es que los politólogos actuamos racionalmente como miembros de un gremio profesional: conviene asociarse y cultivar la autonomía disciplinaria, a fin de mantener cierto grado de libertad de expresión y fuerza de presión colectiva. Sin embargo, contrario a este tipo de razonamiento, superar el problema del *free rider* encarnado en el *carrerismo* profesional en la ciencia política, no se ha logrado en México y en cierto sentido hay retrocesos francos y una persistente fragmentación organizativa e intelectual. Un caso dramático es la desaparición de la Asociación Mexicana de Sociología fundada por Lucio Mendieta y Núñez,⁴³ o la falta de continuidad del Congreso de Ciencia Política de 1996 (Merino, 1999).

Además de esta razón práctica que da a las comunidades profesionales la consistencia gremial, para influir colectivamente en las políticas públicas, existe otra ventaja de la organización disciplinaria, menos visible y hasta irrelevante para algunos colegas, que es la de sentar los foros para los debates científicos. Esto es un componente obviado pero imprescindible de lo que comúnmente, desde Max Weber se conoce como vocación científica. Sin debate e intercambio de ideas no hay avance del conocimiento sólido, además, sin la fuerza

⁴³ De forma oficial aún existe un número telefónico de esta Asociación virtualmente extinta en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

de la organización es básicamente imposible intentar crear líneas temáticas teóricas, metodológicas propias y, en suma, es imposible disciplinar la disciplina.

Como mencionan Easton y sus colegas (1991; 1995), existen muchas claves para explicar la ruta de la autonomía institucional, o la del clientelismo profesional y la fragmentación institucional. La capacidad de los gobiernos para cooptar a los académicos, sumado a la predisposición de éstos por supeditar sus compromisos, como estudiosos, a carreras políticas; la ausencia de oportunidades de logro profesional académico y la creencia de que el *intelectual orgánico* o *eminencia gris* del político poderoso realmente puede cambiar las cosas decisivamente; o la simple miopía o desprecio por la vocación científica, todas son explicaciones válidas.

PROFESIONALIZACIÓN E INSTITUCIONALIZACIÓN DISCIPLINARIA

La profesionalización no significa maduración disciplinaria, ni siquiera conduce a ella, y quizás, sea la falacia básica detrás de la situación mexicana. Ésta se identifica con su aspecto más visible: la *credencialización* de la ciencia, que ha sido inervada en muchas partes incluyendo EUA o México. Por ejemplo, en todo el mundo, tal cuestión ha sido inducida por las políticas públicas gubernamentales destinadas a la educación superior (Wagner *et al.*, 1999). México no es una excepción pues la diferencia es que, paradójicamente, el Estado promueve la profesionalización pero da mínima prioridad al desarrollo de la ciencia.⁴⁴ Esto es peculiar, y en las ciencias sociales podría estar generando un efecto perverso de aislamiento institucional de la disciplina. Algunos comentaristas empiezan a sospechar que son los programas de inducción de las profesiones, quienes producen la fragmentación de las comunidades epistémicas.

⁴⁴ El Estado mexicano gasta 0.04% de su PIB en educación, por debajo del promedio de 1% en la OCDE, a la que pertenece.

cas en las ciencias sociales en México. De esta forma, Aguilar Rivera describe dos mecanismos de la desorganización disciplinaria: los *archipiélagos*, que caracterizan la incomunicación institucional de trabajos académicos y la *ausencia de núcleos metodológicos*, como resultado natural de la ausencia de debates (Aguilar Rivera, 2009). Más lejos todavía, el antropólogo político Roger Bartra apunta la existencia de *cacicazgos* académicos que se arraigan en el medio académico, lo que impide no sólo la circulación de ideas y el debate, sino que frena la posibilidad de estudios actualizados (Bartra, 2007).

La ciencia política se desarrolla en el CIDE, en el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), en la UNAM, la UAM, la Universidad de Guadalajara (UDEG), en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM) entre otras instituciones de educación superior públicas y privadas. A pesar de estos esfuerzos, la fragmentación de los mismos es aún la norma. No son muchas las redes establecidas e institucionalizadas, capaces de abrir su trabajo al debate académico especializado de investigadores, ni congresos regulares a nivel local o nacional. Probablemente la profesionalización esté impulsando el *carrerismo* antes que una estructura institucional adecuada al desarrollo de la disciplina. El *carrerismo* no es infrecuente, sobre todo al ser estimulado por las mismas universidades: no se premia la calidad del trabajo —ya que raramente existen debates sobre los meritos o defectos de una obra— sino la cantidad. Y esta cantidad, también es alterada por el hecho de que se cuenta como producción académica a las actividades burocráticas, y a las tareas de asesorías (generalmente en forma de reportes de distribución interna, sin dictaminación ciega). Ser asesor del IFE, o del Instituto Federal de Acceso a la Información (IFAI), o del Congreso, o algún partido político, es considerado un logro en cuanto a prestigio y remuneración monetaria. La habilidad para promoverse en medio de la maraña de la política académica y del sistema político, que a secas

un agudo observador llamó “mañas”, es un recurso frecuente en el éxito profesional (Aguilar Rivera, 2009).

Una cuestión que merece atención es el que la ciencia política mexicana, con demasiada frecuencia va a la zaga de las investigaciones de los *mexicanólogos* estadounidenses. Por ello, son estas investigaciones las que marcan la pauta desde los años noventa en que hubo una ebullición de *mexicanología*, disparada por la firma del Tratado de Libre Comercio. Estudios importantes sobre clientelismo y marginación urbana, encuestas sobre opinión pública, gobernabilidad y descentralización política y, sobre todo, el ascenso del paradigma de la “cultura política” marcaron los rumbos del mercado de los estudios políticos.⁴⁵ Poco en cambio se hizo para generar proyectos de investigación, y estudiar los procesos de *captura de las instituciones estatales*, por parte de poderosas corporaciones capitalistas y sindicales (a pesar de que sus actividades —y escándalos— ocupan las principales páginas de la prensa cada día). La política del poder político fue relegada por la visión ilusoria de la consolidación democrática.

EJEMPLOS DE REACCIÓN A ESTÍMULOS BUROCRÁTICOS

El politólogo Mauricio Merino menciona que en 1996 —a un año de creado el IFE como organismo autónomo— se efectuó un Congreso Nacional de Ciencia Política⁴⁶ y menciona que participaron representantes de “la mayor parte de las Universidades donde se estudiaba e investigaba esta materia” (Merino, 1999: 14). Además cita una serie de memorias. Por esas

⁴⁵ Apenas seis meses después de las elecciones de julio de 2006, la revista *PS*, de la American Political Science Association (APSA), dedicó un número monográfico al asunto, mientras en México los primeros ensayos académicos empezaron a salir a la luz pública un año después.

⁴⁶ El autor menciona que se presentaron más de 200 ponencias que fueron editadas bajo auspicios del IFE, el Colegio de Ciencia Política y Administración Pública, y la UNAM (véase Apéndice 1).

fechas, a iniciativa de Porfirio Muñoz Ledo —viejo político de centro-izquierda— se propuso una serie de discusiones para diseñar la reforma del Estado y, previsiblemente, los resultados quedaron olvidados en los archivos de la UNAM. La evidencia fue clara: la reforma del Estado mexicano no era parte central en los esfuerzos de los politólogos profesionales, porque el tema de moda era el electoral. Estudios de distribución de votos, conteo de votaciones en elecciones, ascenso o retroceso del PRI, PAN o PRD en las votaciones fueron temas que abundaron en las revistas con calificación ciega. A pesar de esto, aún no existen los politólogos “expertos” en análisis estadístico, capaces de examinar los conteos electorales como el de 2006 en el que el Tribunal Electoral declaró, para asombro de muchos, que era imposible realizar un estudio estadístico confiable de las anomalías que presentó la elección de 2006.⁴⁷

En los años 1990, la presencia del IFE resultó decisiva. Muchos politólogos se hicieron figuras públicas. El IFE ha recibido un enorme financiamiento y las asesorías fueron codiciadas.⁴⁸ Y ha financiado pocos estudios de divulgación pública.⁴⁹

⁴⁷ El profesor José Ángel Crespo, del CIDE (2008), hizo un esfuerzo por sí mismo y demostró que es posible hacer estudios de ese tipo, que las metodologías existen y son accesibles a un científico social, y que los resultados calificados de la elección son, a pesar de todo, inciertos.

⁴⁸ En 2007 el IFE destinó mensualmente unos tres millones de pesos mexicanos (aproximadamente 250 mil dólares) para el pago de “asesores” de los partidos políticos (http://www.elsemanario.com.mx/news/news_display.php?story_id=1363). El pago a sus propios asesores es desconocido, igual que el desembolsado en las cámaras del Poder Legislativo, por no hablar de los honorarios por servicios al Poder Ejecutivo. El presupuesto para 2011 se estima en 1.1 mil millones de dólares.

⁴⁹ El más interesante, a mi parecer, es la encuesta sobre cultura política dirigida por la maestra Isabel Flores y la doctora Yolanda Meyerberg, de la UNAM, que destaca por su seriedad, pero sigue muy de cerca el formato de *The Civic Culture* de 1962, y continúa promoviendo este enfoque según el modelo de hace medio siglo establecido por Almond y Verba.

En los 1990 el CIDE cambió su orientación, de un nacionalismo de centro izquierda a un neoliberalismo abierto. El estilo de moda lo estableció la ciencia política *behaviorista* estadounidense de los años sesenta, y empezó a introducirse algo de *Rational Choice Theory*, aunque sin enfoques que puedan decirse críticos o innovadores. Pertenecer a la APSA (o al menos a su competencia menor, la Latin American Sociological Association, LASA), o hasta financiar premios internacionales como el del CIDE —que transfiere recursos públicos a la IPSA— son considerados símbolos de prestigio. Contrario a la desorganización nacional de la ciencia política como disciplina, existe un interesante fenómeno de visibilidad pública que da el aura de “experto”. Esto es muy diferente al “mandarinato” que caracterizó la ciencia social alemana entre guerras. Entonces los líderes de la disciplina formaban escuelas y sentaban las bases de la formación generacional.

LA CIENCIA SOCIAL DESDE LOS 1990 A LA FECHA

Precisamente porque los espacios institucionales están restringidos⁵⁰ y son “capturados” por grupos de interés académicos, existe una práctica de análisis político menospreciada, que se refugia en revistas sin arbitraje y publicaciones periodísticas. La crítica es inevitable en un clima político de constante escándalo. Así que los temas que interesan a los académicos y las publicaciones del mismo corte, calificadas de “excelencia” por la oficina estatal de promoción a la ciencia y tecnología (CONACYT), están lejos de otros que bien podrían ser de interés público como son el narcotráfico, la disfunción de los múltiples y vastos organismos gubernamentales, la corrupción en los órganos de gobierno, las componendas y sinrazones en el

⁵⁰ Aunque se menciona que en la mayoría de las universidades del país se enseña sociología y ciencia política, la realidad es que 50% de los estudiantes se encuentran matriculados entre la UAM y la UNAM, con sede en el Distrito Federal (Loeza, 2005).

poder judicial, la ignorancia de los jueces, las violaciones de derechos humanos, la militarización de la vida política, la venta de contratos, la corrupción sindical, o lo que en el Departamento de Defensa de EUA se llamó “un probable Estado fallido”.⁵¹

Los estudios electorales, en cambio, atraen a un gran número de politólogos profesionales. Pero aún se extraña la discusión teórica y metodológica. Esto se debe a que los politólogos seleccionan temas más visibles que profundos, la ausencia de debate teórico-metodológico es causa de la falta de institucionalización de la profesión y viceversa. El debate teórico, que en la ciencia política estadounidense es el biproducto más interesante de su longeva trayectoria institucional, como apuntó Charles Lindblom (véase Vidal, 2006: cap. 4) simplemente está ausente en México. Incluso en el área de los estudios electorales, la investigación teórica y metodológica está escasamente desarrollada, en comparación con la muy larga tradición de la ciencia política estadounidense y de Europa Occidental, aun en lugares como el CIDE, FLACSO o el ITAM.⁵² Simultáneamente, el darle importancia excesiva a los procesos electorales ha desplazado el interés por problemas teóricos y empíricos, asociados a la construcción del Estado y suplantado el *ethos* original de la ciencia política mexicana. Escribiendo hace más de tres decenios, dos observadores del desarrollo de nuestra disciplina señalaban que: “(...) la meta [de la ciencia política mexicana] es descubrir la forma de maximizar las capacidades de acción independiente de México en función

⁵¹ Las referencias de organismos de inteligencia y seguridad estadounidenses o de la ONU a la debilidad del Estado mexicano y la proliferación de la “narco-insurgencia” y el “estado fallido” en México (JOE, 2008), son dejados a los periodistas al igual que las observaciones y denuncias sobre la “captura” del Estado por grupos de presión privados –los llamados “poderes fácticos”– (Matsuda, 2007). Por ello, son simplemente inexistentes en las publicaciones académicas nacionales.

⁵² Lo cual contrasta con la emergencia de una industria ligera de estudios electorales.

de sus objetivos internos” (Meyer y Camacho, 1997: 41). En las agendas de la ciencia política mexicana actual esta meta parece inexistente y, en cambio, parece suplantada por los enfoques de la modernización y de las democratizaciones, elaborados hace más de tres décadas en la ciencia política y las agencias gubernamentales estadounidenses (Vidal, 2006).

PERSPECTIVAS

En general, los estudiosos reconocen que las posiciones de poder las ocupan los economistas con estancias de formación académica en los EUA (Babb, 2005). Los verdaderos *spin doctors* han sido los economistas con doctorados en universidades estadounidenses. Ellos han asesorado, orientado y decidido los tiempos y contenidos de las políticas públicas, durante al menos tres décadas en que los abogados fueron desplazados de los principales puestos de poder en el ejecutivo. Pero la larga, inestable y sobre todo, interminable transición del régimen autoritario a la alternancia democrática ha requerido de nuevos expertos. Así ha surgido un mercado para politólogos, desde aquellos que ocupan posiciones de poder en las instituciones recientemente creadas para regular la competencia electoral, como el IFE (instancia autónoma cuyos miembros son designados por la Cámara de Diputados y que maneja enormes recursos financieros cada año —en 2008 ejerció \$730 millones de dólares, pero en el año electoral 2006 su techo presupuestal llegó a \$1,000 millones de dólares—), hasta los niveles medios y bajos de las nuevas burocracias.

El estado de la ciencia social y política en México es precario y ni siquiera hay un debate sobre esta situación. Algunos se inclinan por soluciones burocráticas, como agrupar a los practicantes de las ciencias sociales en “colectivos” profesionales. Otros apostamos a la organización y autonomía institucional sobre líneas disciplinarias básicas. Pero el debate

aún no empieza. En suma, es difícil hacer un perfil de la disciplina de la ciencia política mexicana, a pesar de su fuerte presencia en algunas facultades de ciencias sociales. El rezago institucional, la ausencia de vínculos intrainstitucionales y de divulgación de la producción intelectual, y la falta de congresos locales y nacionales contrasta con la creciente profesionalización. Este rasgo puede tener muchas causas, una de ellas es la organización de la profesión, orientada hacia obtener cargos y encomiendas gubernamentales, antes que priorizar la investigación científica. Hace más de tres décadas Lorenzo Meyer y Manuel Camacho escribieron lo que podría ser la hipótesis de trabajo más cercana a la realidad y, por ello, el obstáculo más serio a superar:

[...] el servicio público es, además de una fuente de empleo, una fuente de prestigio y quizás una oportunidad de resolver a nivel individual las limitaciones económicas propias de las instituciones de enseñanza y de investigación. En muchos casos, esta situación va en detrimento de la calidad de la investigación, pues unos presentan el resultado de sus investigaciones pensando en esa posibilidad, [mientras] hay muchos otros que simplemente dejan de escribir para evitar comprometerse en un medio político que tradicionalmente ha premiado la indecisión (Meyer y Camacho, 1977: 43).

Soledad Loaeza (2005) ha mencionado que hay una transición de los estudios militantes hacia análisis con mínimos de objetividad. La meta de la ciencia política es la objetividad, la cual surge de la aceptación de que es posible hacer análisis científico de los hechos sociales. Esta premisa ha sido la base de la sociología y la economía clásicas. El abandono de la premisa básica por la sociología la ha condenado a su declive. La ciencia política tiene legados más antiguos, pues al menos desde Aristóteles y Tucídides existe la presunción de que podemos comparar, evaluar y registrar hechos con precisión empírica y consistencia lógica. La ciencia política moderna desde Maquiavelo, Hobbes, los Federalistas, Tocqueville, Max

Weber, Gaetano Mosca, Robert Dahl, hasta la hegemonía del *American Way*, se ha asentado sobre el *ethos* y el compromiso con la imparcialidad y la objetividad de la ciencia social (Vidal, 2006).

La base de una institucionalización debe permitir el ingreso de corrientes –incluso estrafalarias–,⁵³ pero este proceso no puede dejar de reflexionar sobre las condiciones políticas que dan sentido a la ciencia política mexicana. El debate es sinónimo de la creación de instituciones regionales y nacionales, donde sea posible debatir sobre las bases de los códigos mínimos de razonamiento científico. Estas bases se forman a partir de las iniciativas surgidas del *ethos* académico y no de las agendas de los políticos.⁵⁴

⁵³ Aunque éstas deberán ser disciplinadas a las reglas del método. En realidad estoy consciente de que esta simple petición puede ser excesiva, si, desde el inicio, se niega la posibilidad de conocimiento de la realidad como insistían algunas corrientes esotéricas en la epistemología de moda en los años pasados. En realidad sugiero que bastan reglas mínimas de discusión, donde prevalezca la consistencia lógica y la validación de las pruebas empíricas por observadores imparciales o, en pocas palabras, el *ethos* de la ciencia.

⁵⁴ Aunque esto parece estar resolviéndose, pues sólo en 2012 aparecieron dos asociaciones que se presumen la representación nacional de la comunidad de politólogos en México, la AMECIP y el COMICIP (véase Apéndice 1).

CONCLUSIONES

La situación de la ciencia política que se realiza al sur del Río Bravo continúa siendo de un avance “lento, tardío y fraccionado” como la caracterizó Huneus, hace un lustro. Pero avance al fin, falta un trecho considerable en crear las bases institucionales, académicas y disciplinarias que la pongan en el nivel que corresponde a la realidad política que busca explicar. Las lecciones que ha dejado nuestro oteo de la situación son más visibles cuando examinamos el estado de la ciencia política en México.

La ciencia política estadounidense es aún el centro de atención y producción teórica y metodológica y, a diferencia de muchas opiniones, no es monolítica. Esta constante transformación no puede ser ni ignorada ni menospreciada. Por el contrario, requiere una asimilación creativa. La debilidad metodológica en la disciplina practicada en la región, contrasta con el regodeo metodológico de la que se practica en Norteamérica. Sin embargo, aproximación no quiere decir imitación pasiva, sino creativa. La ciencia política, no sólo en EUA o América Latina está lidiando con anomalías en su programa más central, que es la teoría democrática. Ésta tiene un aspecto parecido a un paradigma laxo, pero bien delimitado. Centrada en la estabilidad, la teoría poschumpeteriana, tanto en su vertiente conductista, como la teoría de la modernización y la democratización, como en la versión de la elección racional,

tienen fisuras importantes. Pero afirmar que esas anomalías son suficientes para rechazar totalmente las aportaciones que ha realizado es simplista.

Nos encontramos en el límite entre lo viejo y lo nuevo: saltos de fe no resuelven las cosas y la parsimonia científica impone un tratamiento metodológicamente sólido, que si no puede eludir sus remanentes ideológicos, al menos los contenga alejados del desarrollo de capacidades de observación y análisis. El atraso metodológico no es justificación para desechar la metodología, ni tampoco puede ofrecerse la teoría como panacea contra la falta de rigor empírico. En este sentido, la teoría de la elección social (Riker, 1982; Buchanans, 1990; Amadae y Bueno de Mesquita, 1994; Hirshman, 1991 y Vidal, 2009), ha avanzado –con un lastre fuertemente conservador y antidemocrático– en el análisis de las fallas democráticas. Es un desperdicio no revisar y reutilizar los aportes de estos autores, en cuanto a la elaboración de una teoría que explique las anomalías existentes en la teoría estadounidense de la modernización. Eso implica una nueva visión del papel de las élites. La ciencia política estadounidense generalmente ha sido confiada y respetuosa de sus autoridades civiles y militares, pero los latinoamericanos difícilmente pueden compartir ese *pathos* sin distorsionar su objeto de estudio. Por otro lado, tales inadecuaciones entre la perspectiva estadounidense y la latinoamericana, son secundarias y criticables sin abandonar el barco de la empresa científica. Después de todo, las prácticas de análisis político en América Latina no están libres de distorsiones ideológicas: tan antidemocráticas y extremistas como los conservadores, aunque pretenden buscar fines trascendentales tan poco promisorios como el autoritarismo socialista. Con ello, centrarse en la vigencia y las fallas de la teoría democrática puede ser una labor muy productiva para la ciencia política actualmente practicada al sur del Río Bravo.

Se pueden esbozar un par de conclusiones: no existe un núcleo teórico o metodológico de la ciencia política al principio del siglo XXI. La segunda conclusión es que al parecer hay una tentativa por erigir un programa dominante para la ciencia política en América Latina, semejante al programa *cuantitativismo* metodológico (estadístico) estadounidense. Pero este programa no cumple los requisitos necesarios para erigirse bajo el canon disciplinario en la práctica de la investigación regional. Para empezar, tiende a simplificar los logros y problemas que plantea el análisis político en América Latina, y no presenta una justificación plausible para que los modelos de análisis estadísticos de la política sean el modelo de la ciencia política en América Latina. La segunda omisión que hace la propuesta *cuantitativista* es que ignora los cambios rápidos e importantes en la misma disciplina hoy en día, y se aferra a una imagen de división del trabajo prevaleciente hace años en EUA, pero sujeta a fuertes cuestionamientos metodológicos. Por último, tiende a minimizar o de plano ignorar la complejidad de la ciencia política estadounidense. Teóricamente, se encuentra lejana en la mayoría de los casos de los problemas regionales, o enfocada por prejuicios y motivos ambiguos o simplemente parroquiales, ello porque anhelan trasladar los parámetros del análisis político estadounidense a América Latina, incluyendo prioridades prácticas de dicha política y no necesariamente válidos deontológica o empíricamente. Pero no se debe concluir con el rechazo del *cuantitativismo*, dado que éste implica una vasta armazón de recursos informáticos y documentales que son indispensables para la ciencia política en general. El déficit de datos confiables es un problema real de la ciencia política latinoamericana, es decir, la institucionalización y continuidad de la investigación, no es una actividad en espera de datos, sino que la produce: no es una disciplina que consume información sino la procesa y produce. Por ello, la ciencia política se vincula con el progreso democrático.

Junto al rezago metodológico también existe un rezago en la teoría democrática, en donde los problemas de la estabilidad o equilibrio y la gobernabilidad, dejan de lado los problemas de la inclusión y exclusión política. Estos problemas han sido el fundamento de la teoría democrática, pero en la segunda mitad del siglo xx dieron paso al interés por la estabilidad y el control de las demandas ciudadanas. El problema de la saturación (*overload*) de demandas ciudadanas sobre los gobiernos puede ser un hecho real; sin embargo, probablemente no ha recibido el análisis adecuado y se ha convertido en un lugar común llamar *populismo* a todo activismo sociopolítico.⁵⁵ El estudio de los problemas y perversiones de la “oferta” democrática, en cambio, no tiene la sistematicidad y constancia en la investigación empírica y el desarrollo de la teoría democrática. A este aspecto se le denomina el análisis de las *fallas democráticas* a las que condescientemente se minimiza, pero que merece tanta atención como el de las virtudes de este tipo de régimen.

⁵⁵ “Democracy is perpetuated as philanthropic gesture, contemptuously institutionalized as welfare, and denigrated as populism” (Wolin, 2001: 572).

BIBLIOGRAFÍA

- Abbott, Andrew (2001). *Chaos of Disciplines*, University of Chicago Press.
- Acemoglu, Dan & James A. Richardson (2006). *Economic Origins of Dictatorship and Democracy*, Nueva York: Cambridge University Press.
- Acosta Silva, Adrián (2009). “La política en México. Ideas, anteojos y cristales”, *Andamios*, vol. 6, núm. 11, agosto, UACM.
- Aguilar Rivera, José Antonio (2009). “El enclave y el incendio”, *Nexos*, núm. 276, México.
- Alarcón-Olguín, Víctor (2010). “La ciencia política en México. Evolución y perspectivas”, Ponencia presentada en el V Congreso de ALACIP, Buenos Aires, 29 de julio.
- Almond, Gabriel A. (1990). *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, SAGE Publications.
- Altman, David (2006). “La institucionalización de la ciencia política en Chile y América Latina. Una mirada desde el sur”, *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm.1, Santiago de Chile, pp. 3-15.
- (2006b). “From Fukuoka to Santiago: Institutionalization of Political Science in Latin America”, *APSA, PS*, vol. 39, issue 01, Washington, DC, pp. 196-203.
- & Aníbal Pérez Liñán (2002). “Assessing the Quality of Democracy: Freedom, Competitiveness and Partici-

- pation in Eighteen Latin American Countries”, *Democratization*, vol. 9, no. 2, Summer, London, pp. 85-100.
- (2011). “Where is knowledge generated? On the productivity and impact of political science departments”, *European Political Journal*, pp. 1-17.
- Amadae, S. M. & Bruce Bueno de Mesquita (1994). “The Rochester School. The Origins of Positive Political Theory”, *Annual Review of Political Sciences*, no. 2.
- (2003). *Rationalizing Capitalist Democracy. The Cold War Origins of Rational Choice Liberalism*, Chicago & London: The University of Chicago Press.
- (2005). “Arrow’s impossibility theorem and the national security state”, *Studies in History and Philosophy of Science*, vol. 36.
- Amorim Neto, Octavio (2005). “La ciencia política en Brasil. El desafío de la expansión”, *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm. 1, Universidad Católica de Chile, pp. 101-110.
- Arrow, Kenneth J. (1951). *Social Choice and Individual Values*, New York: Wiley.
- Babb, Sarah (2005). “Del nacionalismo al neoliberalismo: el ascenso de los nuevos *Money Doctors* en México”, en Daniel Mato (coord.), *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*, Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, pp. 155-172.
- Barrientos del Monte, Fernando (2010). *Buscando la propia identidad. Breve historia de la ciencia política en América Latina*, Universidad Autónoma de Guanajuato (documento no publicado).
- Bartra, Roger (2007). “Las ciencias sociales en México”, *Nexos*, núm. 359, noviembre, México.

- Beyme, Claus Von (1991). "German political science. The state of the Art", *European Journal of Political Research*, vol. 20, no. 34, pp. 263-278.
- Binmore, Ken (2006). *Natural Justice*, Oxford University Press.
- Boncourt, Thibaud (2009). "Political Science. A postwar product (1947-1949)", *IPSA, Participation*, vol. 33, no. 1.
- (2009b). "La science politique. Produit de l'après-guerre (1947-1949)", *Participation, IPSA_AISP*, vol. 33, no. 1, Concordia, Ca.
- Brady, Henry E.; David Collier & Jason Seawright (2006). "Toward a Pluralistic Vision of Methodology", *Political Analysis*, vol. 14, pp. 353–368.
- Buchanan, James (1990). *Ensayos sobre economía política*, México: Alianza editorial Mexicana.
- Bunge, Mario (1999). *Buscar la filosofía en las ciencias sociales*, México: Siglo XXI.
- Cardoso Keirnet, Fábio y Dimitri Pinheiro Silva (2009). "La afirmación de la ciencia política en Brasil: rupturas y continuidades", *Prismas*, vol. 13, núm. 2, julio-diciembre.
- Casas Santín, María Virginia (2008). "Los inicios de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. 1951-1957", *Revista Heurística*, revista digital de historia de la educación, núm. 10, julio-diciembre.
- Collier, David & Fernando Henrique Cardoso (1979). *The new authoritarianism in Latin America*, Joint Committee on Latin American Studies, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- ; Fernando Daniel Hidalgo & Andrea Olivia Maciucenau (2006). "Essentially Contested Concepts: Debates and Applications", *Journal of Political Ideas*, vol. 43, no. 3, October.

- Chernyha, Lachen; Jazmin Sierra & Richard Snyder (2012). "Globalization, money and the social science profession in Latin America", *LASAForum*, Fall, vol. XLIII, issue 4, pp. 3-6.
- Dahl, Robert A. (1971). *Poliarchy*, USA: Yale University Press.
- (1992). *La democracia y sus críticos*, Argentina: Editorial Paidós.
- Dominguez, Jorge I. (2004). "The Scholarly Study of Mexican Politics," *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 20, issue 2, Summer, La Jolla, CA, pp. 377-420.
- Easton, David; John G. Gunnell & Luigi Graziano (1991). *The Development of Political Science*, London and New York: Routledge.
- ; John G. Gunnell & Michael B. Stein (eds.) (1995). *Regime and Democracy. Democracy and the Development of Political Science*, Ann Harbour: The University of Michigan Press.
- Elster, Jon (2010). "One social science or many?," *World Social Science Report. Knowledge Divides*, United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization and International Social Science Council.
- Finseraas, Henning (2010). "What if Robin Hood is a social conservative? How the political response to increasing inequality depends on political polarization", *Socio-Economic Review*, vol. 8 (2), pp. 283-306.
- Fernández, María de los Ángeles (2005). "Ciencia Política en Chile. Un espejo intelectual", *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm. 1, Santiago de Chile, pp. 56-75.
- Forjaz, Maria Cecília Spna (1997). "A emergência da Ciência Política acadêmica no Brasil: aspectos institucionais", *Rev. bras. Ci. Soc.*, vol. 12, n. 35 (http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0102-69091997000300007&Ing=en&nrm=iso).

- Geddes, Barbara (2003). *Paradigms and Sand Castles, Theory Building and Research Design*, Ann Harbor: The University of Michigan State.
- Gintis, Herbert(2000). *Game Theory Evolving. A Problem Centered Introduction to Modelling Strategic Interaction*, Princeton & Oxford: Princeton University Press.
- (2008–2009). *The Bounds of Reason. Game Theory and the unification of the Behavioral Sciences*, Princeton & Oxford: Princeton University Press.
- Giovanni, G. (2004). “Hacia dónde va la ciencia política?”, *Política y Gobierno*, CIDE, vol. XI. núm. 2, 2º semestre, pp. 349-354.
- Goodin, Robert E. y Hans Dieter Klingemann (1998). *A New Handbook of Political Science*, New York: Oxford University Press.
- González Casanova, Pablo (1965). *La democracia en México*, México: ERA.
- Granatos, Jim; Melody Lo M. y C. Sunny Wong (2010). “Las implicaciones empíricas de los modelos teóricos (IEMT). Un marco de referencia para la unificación metodológica”, *Política y Gobierno*, CIDE, vol. XVII, núm. 1, México, pp. 25-57.
- Grediaga, Rocío (2007). “Tradiciones disciplinarias, prestigio, redes y recursos como elementos clave del proceso de comunicación del conocimiento. El caso mexicano”, *Sociológica*, vol. 22, núm. 65, UAM-A, septiembre-diciembre, pp-45-80-
- Green, Donald y Ian Shapiro (1994). *Pathologies of Rational Choice Explanation*, New Haven: Yale University Press.
- Gunnell, John G.(1986). *Between Philosophy and Politics. The Alienation of Political Theory*, Amnerts, Boston: The University of Massachusetts Press.
- (1993). *The Descent of Political Theory*, Chicago: The University of Chicago Press.

- (2004). *Imagining the American Polity. Political Science and the Discourse of Democracy*, University Park, Penn.: Pennsylvania State University.
- Hamui Sutton, Mery (2005). “Actores, situaciones y relaciones en la construcción del *Ethos* científico social en América Latina y México”, *Sociológica*, año 20, núm. 58, México, UAM-A, mayo-junio, pp. 167-204.
- Hardin, Russell (2004). “Rational Choice Political Philosophy”, in Irwin Morris *et al.*, *Politics from Anarchy to Democracy. Rational Choice in Political Science*, California: Stanford University Press.
- Hartlyn, Jonathan (2012). “La ciencia política y los estudios de la política comparada en los Estados Unidos: tendencias y diálogos con la Ciencia Política en América Latina”, *Anuario Americanista Europeo*, CEISAL (Consejo Europeo de Investigaciones Sociales de América Latina) y REDIAL (Red Europea de Información y Documentación sobre América Latina), 2221-3872, núm. 8, sección tema central, España, pp. 144-156.
- Heine, Jorge (2006). “Democracy, Dictatorship, and the Making of Modern Political Science: Huntington Thesis and Pinochet’s Chile”, APSA, PS online, Washington DC (www.apsanet.org).
- Heras, Leticia (2006). “El estudio de la ciencia política en México y sus antecedentes en la UAEM”, *UAEM Espacios Públicos*, vol. 9, núm. 017, México, UAEM, pp. 10-19.
- Hirshman, Albert O. (1991). *Retóricas de la intransigencia*, México: FCE.
- Hix, Simon (2004). “A Global Ranking of Political Science Departments”, *Political Studies Review*, UK, vol. 2, pp. 293-313.

- Horowitz, Irving Louis (1967). *The Rise and Fall of Project Camelot. Studies in the relationship between social science and practical politics*, Massachusetts Institute of Technology Press.
- (1993). *The Decomposition of Sociology*, New York: Oxford University Press.
- Huneus, Carlos (2006). “El lento y tardío desarrollo de la ciencia política en América Latina, 1966-2006”, *Estudios Internacionales*, vol. xxxix, núm. 155, octubre-diciembre, Santiago de Chile, pp. 137-156.
- (2009). “Las encuestas de opinión pública en la nuevas democracias de America Latina”, *La Sociología en sus escenarios*, Medellín, Colombia, núm. 19, pp. 9-30.
- Huntington, Samuel (1968). “One soul at a time: Political Science and the Political of Reform”, *American Political Science Review*, no. 182, March, pp. 3-10.
- Inglehart, Ronald y Christian Welzel (2009). “How Development Leads to Democracy—What We Know about Modernization”, *Foreign Affairs*, New York, vol. 88, no. 33.
- Kahl, Joshep Alan (1976). *Modernization, exploitation, and dependency in Latin America : Germani, González Casanova and Cardoso*, New Brunswick, NJ: Transaction Books.
- Katnelson, Ira y Helen V. Milner (2002). *Political Science. State of the Discipline*, New York: Norton.
- Kay, C. (1993). “Estudios del desarrollo, neoliberalismo y teorías latinoamericanas”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 55, núm. 3, México, julio–septiembre.
- Keating, Michael (2009). “Putting European political science back together again”, *European Political Science Review*, vol. 1, no. 2, pp. 297-316.
- Laitin, David (2001). “The Political Science Discipline”, *American Political Science Association Congress paper*.

- (2004). “Whither Political Science? Reflections on Professor Sartori’s claim that ‘American-type political science is going nowhere. It is an ever growing giant with feet of clay’”, *PS: Political Science & Politics*, no. 37, pp. 789-791.
- Lakatos, Imre (1975). “La falsación y los programas de investigación científica”, en I. Lakatos y A. Musgrave (eds.), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Barcelona: Grijalbo.
- Lara Neto, María Helena (2004). “Estado y democratización: debates y tendencias en la ciencia política brasileña”, *Política*, núm. 042, Santiago de Chile, otoño, pp. 365-380.
- Lasky, Harold (1930). “The limitations of the expert”, *Harper’s Magazine*, December, pp. 101-110.
- Leiras, Marcelo; Juan Abal Medina y Martín D’Alessandro (2005). “La ciencia política en Argentina: el camino de la institucionalización dentro y fuera de las aulas universitarias”, *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm. 1, Santiago de Chile, pp. 76–91.
- Lesgart, Cecilia (2008). “Ciencia política en Argentina: trazos históricos e historiográficos en perspectiva comparada”, *Revista Legislativa de Ciencias Sociales y Opinión Pública*, vol. 1, núm. 1, junio, pp. 227-268.
- Levinson, Bradley A. U. & Jeffrey Gould (2010). “On Bridges and Tighropes: The Center for Latin American and Caribbean Studies at Indiana University”, *LASAForum*, vol. XLI, issue 4, Fall, pp. 16-18.
- Lijphart, Arend (1997). “Unequal participation: democracy’s unresolved dilemma”, Presidential Address, American Political Science Association, *American Political Science Review*, vol. 91, no. 1, March.
- Lindblom, Charles (1990). *Inquiry and Change. The Troubled Attempt to Understand and Shape Society*, Yale University Press.

- (1997). “Political Science in the 1940 and 1950”, *Daedalus*, vol. 126, no. 1, Winter, Mass..
- Lipset, Seymour Martin (1996). *American Exceptionalism, A Double-Edge Sword*, New York: W. W. Norton & Company.
- Little, Daniel (1991). *Varieties of Social Explanation*, West View Press.
- Loeza, Soledad (2005). “La ciencia política: el pulso del cambio en México”, UCCH, *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm. 1, Chile, pp. 192-203.
- Lowi, Theodore (2011). “Where do we go from here?”, *International Political Science Review*, vol. 32, no. 2, Los Angeles, March.
- Malamud, Andres y Flavia Freidenberg (2010). “La diáspora rioplatense: presencia e impacto de los politólogos argentinos, brasileños y uruguayos en el exterior”, Trabajo presentado en el VIII Congreso Iberoamericano de Indicadores de Ciencia y Tecnología, Madrid, 5 y 6 de octubre.
- Matsuda, Yasuhiko (coord.) (2007). *Gobernabilidad democrática en México: más allá de la captura del Estado y la polarización social*, Washington, DC: Banco Interamericano de Reconstrucción y Fomento/Banco Mundial, abril.
- Meltzter, Allan H. & Scott F. Richard (1981). “A rational theory of the size of the government”, *Journal of Political Economy*, vol. 98, no. 5.
- Mazzoccone, Diego; Mariano Mosquera; Silvana Espejo; Mariana Fancio, Gabriela Gonzalez; Tamara Litvinov y Glenda Margarita Svetz (2009). “The Political Science Discipline in Argentina: The Political Scientist’s National Association Role”, *APSA, PS*, July, pp. 616-618.
- McKay, D. (2001). “Is European political science inferior to or different from American political science”, *European Journal of Political Research*, vol. 20, no. 34, pp. 459-466.

- Merino, Mauricio (1999). "Prólogo. La evolución de la ciencia política mexicana", en Mauricio Merino (coord.), *La ciencia política en México*, México: FCE.
- Merton, Robert K. (1967). *On Theoretical Sociology*, London: The McMillan Company.
- Meyer, Lorenzo y Manuel Camacho (1977). "La ciencia política en México", en varios, *Ciencias sociales en México. Desarrollo y perspectivas*, México: COLMEX.
- Miller, Rory M. (2010). "Where to Publish?", *LASAForum*, vol. VI, issue 4, Fall.
- Molinar Horcasitas, Juan (1993). "Escuelas de pensamiento del sistema político mexicano", *Revista Mexicana de Sociología*, año LV, núm. 2, UNAM, pp. 3-56.
- Morlino, Leonardo (1991). "Political Science in Italy: traditions and empirism," *European Journal of Political Research*, vol. 20, no. 3-4, pp. 341-358.
- Monroe, Kristen Renwik (ed.) (2005). *Perestroika. The Raucous Rebellion to Political Science*, New Haven: Yale University Press.
- Munck, Gerardo (2004). "La política democrática en América Latina: contribuciones de una perspectiva institucional", *Política y Gobierno*, vol. XI, núm. 2, 2º trimestre, CIDE, pp. 315-346.
- (2007). "Agendas y estrategias de investigación en el estudio de la política latinoamericana", *Revista de Ciencia Política*, vol. 27, núm. 1, Santiago, pp. 3-21.
- y Jay Verkuilen (2002). "Conceptualizando y midiendo la democracia. Una evaluación de índices alternativos", *Política y Gobierno*, vol. IX, núm. 2, CIDE.
- Newton, K. & J. M. Valles (1991). "Introduction. Political Science in Wester Europe, 1960-1990", *European Journal of Political Research*, vol. 20, no. 3-4, pp. 227-239.
- Nohlen, Dieter (2006). "Ciencia política en América Latina", en *Diccionario de Ciencia Política*, editado por Dieter Nohlen

- len, dos tomos, México: Universidad de Veracruz/Editorial Porrúa.
- O'Donnell, Guillermo; Philippe Schmitter y Lawrence Whitehead (eds.) (1986). *Transition from Authoritarian rule. Prospect for Democracy*, Baltimore: John Hopkins, University Press.
- Olson, Mancur (1965). *The Logic of Collective Action*, Cambridge Mass.: Harvard University Press.
- Organización de Estados Americanos—Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2010). *Nuestra democracia*, México: FCE.
- Pérez-Liñán, Aníbal (2008). “El método comparativo. Fundamentos y desarrollos recientes”, *Política, Comparada*, Documento de trabajo núm. 1, Buenos Aires, julio.
- (2010). “Temas de investigación y perspectivas de la ciencia política latinoamericanista en Estados Unidos”, Ponencia presentada en el seminario *El estado de la Ciencia Política en América Latina: Desafíos y oportunidades de la docencia y la investigación en perspectiva comparada*, Fundación Global Democracia y Desarrollo, República Dominicana, 27 de enero.
- Portes, Alejandro (1976). “On the sociology of national development”, *American Journal of Sociology*, vol. 82, no. 2, June.
- Przeworski, Adam (1997). “Una defensa de la concepción minimalista de la democracia”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 59, núm. 3, julio–septiembre.
- Ragin, Charles (2000). *Fuzzy-Set Social Science*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Rawls, John (1979). *Teoría de la Justicia*, México: FCE.
- Ricci, David M. (2009). “Political science and conservative ideas: the American case”, *Journal of Political Ideologies*, vol. 14, issue 2, June, Jerusalem, p. 155.

- Riker, William H. (1982). *Liberalism Against Populism, A Confrontation Between the Theory of Democracy and the Theory of Social Choice*, Prospected Heights: Waveland Press Inc.
- (1983). “Political Theory and the Art of Heresthetics”, *Political Science. The State of the Discipline* (edited by Ada W. Finifter), Washington DC: American Political Science Association.
- Rivera, Mauricio y Rodrigo Salazar–Elena (2011). “El estado de la ciencia política en México: un retrato empírico”, *Política y Gobierno*, vol. XVIII, núm. 1, CIDE, 1^{er} semestre.
- Rosen, Fred (2010). “Building a career in Latin America. Do Southern Scholars Have to Please Northerners Gatekeepers?”, *LASAForum*, vol. VI, issue 4, Fall.
- Sartori, Giovanni (1970). “Concept Misformation in Comparative Politics”, *The American Political Science Review*, vol. LXIV, no. 4, December, pp. 1033-1053.
- (1984). *Política, lógica y método en las ciencias sociales*, México: FCE.
- (1991). “Comparing and Miscomparing”, Sage, *Journal of Theoretical Politics*, vol. 4, no. 3, pp. 243-257.
- (2004). “Hacia dónde va la ciencia política”, *Política y Gobierno*, vol. XI, núm. 2, CIDE.
- Schmitter, Philippe (2002). “Seven (disputable) theses concerning the future of ‘transatlanticized’ or ‘globalized’ political science”, *European Political Science*, vol. 1, no. 2.
- Sen, Amartya K. (1999). “The Possibility of Social Choice”, (Nobel Lecture, December 8, 1988), *American Economic Review*, no. 89, July.
- (1999b). *Development as Freedom*, New York: Anchor books.
- (2007). *Elección colectiva y bienestar social*, España: Alianza editorial (ed. original Holenday Inc. 1970).

- Shapiro, Ian (2003). *The State of Democratic Theory*, Princeton: Princeton University Press (trad.: Barcelona, Ed. Bellaterra, 2005).
- (ed.) (2005). *The Flight from Reality in the Human Sciences*, Princeton University Press.
- Roger M. Smith & Tarek E. Masoud (eds.) (2004). *Problems and Methods in the Study of Politics*, Cambridge University Press.
- Simon, Herbert (1985). “Human nature in Politics. The Dialogue of Psychology and Political Science”, *American Political Science Review*, vol. LXXIX.
- (1989). *Naturaleza y límites de la razón humana*, México: FCE.
- (1990). “A Mechanism for Social Selection and Successful Altruism”, *Science*, vol. 250, no. 21, December.
- Singh, Shyam (2011). “World Social Science Report: Whiter India and South Asia?”, *Economic and Political Weekly*, vol. XLVI, no. 1, January 1, pp. 10-11.
- Skinner, Quentin (1985). *The Return of Grand Theory in the Human Sciences*, New York: Cambridge University Press.
- Sokal, Alan y Jean Bricmont (1998). *Fashionable NonSense. Post-modern Intellectuals Abuse of Science*, USA: Picador.
- Sotomayor, Arturo C. (2008). “Los métodos cualitativos en la ciencia política contemporánea. Avances, agendas y temas”, *Política y Gobierno*, vol. xv, núm. 1, 1^{er} semestre, CIDE, pp. 159–179.
- Spina Forjaz, Maria Cecilia (1997). “A emergência da ciência política no Brasil: aspectos institucionais”, *Revista brasileira da ciência política*, Sao Paulo, vol. 12, núm. 25, Feb.
- Swedberg, Richard (1990). *Economics and Sociology. Redefining their Boundaries: Conversations with Economists and Sociologists*, Princeton University Press.
- Torres Mejía, David (1990). “La ciencia política en México”, en José Paoli Bolio, (ed.), *Desarrollo y organización de las*

- ciencias sociales en México*, México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias, UNAM/M. A. Porrúa.
- Trent, John E. (2009). "Political science 2010: out of step with the world? Empirical evidence and commentary", Centre on Governance, University of Ottawa Paper Prepared for the 21st International Political Science World Congress, Santiago, Chile, July, *Participation*, vol. 32, no. 2.
- Varios (2010). *Nuestra Democracia*, México: OEA-PNUD/FCE.
- Vidal de la Rosa, Godofredo (2006). *La Ciencia Política estado-unidense, trayectoria de una disciplina*, México: M. A. Porrúa.
- (2009). "Debates y progreso en la ciencia política contemporánea. La teoría de las decisiones interdependientes y el estudio científico de la política", *Andamios*, vol. 6, núm. 11, México, agosto, pp. 41-70.
- (2009b). "Teoría democrática. Joseph Schumpeter y la síntesis moderna", *Argumentos*, año 23, núm. 62, México, enero-abril, pp. 177-201.
- (2012). *Conflictos distributivos y teoría democrática*, México: M. A. Porrúa.
- Wanderley Reis, Fábio y Guillermo A. O'Donnell (comps.) (1988). *A Democracia no Brasil : dilemas e perspectivas*, São Paulo, SP, Brasil: Vértice.
- Wilson, Edward O. (1998). *Consilience. The Unity of Knowledge*, New York: Alfred Knopf Co.
- Wolin, Sheldon (1960). *Politics and Vision*, Boston: Little, Browns and Company (hay traducción en Editorial Amorrortu).
- (2001). *Tocqueville between two worlds. The making of a political and theoretical life*, Princenton: Princenton University Press.
- World Social Science Report (2010). *Knowledge Divide*, United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization—International Social Science Council.

Wrong, Dennis H. (1961). "The Oversocialized Conception of Man in Modern Sociology", *American Sociological Review*, vol. 26, pp. 184-193.

Ziman, John (1987). *Knowing Everything about Nothing. Specialization and Change in Research Careers*, New York: Cambridge University Press.



APÉNDICES

APÉNDICE 1. ALGUNAS ASOCIACIONES DE CIENCIAS POLÍTICAS MEXICANAS⁵⁶

Existen varias organizaciones, generalmente alejadas del medio académico y formadas por profesionales con vínculos políticos y alejados del debate académico. Entre otras:

Consejo Nacional de Ciencias Sociales (COMECOSO): es un organismo fundado en 1977 que cobija 57 instituciones universitarias dedicadas a la docencia e investigación, pero no funciona como organismo promotor de la investigación y debate sino como coordinador y liga al organismo consultor del Ejecutivo Federal, Foro Consultivo Científico y Tecnológico.⁵⁷

⁵⁶ Esta lista es apenas representativa de la actividad académica en la ciencia política mexicana; un informe sobre los proyectos de investigación en las principales instituciones de educación superior nacional se encuentra en el estudio de Vidal y Luján (2009).

⁵⁷ La COMECOSO estuvo en estado zónico por más de una década, entre la realización de su primer Congreso y el segundo en octubre de 2009. El tercer Congreso se celebró en marzo de 2012, por lo que se puede esperar regularidad y presencia constante en la articulación institucional de la ciencia social mexicana.

Colegio Nacional de Ciencias Políticas.⁵⁸ que regularmente establece convenios con la Cámara de Diputados para elaborar “estudios”.

Sociedad Mexicana de Estudios Electorales (SOME).⁵⁹ tiene sus raíces en el trabajo desarrollado por el Grupo Especializado en Estudios Electorales de la Asociación Mexicana de Estudios Parlamentarios.⁶⁰

Red de Investigación sobre la Calidad de la Democracia en México: según su declaración de principios su tarea es realizar una evaluación integral y sistemática de la ca-

⁵⁸ Según Merino, este Colegio organizó junto al IFE un Congreso Nacional de Ciencia Política en 1996, del que queda como testimonio el libro que Merino editó (1999), pero las ponencias son inaccesibles al simple investigador.

⁵⁹ La Sociedad Mexicana de Estudios Electorales tiene sus raíces en el trabajo desarrollado por el Grupo Especializado en Estudios Electorales del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales -COMECOS. Desde entonces, la trayectoria del grupo y sus encuentros anuales permitieron fomentar y difundir la investigación político-electoral tanto en las universidades del país como en los institutos y organismos electorales. En noviembre de 1997, durante el IX Encuentro Nacional en Zacatecas, se definió la necesidad de integrarse formalmente como asociación civil, para lo cual se discutieron los estatutos que sustentarían la nueva organización. El 10 de julio de 1998 se firmó el acta constitutiva bajo el cobijo institucional de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia. Desde entonces la SOME ha organizado los Congresos Nacionales de Estudios Electorales, coordinado diplomados y publicado la *Revista Mexicana de Estudios Electorales*, entre otras actividades.

⁶⁰ La AMEP es una asociación civil de estudiosos del Poder Legislativo en México y América Latina, integrada por académicos de diversas instituciones universitarias públicas y privadas del país. Creada en el año 2001, ha tenido participación en distintos congresos nacionales e internacionales y funciona con base en un seminario permanente sobre representación política y parlamentaria. En 2003 estableció un convenio con el Senado de la República para elaborar estudios varios. En 2006 organizó su Primer Congreso y reporta haber publicado diversos libros colectivos.

lidad de la democracia en México a nivel subnacional y comparado, en las 32 entidades federativas de México.⁶¹ Red de Investigadores de Gobiernos Locales Mexicanos. Expertos en gobiernos municipales: al que pertenecen varios investigadores de política urbana y regional.⁶²

Colegio Oaxaqueño de Ciencias Políticas y Administración Pública.

Colegio de Ciencias Políticas y Administración Pública del Estado de México: también muy ligada a “asesorías” al gobierno estatal y a la agencia de regulación electoral del estado.

Asociación Mexicana de Agencias de Investigación de Mercado y Opinión Pública, AC (AMAI): agrupa a las principales agencias de encuestas en México.

Red de Colegios y Centros de Investigación: integrada por las siguientes instituciones: El Colegio de México (COLMEX), El Colegio de Michoacán (COLMICH), El Colegio de la Frontera Norte (COLEF), El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR), El Colegio de Sonora (COLSON), El Colegio de San Luis (COLSAN), El Colegio de Jalisco (COLJAL), El Colegio Mexiquense, Instituto Mora, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), Centro de Investigación y Docencia Económicas, AC (CIDE) y el Centro de Investigación en Geografía y Geomática “Ing. Jorge L. Tamayo” (Centro GEO).

Colectivo de Análisis de la Seguridad con Democracia, AC (CASEDE).

⁶¹ Este grupo de trabajo menciona que está vinculado a una Red de Estudios Sobre la Calidad de la Democracia en América Latina, que incluye investigadores de 18 países.

⁶² (<http://www.iglom.iteso.mx>). Fundado en 1996, reporta a la fecha seis documentos y cuatro foros.

Instituto para la Seguridad y la Democracia, AC (INCIDE).
Instituto Mexicano de Derechos Humanos y Democracia AC (IMDHD).

Asociación Mexicana de Ciencia Política (AMECIP): establecida en junio de 2012. Su presentación dice “(...) atendiendo el exhorto de la International Political Science Association, (IPSA), ALACIP y APSA, el pasado 13 de mayo de 2011, en el marco del primer seminario internacional de “Democracia, justicia y calidad de las elecciones en México” celebrado en Boca del Río, Veracruz, evento convocado por Red de Investigación de la Calidad de la Democracia en México, la Organización de Estados Americanos, la Facultad Latinoamericanas de Ciencias Sociales –Sede México-, el Colegio de Veracruz, el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, y la Oficina del Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos en México, más de 100 politólogos ahí reunidos acordamos iniciar los trabajos encaminados a llevar a cabo la primera asamblea nacional constitutiva de la Asociación Mexicana de Ciencia Política (AMECIP)”. Consejo Mexicano de Investigación en Ciencia Política, AC (COMICIP): también fundado en 2012, que presume de haberse registrado ante notario público.

Cuadro 1
Relación entre temas y revistas
(valores absolutos)

Revistas	Teoría política	Proceso legislativo	Partidos políticos	Políticas públicas, evaluación y diseño	Comportamiento electoral y opinión pública	Transición a la democracia	Relaciones internacionales	Sistemas políticos comparados	Historia política	Análisis del movimiento obrero y los movimientos sociales	Economía política	Comunicación política	Cultura política	Gobernanza y rendición de cuentas	Sistema político y política subnacional	Total
<i>Journal of Politics in Latin America</i>	0	5	10	1	5	4	0	4	5	0	1	0	4	3	9	51
<i>Latin American Research Review</i>	31	3	4	31	11	34	21	6	85	34	86	6	101	14	61	528
<i>Latin American Politics and Society</i>	16	6	14	19	13	19	8	5	4	18	21	4	10	10	45	212
<i>Asian Journal of Latin American Studies</i>	9	0	1	12	3	6	17	8	13	18	37	1	44	2	28	199
<i>Scandinavian Review of Latin American Studies</i>	13	0	3	0	1	8	0	3	13	1	0	0	12	1	5	60
<i>Bulletin of Latin American Research</i>	35	0	1	0	13	6	12	8	49	12	7	0	50	3	23	219
<i>América Latina Hoy</i>	7	1	8	3	9	14	15	5	4	11	12	7	27	16	25	164
<i>Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies</i>	8	2	7	12	14	15	13	5	10	11	21	3	12	9	31	173
Total	119	17	48	78	69	106	86	44	183	105	185	21	260	58	227	1,606

Elaborado con la colaboración de Brício Patrocínio Barajas Sandoval y Diego de Alba Montes.

Cuadro 2
Relación entre temas y revistas
(porcentaje)

Revistas	Teoría política	Proceso legislativo	Partidos políticos	Políticas públicas, evaluación y diseño	Comportamiento electoral y opinión pública	Transición a la democracia	Relaciones internacionales	Sistemas políticos comparados	Historia política	Análisis del movimiento obrero y las movimientos sociales	Economía política	Comunicación política	Cultura política	Gobernanza y rendición de cuentas	Sistema político y política subnacional	Total
<i>Journal of Politics in Latin America</i>	0,00	9,80	19,61	1,96	9,80	7,84	0,00	7,84	9,80	0,00	1,96	0,00	7,84	5,88	17,65	100
<i>Latin American Research Review</i>	5,87	0,57	0,76	5,87	2,08	6,44	3,98	1,14	16,10	6,44	16,29	1,14	19,13	2,65	11,55	100
<i>Latin American Politics and Society</i>	7,55	2,83	6,60	8,96	6,13	8,96	3,77	2,36	1,89	8,49	9,91	1,89	4,72	4,72	21,23	100
<i>Asian Journal of Latin American Studies</i>	4,52	0,00	0,50	6,03	1,51	3,02	8,54	4,02	6,53	9,05	18,59	0,50	22,11	1,01	14,07	100
<i>Stockholm Review of Latin American Studies</i>	21,67	0,00	5,00	0,00	1,67	13,33	0,00	5,00	21,67	1,67	0,00	0,00	20,00	1,67	8,33	100
<i>Bulletin of Latin American Research</i>	15,98	0,00	0,46	0,00	5,94	2,74	5,48	3,65	22,37	5,48	3,20	0,00	22,83	1,37	10,50	100
<i>América Latina Hoy</i>	4,27	0,61	4,88	1,83	5,49	8,54	9,15	3,05	2,44	6,71	7,32	4,27	16,46	9,76	15,24	100
<i>Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies</i>	4,62	1,16	4,05	6,94	8,09	8,67	7,51	2,89	5,78	6,36	12,14	1,73	6,94	5,20	17,92	100
Total	7,41	1,06	2,99	4,86	4,30	6,60	5,35	2,74	11,39	6,54	11,52	1,31	16,19	3,61	14,13	100

Elaborado con la colaboración de Brício Patrocínio Barajas Sandoval y Diego de Alba Montes.

Cuadro 3
Relación entre países y revistas
(números absolutos)

Países	<i>Journal of Politics in Latin America</i>	<i>Latin American Research Review</i>	<i>Latin American Politics and Society</i>	<i>Asian Journal of Latin American Studies</i>	<i>Stockholm Review of Latin American Studies</i>	<i>Bulletin of Latin American Research</i>	<i>América Latina Hoy</i>	<i>Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies</i>
Latinoamérica	16	232	62	58	9	28	37	45
Centroamérica	2	7	4	1	1	0	3	3
Argentina	5	29	11	12	5	32	19	12
Bolivia	1	10	4	1	0	12	7	2
Brasil	9	54	26	16	17	19	13	26
Caribe	0	2	0	3	1	5	1	1
Chile	3	17	15	17	8	10	8	13
Colombia	1	12	6	6	1	6	7	7
Costa Rica	0	5	4	0	0	4	3	1
Cuba	0	15	1	2	0	23	8	1
Ecuador	0	10	6	0	0	4	1	5
El Salvador	1	1	4	0	0	6	1	1
EUA	0	0	0	3	0	0	0	0

continúa...

<i>Países</i>	<i>Journal of Politics in Latin America</i>	<i>Latin American Research Review</i>	<i>Latin American Politics and Society</i>	<i>Asian Journal of Latin American Studies</i>	<i>Stockholm Review of Latin American Studies</i>	<i>Bulletin of Latin American Research</i>	<i>América Latina Hoy</i>	<i>Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies</i>
Guatemala	0	8	4	1	5	7	3	2
Haití	0	0	1	0	0	0	0	1
Honduras	0	3	0	0	0	2	0	0
Jamaica	0	0	0	1	0	2	0	0
México	3	72	26	50	1	29	12	29
Nicaragua	0	5	5	0	0	8	1	4
Panamá	0	0	0	0	0	0	1	0
Paraguay	0	3	0	1	0	1	6	0
Perú	3	10	5	4	0	6	2	34
Puerto Rico	0	6	1	1	0	0	1	0
República Dominicana	0	4	3	2	0	1	6	0
Uruguay	1	1	4	0	2	1	9	3
Venezuela	0	9	8	11	10	7	6	5
Argentina, Brasil	1	2	1	3	0	1	1	6

continúa...

Países	<i>Journal of Politics in Latin America</i>	<i>Latin American Research Review</i>	<i>Latin American Politics and Society</i>	<i>Asian Journal of Latin American Studies</i>	<i>Stockholm Review of Latin American Studies</i>	<i>Bulletin of Latin American Research</i>	<i>América Latina Hoy</i>	<i>Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies</i>
Argentina, Brasil, México	0	1	0	0	0	0	0	0
Argentina, Chile	0	1	3	0	0	2	2	1
Argentina, México	1	1	1	1	0	0	0	1
Bolivia, Colombia	0	0	1	0	0	0	0	0
Bolivia, Ecuador	0	1	0	0	0	1	0	0
Bolivia, Perú	1	0	0	0	0	0	0	1
Brasil, Chile	1	0	1	0	0	0	0	1
Brasil, México	1	1	0	1	0	1	0	0
Brasil, Perú	0	1	0	0	0	0	0	0
Chile, Uruguay	0	0	1	0	0	0	0	0
Colombia, Costa Rica	1	0	0	0	0	0	0	0
Colombia, Cuba	0	0	0	0	0	0	1	0
Colombia, Perú	0	0	1	0	0	0	0	0
Costa Rica, Nicaragua	0	0	0	1	0	1	0	1

continúa...

<i>Países</i>	<i>Journal of Politics in Latin America</i>	<i>Latin American Research Review</i>	<i>Latin American Politics and Society</i>	<i>Asian Journal of Latin American Studies</i>	<i>Stockholm Review of Latin American Studies</i>	<i>Bulletin of Latin American Research</i>	<i>América Latina Hoy</i>	<i>Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies</i>
Cuba, Puerto Rico	0	1	0	1	0	0	0	0
Ecuador, Perú	0	1	1	0	0	0	1	0
Ecuador, Venezuela	0	0	0	0	0	0	1	0
El Salvador, Guatemala	0	0	1	0	0	0	1	0
México, EUA	0	1	0	0	0	0	0	0
México, Guatemala	0	2	0	0	0	0	0	0
México, Uruguay	0	0	0	0	0	0	1	0
México, Venezuela	0	0	0	1	0	0	0	1
México, Colombia, Venezuela	0	0	0	1	0	0	0	1
Perú, Venezuela	0	0	1	0	0	0	1	2
<i>Totales</i>	<i>51</i>	<i>528</i>	<i>212</i>	<i>199</i>	<i>60</i>	<i>219</i>	<i>164</i>	<i>210</i>

Elaborado con la colaboración de Brício Patrocinio Barajas Sandoval y Diego de Alba Montes.

APÉNDICE 2. LA CIENCIA POLÍTICA MEXICANA: INSTITUCIONES Y LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN

En este apéndice nos hemos limitado a iniciar un directorio de los principales proyectos vigentes de investigación en ciencia/sociología política en las principales universidades e instituciones académicas mexicanas. No es exhaustivo ni responde a la pregunta central ¿Por qué el actual estado de desorganización siendo que un examen muestra que las desventajas del *statu quo* son muy superiores a cualquier beneficios posible para el desarrollo de las ciencias sociales mexicanas. Un hecho es cierto y demostrable. La ciencia social mexicana muestra un rezago creciente con la que se practica en países de desarrollo social comparable, e incluso menor. Brasil y Chile encabezan la lista de progreso científico en el área de las ciencias sociales, seguida de Argentina y Costa Rica. Si hacemos la comparación a nivel global la desproporción es mayor. Pero estas cuestiones y su demostración requieren otro anexo en el que actualmente trabajamos.

El apéndice que presentamos incluye 18 centros de investigación nacionales. La información recabada es la que estos centros de estudio ofrecen en sus páginas electrónicas; éstas no están siempre actualizadas, así que es altamente probable que discrepen en un rango más o menos significativo, de las actividades que actualmente se realizan en ellas. Sin embargo, esta limitación no sólo es atribuible a nuestros métodos sino a casi todos los anexos sobre el estado de la ciencia social mexicana que hemos consultado durante la elaboración del apéndice.⁶³ En sí misma confirma la tesis de la fragmentación e incomunicación disciplinaria. El apéndice que presentamos no pretende incluir todos los proyectos relevantes o consolidados en ciencias políticas que se realizan actualmente en el

⁶³ El más reciente es el de Cristina Puga Espinosa, *Formación en ciencias sociales en México*, México, Ed. SITESA, 2009.

país, sino servir de matriz para avanzar hacia un directorio representativo. Nuestra intención es doble. Actualizar éste, por lo que agradeceremos a los centros de investigación y autores que nos envíen la información actualizada de sus actividades, y una base objetiva desde la cual podamos formular más sistemáticamente nuestra hipótesis de la diferencia entre profesionalización y *disciplina científica*, entre carrera profesional y *ethos* disciplinario.

Universidades y departamentos académicos consultados:

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM): Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Ciudad Universitaria.

Universidad Autónoma Metropolitana–Iztapalapa (UAM-I): Área de Procesos Políticos, Área de Psicología Política e Inmediatez, Área de Estado y Movimientos Sociales, todas adscritas al Departamento de Sociología. Cuerpo Académico de Procesos Políticos y Electorales, Cuerpo Académico de Estado y Movimientos Sociales, Cuerpo Académico de Psicología Política e Identidades, Cuerpo Académico de Representaciones Sociales y Psicología Política.

Universidad Autónoma Metropolitana–Xochimilco (UAM-X). Áreas de Política Internacional, Política y Gestión Pública y Gestión Estatal y Sistema Político, del Departamento de Política y Cultura.

Universidad Autónoma Metropolitana–Azcapotzalco (UAM-A). Áreas de Análisis Político, Grupo de Análisis Político y Sociología de la Política y Políticas Públicas, Seminario de Estudios del Proceso Democrático. Departamento de Sociología.

Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), Campus Toluca. Centro de Investigaciones y Estudios

Avanzados en Ciencias Políticas y Administración Pública de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública.

Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Academia de Ciencia Política y Administración Urbana. El Colegio de México, AC (COLMEX). Centro de Estudios Internacionales.

Centro de Investigación y Docencia Económicas, AC (CIDE). Centro de Estudios Políticos, Centro de Estudios Internacionales.

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Sede México. Líneas de investigación de Instituciones, políticas públicas y acción colectiva y Procesos políticos, representación y democracia.

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Área de Sociología Política y Económica.

Universidad de Guadalajara (UDEG), sede Jalisco. Departamento de Estudios Políticos de la División de Estudios Políticos y Sociales del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades. Instituto de Investigaciones en Innovación y Gobernanza (*sic*) del Departamento de Estudios Políticos.

Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ). Unidad Académica de Ciencia Política.

Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM). Departamento de Ciencia Política.

El Colegio de San Luis, AC (COLSAN). Programa Estudios Políticos e Internacionales.

Universidad de las Américas Puebla (UDLAP). Departamento de Relaciones Internacionales y Ciencia Política.

Universidad Autónoma de Querétaro (UAQ). Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ). Departamento de Ciencias Sociales. Instituto de Ciencias Sociales y Administración.

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH). Líneas de investigación de Análisis en la Esfera Pública: Gobierno, Democracia y Sociedad Civil e Historia Política.

¿Qué se investiga en las universidades consultadas?

La tradicional compartimentación de las ciencias sociales en institutos de investigación y centros de enseñanza autónomos, cada uno con sus métodos, objeto y tradición disciplinar se difumina progresivamente. El constante diálogo entre disciplinas sociales, y al exterior, permite dilucidar el aspecto transdisciplinar del análisis en los asuntos humanos. La ciencia política no ha sido ajena a este proceso, y en las universidades consultadas se le observa como un campo de estudio multitemático, nutrido de teorías como las del análisis organizacional, la sociología y el derecho. Se consultaron 18 universidades de la República Mexicana, guiándonos por su importancia en la creación de investigación en análisis político y formación de futuros especialistas en la materia. A partir de la información recabada, que incluye los departamentos de investigación en ciencia política, profesores y proyectos vigentes, construimos una serie de categorías que, sin pretender ser exhaustivos, fungen como esquema ordenador para la diversidad de líneas de investigación encontradas. Así el lector, puede tener una visión panorámica de los principales temas y problemas en el análisis político; luego, al mostrarse la información por universidad, se pueden observar a nivel de institución educativa las principales inquietudes.

<i>Categorías</i>	<i>Líneas de investigación</i>
Teoría política	Teoría política clásica y contemporánea, como globalización, democracia, ética, pensamiento político mexicano, teoría democrática (destaca dentro de ésta los trabajos de teoría deliberativa), filosofía política, modernidad y posmodernidad (<i>sic</i>), corrientes feministas, métodos de investigación y corrientes de la ciencia política en México.
Proceso legislativo	Trabajo parlamentario local y nacional.
Partidos políticos	Vida interna, orígenes y desarrollo, y su desempeño en las legislaturas.
Políticas públicas, evaluación y diseño	Estudio, evaluación y análisis comparativo de políticas educativas, de combate a la pobreza y mendicidad, y encaminadas al desarrollo de la administración pública.
Comportamiento electoral	Impactos sociales en el comportamiento electoral, especialmente en el voto.
Transición a la democracia	Papel de las reformas electorales y los partidos políticos en la transformación del sistema político mexicano, a nivel local y nacional.
Relaciones internacionales	Relaciones internacionales, cooperación e integración regional, política exterior mexicana, destacándose las relaciones México-EUA.
Sistemas políticos comparados	Análisis y comparación de regímenes, tipos de transiciones, y lo que se ha denominado “cultura política”.
Historia política	
Participación social y movimientos sociales.	Origen y desarrollo de formas de organización institucional, como sindicatos, y no institucionales, como movimientos sociales.
Economía política	Acumulación capitalista, cambio y conflictos sociales.
Comunicación política	Discurso político, propaganda, <i>marketing</i> político.
Cultura política	Identidades políticas, valores democráticos, normas escritas y no escritas en la elección de candidatos y dirigentes, clientelismo y corrupción.
Gobernanza y rendición de cuentas	Transparencia legislativa e institucional, construcción y retos de instituciones de rendición de cuentas, especialmente el IFAI.
Sistema político mexicano	Reforma del Estado y presidencialismo mexicano, coordinación intergubernamental, y legislaturas locales.
Seguridad pública	Efectos sociales de la militarización en distintas zonas del país.

Investigación por institución académica

Para la UNAM, se observa un pluralismo de temas, no destacándose ninguno. Para la UAM-I, debido a la vinculación estrecha que establece entre el estudio de la Ciencia Política y el de la Psicología, predominan los temas de estudio referentes a comportamiento electoral, y la génesis psicosocial de distintas formas de organización y participación política, que en muchos casos remiten al estudio de la identidad, la socialización, las representaciones sociales, etc. Para la UAM-X, destaca el estudio y evaluación de las políticas públicas. Para la UAM-A, no se observa un tema de estudio predominante. Para el caso de la UAEM, debido a la vinculación estrecha que se establece entre la Ciencia Política y la Administración Pública, predominan los temas referentes al estudio y evaluación de las políticas públicas y la eficacia de la gestión gubernamental en distintos campos. En la UACM predominan los temas referentes al estudio de distintas formas de participación y organización social, destacándose el estudio de los movimientos sociales. El Colegio de México parece ser la institución más prolífica de las universidades consultadas, destacándose el estudio por los sistemas políticos comparados y la transformación del sistema político mexicano. En el CIDE parecen predominar el estudio del sistema político mexicano y las relaciones internacionales. En FLACSO no se observa preferencia por algún tema. Para el Instituto Mora, los temas referentes a gobernanza, gobernabilidad y rendición de cuentas parecen ser los preferidos. Para la Universidad de Guadalajara, dada la estrecha vinculación que se establece entre Ciencia Política y Administración Pública, al igual que la UAEM, los temas de políticas públicas son los que se destacan. Comparada con las demás universidades, la Universidad Autónoma de Zacatecas de destaca por el estudio del conflicto, la segregación, el subdesarrollo y las posibilidades del cambio social. En este caso, los estudios tienen una

clara orientación marxista. En el ITAM predominan los estudios referentes a sistemas políticos comparados. En el Colegio de San Luis predominan los temas referentes al estudio de los partidos políticos y las relaciones internacionales. Para la Universidad de las Américas, predomina el estudio de la teoría política, las relaciones internacionales, y los sistemas políticos comparados. Para la Universidad Autónoma de Querétaro, el estudio de las características sociales del votante, los temas de comunicación y cultura política prevalecen. En la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, y ante el clima de violencia que experimenta la región, resalta a implementación y evaluación de políticas públicas, y también los estudios de comportamiento electoral bajo condiciones de violencia (narcoviolen- cia). Por último, en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, se observan predominantemente estudios de diseño, implementación y evaluación de políticas públicas.

Estudios teóricos vs. estudios de caso

El estudio de la teoría política, a excepción de la UAEM, está presente en las universidades consultadas. Es interesante el caso de la UDLAP, donde una parte considerable de sus investigadores se avoca al estudio de la teoría política. El estudio de las relaciones internacionales se encuentra presente en el ITAM, el COLMEX, el CIDE, el COLSAN y la UDLAP. En estas últimas tres universidades, el estudio de la ciencia política y el de las relaciones internacionales (RI) se establece estrechamente vinculado, producido en un mismo departamento académico. Para el ITAM, aunque hay un Departamento de Ciencia Política, se ofrece la licenciatura en Ciencia Política y Relaciones Internacionales (programa conjunto), lo que nos da una idea de la orientación temática de la planta docente, que es también investigadora del Departamento de Ciencia Política. La comparación de sistemas políticos es una tarea llevada a cabo

principalmente por el COLMEX, el CIDE y el ITAM, y en menor medida por la UDLAP. Los estudios de historia política se encuentran en el COLMEX y la UAZ, y en menor medida en el ITAM y la UAM. Los estudios de Economía Política se llevan a cabo en la UAZ, el ITAM, y en menor medida en la UAM. Aquellos que estudian conflicto y cambios sociales se encuentran principalmente en la UAZ, y en menor medida en la UACM y el COLSAN.

Los estudios en el proceso legislativo y de partidos políticos, ya sea a nivel regional o nacional, se encuentra en la mayoría de las universidades consultadas. El estudio de las políticas públicas tiene un lugar predominante en la UAEM, la UAM-X, la UACJ y la UAQ, y en menor medida en el COLMEX y la UDEG. El estudio del comportamiento electoral se lleva a cabo principalmente en la UAM-I, y en menor medida el Instituto Mora y el COLMEX. El papel de las reformas electorales, las elecciones, los partidos, la sociedad civil, distintas organizaciones sociales y el ámbito exterior a la transición democrática se lleva a cabo principalmente en el COLMEX, y en menor medida en la UAM-X. El estudio de distintas formas de organización y participación social se lleva a cabo principalmente en el COLMEX, la UACM y la UAM-I. La cultura y comunicación política son líneas recurrentes en las universidades consultadas. El estudio de la gobernanza, la gobernabilidad y la rendición de cuentas se encuentra principalmente en el Mora. El estudio del sistema político mexicano, en sus niveles municipal, estatal y nacional, y sus relaciones recíprocas, se encuentra en la mayoría de las universidades, destacándose por su número el COLMEX y el CIDE. Los estudios de economía política y conflicto social se encuentran principalmente en la UAZ y la UDLAP, y en menor medida en la UAM-A.

**Índice de internacionalización de consultas a artículos
(revistas de ciencias sociales y análisis político latinoamericanas)**

<i>Revistas 2011</i>	<i>Origen</i>
<i>Diálogos Latinoamericanos</i>	Aarhus Universitet, Dinamarca
<i>Reflexión Política</i>	Universidad Autónoma de Bucaramanga, Colombia
<i>Pensamiento y Cultura</i>	Universidad Autónoma de Sinaloa, México
<i>América Latina Hoy</i>	Universidad de Salamanca, España
<i>Revista de Estudios Sociales</i>	Universidad de los Andes, Chile
<i>Utopía y Praxis Latinoamericana</i>	Universidad de Zulia, Venezuela
<i>Revista Enfoques</i>	Universidad Central de Chile, Chile
<i>IDE</i>	Universidad Oberta de Catalunya, España
<i>Puls</i>	Universidad Bolivariana, Chile
<i>Colombia Internacional</i>	Universidad de los Andes, Colombia
<i>Ítemos</i>	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Ecuador
<i>Enfoques</i>	Universidad Adventista del Plata, Argentina
<i>Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad</i>	Universidad Militar Nueva Granada, Colombia
<i>Territorios</i>	Universidad Rosario, Colombia
<i>Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales</i>	Universidad de los Andes, Venezuela
<i>Sociedad Hoy</i>	Universidad de Concepción, Chile
<i>Revista de Ciencia Política</i>	Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile
<i>Revista Argentina de Sociología</i>	Consejo de Profesionales en Sociología, Argentina

continúa...

<i>Revistas 2011</i>	<i>Origen</i>
<i>FIERMENTUM Revista Venezolana de Sociología y Antropología</i>	Universidad de los Andes, Venezuela
<i>RIPS. Revista de Investigación y Política y Social</i>	Universidad de Santiago de Compostela, España
<i>Revista Mexicana del Caribe</i>	Universidad de Quintana Roo, México
<i>Estudios de Asia y África</i>	El Colegio de México, México
<i>Latinoamérica</i>	Universidad Nacional Autónoma de México, México
<i>Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey</i>	Tecnológico de Monterrey, México
<i>Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura</i>	Universidad Central de Venezuela, Venezuela
<i>Pública</i>	Universidad de Chile, Chile
<i>Confines</i>	Tecnológico de Monterrey, México
<i>Convergencia</i>	Universidad Autónoma del Estado de México, México
<i>Opinión Pública</i>	Universidade Estadual de Campinas, Brasil
<i>Argumentos</i>	Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México
<i>Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades</i>	Universidad Autónoma de Tamaulipas, México
<i>Andamios, Revista de Investigación Social</i>	Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México
<i>Estudios Sociológicos</i>	El Colegio de México
<i>Aportes</i>	Benedicta Universidad Autónoma de Puebla, México
<i>Revista Mexicana de Sociología</i>	Universidad Nacional Autónoma de México, México
<i>Revista de Ciencias Sociales (C)</i>	Universidad Arturo Prat, Chile
<i>Perfiles Latinoamericanos</i>	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México

continúa...

<i>Revistas 2011</i>	<i>Origen</i>
<i>Revista de Sociologia e Politica</i>	Universidade Federal do Paraná, Brasil
<i>Revista Brasileira de Política Internacional</i>	Instituto Brasileiro de Relações Internacionais, Brasil
<i>Política y Cultura</i>	Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México
<i>Polis</i>	Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México
<i>Espiral</i>	Universidad de Guadalajara, México
<i>Ciências Sociais Unisinos</i>	Universidade do Vale do Rio dos Sinos, Brasil
<i>Reencuentro</i>	Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México
<i>Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades</i>	Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México
<i>Civitas</i>	Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul, Brasil
<i>Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales</i>	Universidad Nacional Autónoma de México, México
<i>Dados</i>	Universidade Candido Mendes, Brasil
<i>Espacios Públicos</i>	Universidad Autónoma del Estado de México, México
<i>Comunicación y Sociedad</i>	Universidad de Guadalajara, México
<i>Debatos</i>	Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, México
<i>Gestión y Política Pública</i>	Centro de Investigación y Docencia Económicas, AC, México
<i>Relaciones</i>	El Colegio de Michoacán, AC, México
<i>Foro Internacional</i>	El Colegio de México, México
<i>Sociedade e cultura</i>	Universidade Federal do Goiás, Brasil
<i>Frontera Norte</i>	El Colegio de la Frontera Norte, AC, México
<i>El Cotidiano</i>	Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México

Fuente: Elaboración propia con base en REDALYC.







Ensayos sobre la ciencia política en México y Latinoamérica

Se terminó de imprimir en junio de 2013 en
Editorial Botello, S. A. de C. V., Priv. de Lava 20,
Col. Jardines del Pedregal, México, D. F.

La edición consta de 1,000 ejemplares de 149 páginas,
realizada en impresión offset sobre papel cultural de 90 grs.,
portada sobre cartulina sulfatada de 12 pts.,
plastificado mate, encuadernación rústica cosida
y refinada a tamaño 13.5 x 21 cms.





